DT
[illegible]
[illegible]
M372
1943

LIBRARY OF PRINCETON
NOV 2 8 2000
THEOLOGICAL SEMINARY

BT660 G8 M372 1943
Martínez, Luis M. (Luis María),
1881-1956.
Santa María de Guadalupe

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/santamariadeguad00mart

LUIS M. MARTINEZ,
Arzobispo de Méjico.

Santa María de Guadalupe

LIBRARY OF PRINCETON
AUG 17 2000
THEOLOGICAL SEMINARY

Angel Xolocotzy Yáñez

SANTA MARIA DE GUADALUPE

La propiedad de esta obra está asegurada conforme a la ley. No puede reproducirse ni traducirse — en todo o en parte — sin la autorización del autor.

Angel Xolocotzy Yáñez

LUIS M. MARTINEZ,
Arzobispo de Méjico.

SANTA MARIA DE GUADALUPE

LIBRARY OF PRINCETON
JUL 21 2000
THEOLOGICAL SEMINARY

Administración de "La Cruz"
MEJICO, 1943

EL IDILIO DEL TEPEYAC (1)

"Tu honorificentia populi nostri.—
Tú eres el honor de nuestro pueblo"
(Iud., XV, 10).

NO es solamente la magia de un recuerdo inmortal lo que ha congregado en esta Basílica espléndida y en torno de esta imagen gloriosa a los Venerables Prelados de la República y a este numeroso concurso de sacerdotes y de fieles. No es solamente el pasado que surge del misterio después de cuatro centurias, embalsamado con la fragancia de las rosas del milagro y embellecido con la luz crepuscular de las tradiciones nacionales lo que hace estremecer de fe y de amor a la Patria mejicana en este día venturoso. Una realidad viviente y feliz que baña las almas con su luz radiosa, que caldea los corazones con su fuego inextinguible; algo que no pasa, que no muere, que no

(1) Sermón pronunciado en la grandiosa solemnidad con que Méjico y la América Latina celebró el IV Centenario de las Apariciones milagrosas, en la Basílica del Tepeyac,—magníficamente restaurada—, la mañana del 12 de Diciembre de 1931.

está sujeto a las vicisitudes de los tiempos, que vence a los siglos con un destello de eternidad es lo que nos hace sentir en este día solemnísimo la dicha de ser mejicanos; lo que nos revela la unidad de nuestra Patria y de nuestra raza, y nos hace gustar la delicia de vivir bajo el amparo maternal de María de Guadalupe.

Por esta colina inmortal pasó la Virgen María como pasó sobre la cumbre del Sinaí la gloria de Dios; fué una ráfaga de luz que brilló un instante en el firmamento de nuestra patria; fué un cántico de amor cuya cadencia se perdió en la noche del tiempo; fué un aroma del cielo que embalsamó el espléndido y fugaz amanecer de nuestra historia. Pero el misterio de amor realizado hace cuatrocientos años no pasará jamás, porque es de ayer, y de hoy, y de todos los siglos.

Cuando la Madre de Dios puso con sus manos inmaculadas en el burdo ayate del indio las rosas fragantes, forjó el alma de nuestra patria y de nuestra raza, y en esa alma inmortal depositó tiernamente su corazón de madre.- Nada ni nadie puede arrancar jamás de nuestras entrañas el divino tesoro, como nadie puede separar lo que unieron las manos de María; el ayate, que es el símbolo de nuestra raza, y su imagen, que es el emblema de su predilección.

Más que una epopeya debe cantarse en este día un idilio tiernísimo; o más bien, la epopeya de nuestra gloria es un cántico de amor maternal.

¡Pudieran mis labios balbucientes entonar el

idilio glorioso! Es una palabra, pero honda y dulcísima, porque es la palabra de amor, la inefable, la única, que diciéndose siempre no se repite jamás. María la pronunció hace cuatro siglos y no la acaba de pronunciar aún; nosotros se la hemos dicho durante toda nuestra historia y vibra todavía en nuestros labios como el preludio de un himno inmortal.

Tú has querido, Madre dulcísima de Guadalupe, que mi torpe palabra resuene en esta solemnidad para nosotros única; tú has querido que en tu nombre diga a tus hijos la palabra de amor que no cabe en tu alma; y que en nombre de mi patria y de mi raza te diga el secreto dulcísimo de nuestro inmenso amor. Arranca de mis labios la perfecta alabanza; haz que en mi pobre corazón se concentre el filial amor de todos mis hermanos, o más bien, alcanza para ellos y para mí que descienda sobre nosotros el Amor Eterno, el Espíritu Santo, fuente inagotable de todo amor santo, inspirador perfecto de todo cántico armonioso, para que pueda yo entonar el idilio celestial de nuestro amor, la amorosa epopeya de nuestra raza. Te lo pedimos por el recuerdo secular de tus apariciones.

— I —

En una página fresca y perfumada como una mañana de primavera, nos refiere la Escritura la creación del hombre. La tierra acababa de salir de las manos de Dios, y en su belleza virginal

parecía guardar aún las huellas divinas del Creador; el Edén prodigioso ostentaba la radiante policromía de sus flores, la opulencia de sus frutos y la riqueza de sus perfumes; en un instante solemne la majestad de Dios desciende a aquel jardín amenísimo envuelto en la gloria del sol; con sus manos omnipotentes forma el Señor el cuerpo del hombre del barro de la tierra, e inclinándose sobre su obra maestra, como una madre que quiere besar a su hijito, infunde con sus labios divinos en aquel cuerpo bellísimo el soplo vital.

La arcana expresión del Génesis: "inspiravit in facem eius spiraculum vitae, infundió en su rostro un hálito de vida", nos revela que si el cuerpo tiene su origen en la tierra, el alma, inmaterial y perenne, se infunde con un soplo de Dios.

Cosa semejante acontece en la formación de los pueblos: hay algo en ellos que tiene un origen terreno, que se forma por el vaivén de los acontecimientos humanos: familias que se multiplican, peregrinaciones legendarias de las tribus, guerras y conquistas que cambian la faz de la tierra. Pero hay algo en los pueblos que no brota de la frágil arcilla, sino que desciende de la altura: es una luz que concentra en un ideal todas las miradas, un amor que funde todos los corazones en un solo anhelo, una fuerza misteriosa que empuja a todas las almas a trabajar y sufrir por un bien colectivo. A este principio inmaterial y fecundo que da unidad a los pueblos y a las razas, lo llamamos, por analogía con

nuestro espíritu, **alma nacional** y alma de la raza.

Como en el hombre, en los pueblos la multitud se agrupa con las manos, pero el alma solamente se infunde con los labios.

Para forjar el alma de nuestra patria y de nuestra raza Dios eligió como instrumento los labios inmaculados de María. Las razas aborígenes mezcladas con la noble raza hispana formaron el cuerpo de nuestra raza; pero fué necesario que en el suelo de América, virginal y bello como un paraíso, estallara el ósculo maternal de la Virgen María para que nuestra patria y nuestra raza tuvieran alma, y con el vigor que viene del cielo ostentaran en el mundo su espléndida juventud y cumplieran en la historia su misión providencial.

Fué aquí donde se realizó el misterio de amor y de vida, en un día como éste; **hoy,** podemos decir parodiando a la Iglesia, que al conmemorar cada año la noche inolvidable del Cenáculo se atreve a decir: "qui pridie quam pateretur, pro nostra omniumque salute, hoc est, **hodie,** accepit panem in sanctas ac venerabiles manus suas —Quien la víspera de padecer por nuestra salud y la de todos, esto es, **hoy,** tomó el pan en sus santas y venerables manos..." ¡Hoy! ¿Por qué no? ¿Qué son cuatro siglos para el espíritu inmortal, para la fe prodigiosa, para el amor triunfante?

Hoy se realizó en esta colina inmortal el amoroso misterio; a través de los siglos contemplad con los ojos iluminados de vuestro corazón la escena dulcísima, bañada con la luz de los cielos,

perfumada con fragancia de **rosas**, henchida con la incomparable armonía de una voz celestial.

En el radioso amanecer se miran sobre la colina inmortal un indio cubierto con tosco ayate y una señora de belleza celestial, purísima porque es una Virgen, dulce porque es una Madre, majestuosa porque tiene un destello de Dios. El indio es Méjico, es la América Española, cubierto con el ayate de sus miserias; la Señora es María, que viene a decirnos que nos ama, que viene a infundirnos con sus labios el soplo vital.

María sonríe a nuestra raza, como nadie ha sonreído jamás sobre la tierra, y nos mira con una mirada tan limpia, tan suave y tan honda que a través de ella miramos el cielo.

Viene a decirnos que nos ama. Oid: **"Hijo mío, a quien amo como a pequeñito y delicado..."** ¡Qué tesoros de pureza, qué suavidad de cielo, qué efluvios de felicidad no pondría la Virgen en esa palabra de amor, cuando la pronunciaron sus labios virginales! ¡Quién la hubiera podido escuchar en el dulce idioma mejicano y con la inflexión celestial con que la pronunció María en esta colina bendita en el jubiloso amanecer de hace cuatro siglos!

Y el mensaje de amor se dilató como un relámpago de gloria por toda la América, salvó los Andes excelsos, recorrió las pampas inmensas y llegó a los confines australes del Continente; se estremeció nuestro suelo y enmudecieron nuestros océanos ante la majestad y la dulzura de aquella palabra de amor.

Como saeta agudísima la amorosa palabra se

clavó en los corazones, se hundió en las entrañas de nuestra raza sin que nadie logre jamás arrancarla, sin que nadie pueda curarla de esa hondísima herida de amor.

Vendrán las vicisitudes de nuestra historia con triunfos y derrotas, con gloria y con luto, con lágrimas y amarguras y cantares de amor, olvidaremos todo, hasta lo más sagrado; pero no podremos olvidar jamás el idilio amoroso del Tepeyac.

*
* *

Han pasado cuatro siglos y la gloria de esta colina no se ha empañado aún; la escena inmortal se agiganta y se hace inmensa: el indio es ya un pueblo, es una raza; un pueblo entusiasmado que viene a depositar a los pies de la Señora celestial el fardo formidable de su historia, que viene a poner en el dulce regazo de su madre tiernísima su corazón leal. Y Ella aquí está; no la ven nuestros ojos mortales como la vieron los del indio dichoso; pero mejor que él la conoce nuestra fe y la penetra nuestro amor. Aquí está amándonos como siempre nos ha amado, me atreveré a decirlo, amándonos como nunca nos amó; sus ojos que sondean los abismos de amor y de dolor que llevamos en el alma nos miran con mayor dulzura, y a la gloria de sus sonrisas, siempre tiernas, se mezcla no sé qué delicada compasión por nuestras penas y dolores.

Aquí está, bella, sonriente, celestial, y con ternura inenarrable y en un lenguaje íntimo que so-

lamente comprenden la fe y el amor nos dice lo que hace cuatro siglos comenzó a decirnos, lo que nos dice siempre, lo que nos acabará de decir cuando los tiempos se consumen: **"Hijo mío, a quien amo como a pequeñito y delicado".**

Y a la palabra de sus labios agrega una prenda de su predilección: toma las rosas que brotaron al conjuro de su palabra, y al tocarlas con sus manos purísimas, **pone entre los pétalos que se marchitan SU CORAZON que es inmortal y mezcla con el perfume efímero de las rosas el perfume de su** Alma **que no se disipa jamás.** En el ayate del indio esconde la prenda delicada de su amor y al contacto de las rosas celestiales el ayate se transforma en la imagen de María, blasón de nuestra raza y centro de nuestra vida, en la que parecen cristalizarse el perfume de las rosas y la palabra de amor.

¿Quién no adivina el precioso simbolismo? Sobre el vasto suelo mèjicano yacía nuestra raza sin amor, sin esperanzas, sin anhelos, desnuda y triste como el mísero ayate de Juan Diego; más al escuchar la palabra de amor, al percibir el aroma del cielo, al sentir el beso maternal de María, nuestra raza se yergue transfigurada y feliz; ya tiene para iluminar los senderos de su historia la luz indeficiente del Tepeyac, ya tiene para aliviar su tristeza ancestral la dulzura de María, y para calentar su noble corazón el amor de una Madre. Ya no es una tribu salvaje y sanguinaria, es **el pueblo predilecto de María.**

La Escritura concluye el relato de la creación del hombre con esta frase sublime en su senci-

llez: "Et factus est homo in animam viventem —Y fué hecho el hombre con alma viviente". Al esbozar el misterio del Tepeyac puedo decir: y Méjico tuvo una alma nacional y comenzó su historia.

*
* *

No exagero, no me engaña mi corazón de sacerdote y de mejicano; nuestra historia es el desarrollo secular del germen depositado por María en el corazón de nuestra raza, la sinfonía grandiosa que en todos sus tiempos, móviles y multiformes, guarda la unidad del tema de amor iniciado en el Tepeyac.

Cuando las razas que poblaron el continente supieron que tenían una Madre, rompieron los altares muertos en los que adoraban ídolos sanguinarios: y sobre las cumbres de nuestras montañas, y sobre las torres de los nuevos templos, y sobre los corazones transfigurados por el bautismo, se irguió la cruz salvadora de Jesús, símbolo de amor, de redención y de esperanza.

¿Fué el celo heroico de los misioneros que nos evangelizaron, o fué la ingenua docilidad de nuestro espíritu, o fué la eficacia triunfal del Evangelio la causa de nuestra rápida evangelización? Todo contribuyó, sin duda, pero la clave del maravilloso fenómeno está aquí: fué esta imagen bendita que se mira de todas las regiones de América; fué la palabra de amor que resonó en to-

do el continente; fué el misterio de vida que se realizó cuando las manos de la Virgen pusieron en el ayate de nuestra raza las rosas del amor. La palabra hirió de amor los corazones, y cuando el amor ha triunfado es muy fácil a la luz inundar las almas.

Después vinieron dulces, tranquilos, monótonos si se quiere, como es siempre la infancia, los tres siglos de la dominación española; si se examinan superficialmente aparecen tan lentos como estériles; pero en el silencio y en la paz se iba formando nuestro espíritu al amparo de la Virgen María. No de otra suerte los años de nuestra infancia, inútiles al parecer, son los más fecundos y trascendentales de la vida; en ellos la ternura hondísima de nuestra madre forja en el silencio nuestro corazón y en medio de cálidas caricias pone en nuestras almas los cimientos del porvenir. Así lo hizo con su pueblo María de Guadalupe que con tierna solicitud veló por él en los años de su infancia y silenciosamente fué formando nuestra fe robusta, nuestra piedad dulce y sincera, nuestro carácter suave y entusiasta. El ayate fué perdiendo poco a poco su nativa aspereza y los rasgos celestiales de María se fueron grabando más vivos, más hondos, más bellos en nuestra alma nacional.

En la última centuria parece que se rompió el dulce idilio del Tepeyac, porque en la sinfonía de nuestra vida nacional extrañas disonancias rompieron la unidad del tema del Tepeyac, ingenuo y dulcísimo. Muchos lo pensarán así y tacharán de ilusiones nuestras esperanzas guada-

lupanas. Ignoran que el amor toma todas las formas, sin perder su divina unidad, como el tema de una sinfonía es maravillosamente flexible para encerrar en su seno la opulencia de una riquísima variedad.

La epopeya de amor que es la vida de Jesús en la tierra contiene insondable y divina riqueza. Aquel amor infinito que vino al mundo para encender con su fuego los corazones y arrastrarlos a la morada eterna del amor, tomó todas las formas: fué inenarrable anonadamiento en el seno de María, sonrisa celestial en Belén, silencio hondísimo en Nazareth, lucha en el desierto, luz de vida y derroche de misericordia en el Tiberíades, gloria en el Tabor, ternura en el Cenáculo, agonía en Getsemaní, y dolor, ignominia y muerte en el Calvario. Así es siempre el amor, uno y multiforme, inmutable en su esencia y prodigiosamente móvil en su actividad.

Así ha sido el amor de María para sus hijos predilectos: su amorosa predilección que tuvo su Belén y su Nazareth, que fué aparición radiosa hace cuatro siglos y arrullo dulcísimo de madre en la época colonial, al llegar a la mayor edad de su hijo predilecto desplegó la riqueza de sus formas, y ha sido luz, y consuelo, y fortaleza, y ha tenido su Tiberíades, y su Tabor, y su Cenáculo, y su Calvario; fué ráfaga de gloria el 12 de Octubre de 1895, y fué cántico triunfal en 1924, y ha sido elegía honda y bellísima en los días luctuosos; pero el amor de María vive siempre, pero ella nunca nos abandona, pero canta sin cesar.

¿Cuándo es más sublime ese amor, cuando se baña con esplendores de gloria en el Tabor fulgurante o cuando se atavía con la majestad del dolor sobre la cumbre trágica del Calvario?

No sabría decirlo, si Jesús no nos hubiera enseñado con su palabra de vida y su ejemplo divino que la suprema forma del amor es la cruz, y si él no nos hubiera hecho la estupenda revelación de que su Padre lo entregó a la muerte porque lo amaba con amor infinito, que el amor inmenso de su corazón lo hizo subir al Calvario, y que todos los que llevan en sus entrañas un amor hondo y divino, sienten ansias extrañas de dolor y de muerte.

Hoy el amor de María parece fundir todos sus variados matices en una forma única; la sinfonía del Centenario parece enlazar todos los temas de nuestra historia en la armonía excepcional de este día solemnísimo; hoy el amor de María es mixtura exquisita formada de todos los perfumes, porque en el ánfora de su ternura ha vertido ella todos los aromas de la primavera: "el nardo y el cinamomo con todos los árboles del Líbano, el áloe y la mirra con los más exquisitos ungüentos", y como la esposa de los Cantares nos invita diciendo: "Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, carissimi — ¡Comed, amigos, y bebed, y embriagaos, carísimos!"

Embriaguémonos de amor maternal y gocemos de este día que hizo para nosotros el Señor.

*
* *

— II —

Pero el idilio no es monólogo, es un diálogo, el diálogo eterno en el que cantan los que se aman la misma palabra insondable de amor. La hemos escuchado de los labios virginales de María; escuchémosla de los labios generosos de nuestra Patria.

Cuando hace cuatro siglos apareció en esta gloriosa colina la Madre de Dios, no solamente nos reveló el secreto de su ternura, sino que nos hizo una petición amorosa y ardiente. En el fondo de ella se escondía con exquisita delicadeza la deliciosa pregunta que brota imperiosamente de todo corazón que ama, la divina interrogación que hizo Jesús a Pedro en la ribera del Tiberíades: **¿Me amas más que éstos?**

"Es mi deseo que se me labre un templo en este sitio", dijo a Juan Diego la Virgen María. ¿Comprendemos el arcano sentido de estas palabras?

En el principio de los tiempos, el Paraíso inmenso era templo y hogar, porque lo llenaba el amor, y en aquel jardín prodigioso ostentaba a plena luz la opulencia de sus misterios; en el cielo el seno de Dios es el escenario infinito de un amor inmortal; pero en este mundo frío, oscuro y corrompido, el amor de la tierra y el amor del cielo necesitan formar una morada de pureza, de calor y de paz para esconder el secreto de su dicha. Las aves forman su nido; los patriarcas levantaban sus tiendas en las soledades del de-

sierto; Dios pidió a Israel que le edificara un templo, y Jesús ha multiplicado en el mundo los sagrarios de su amor.

También María nos pidió un templo para guardar el misterio de su predilección, un templo en el que su amor celestial se encontrara con nuestro amor terreno, en el que su alma virginal se fundiera con nuestras almas, en el que estallara la gloria de su beso maternal.

Y quiso que el templo se edificara aquí, donde brilló la luz de su hermosura, donde resonó la música regalada de su palabra, donde florecieron los rosales en prenda de su amor, donde sus manos benditas depositaron su corazón en las entrañas de nuestra alma nacional. Habrá en nuestro suelo montañas más altas y praderas más floridas ante nuestros ojos mortales; mas para la mirada de nuestras almas **éste es el lugar más bello del continente, porque aquí puso su nido el amor; y esta colina es la más excelsa de nuestro suelo, porque es la que está más cerca de Dios.**

Y quiso María que nosotros edificáramos el templo: podría haber enviado a sus ángeles para que hicieran surgir de esta tierra árida una maravilla de grandeza y de arte; podría haber encomendado su amoroso deseo a los nobles conquistadores de fe robusta y caballerosidad no desmentida. Pero no, este templo es monumento de amor, es la palabra inefable que completa el idilio glorioso; y la palabra de amor deben pronunciarla los labios amados; los únicos que destilan miel de los cielos, los únicos que saben impregnar con sus besos ardientes el perfume de la ter-

nura en la prenda del amor. Y al indio ignorante y pobre le encomendó la Virgen su amoroso designio para que las manos y el corazón del pueblo mejicano, y no otro corazón y otras manos, edificaran el templo del amor nacional, el rico joyel que encerrará la gema preciosa de esa imagen divina.

Y Méjico pronunció su palabra de amor para corresponder a la tiernísima palabra de María; fué una palabra débil y balbuciente, como del hijo pequeño y delicado. ¿Qué son las tímidas caricias de un niño comparadas con los robustos abrazos y los besos ardientes de una madre amorosa?

Primero fué una ermita pequeña y humilde en la que fué depositada la imagen preciosa cuando resonaban aún los cánticos celestiales y no se habían marchitado las rosas del milagro. Después, el templo de Fray Alonso de Montúfar y en seguida el Santuario de 1709, decorado después en 1836 y embellecido en 1895 por los Labastidas y los Plancartes, cuyas cenizas se han de estremecer de gozo en este día memorable.

Cada siglo ha puesto aquí su riqueza, cada generación ha depositado aquí su alma. Así debe de ser. María de Guadalupe no pidió únicamente a la generación que vivió hace cuatro siglos que le edificara un templo; se lo pidió a todas las generaciones, a los mejicanos de todos los siglos; porque a todos nos pide el amor. Este templo es nacional no solamente porque ha sido levantado por los católicos de todo el territorio, sino porque han de poner en él sus manos y su co-

razón los mejicanos de todos los tiempos.

Es un templo que se edifica siempre sin concluirse jamás, como el amor de la patria mejicana para su Madre celestial arde siempre sin que encuentre nunca su consumación.

*
* *

¡Nosotros también te amamos, dulce Madre, nosotros también correspondemos a tu palabra amorosa con la palabra de nuestro corazón; aquí tienes el monumento de nuestro cariño! **Lo que hicimos es más, mucho más de lo que pedía nuestra pobreza; pero menos, muchísimo menos de lo que pide nuestro corazón.** Más que nuestras riquezas pusimos en este templo nuestro amor y nuestros sacrificios. ¡Míralo, Señora, con ojos de madre; estas bóvedas suntuosas y estos muros seculares están ungidos con el perfume de nuestra gratitud y consagrados con los besos de nuestro amor filial! A los ojos de los hombres vale muy poco lo que hicimos, pero ¿no es verdad que a tus ojos de Madre tiene un valor inmenso, nada menos que el precio inestimable de nuestro amor?...

*
* *

En pos de nosotros vendrán otras generaciones y dejarán en este templo las huellas de su fe

y el sello de su amor; el deseo de María seguirá realizándose en este lugar que eligió, hasta que el tiempo termine y en la tierra nueva, predicha por las Escrituras, se yerga como testimonio perenne del amor de los mejicanos el templo definitivo e inmortal de Guadalupe, en tanto que nosotros gocemos de las caricias maternales de María en la patria de la eternidad, en donde ya no hay templos, porque el templo inmenso del cielo es el Señor Dios omnipotente y el Cordero.

*
* *

El idilio de amor está completo: a la palabra de amor de María corresponde la palabra de amor del pueblo mejicano. Forman las dos un contraste vivísimo, pero ¿no es el contraste fuente suprema de armonía? Y esas dos palabras se enlazan, se funden en la divina unidad del amor.

La palabra del cielo cristalizó en UNA IMAGEN; la de la tierra se expresó en UN TEMPLO; el templo es la concha que encierra la perla divina que vino del cielo, como guarda nuestro amor el amor de María, como esconde en su seno el alma de nuestra patria y de nuestra raza EL TESORO DIVINO DEL CORAZON DE NUESTRA MADRE MARIA.

Ni el templo será jamás destruído, ni la Imagen desaparecerá jamás, ni nadie separará lo que Dios ha enlazado. Para guardar el misterio velan dos amores victoriosos del tiempo y de la muerte.

La escena de hace cuatro siglos no muere, no

se acaba, es inmortal. Sobre la colina gloriosa está aún la Señora bellísima y el pobre indio; los dos se dicen que se aman; y sobre el ayate de nuestra pobreza deposita la Virgen las rosas de su predilección; y el misterio de amor y de vida se realiza de manera perenne, **María deposita su corazón de Madre en el corazón de nuestra raza.** Y sobre la Colina gloriosa y sobre el grupo inmortal pasa una ráfaga de gloria y una brisa perfumada de amor...

*
* *

¡María Santísima de Guadalupe, Madre dulcísima de los mejicanos! ¡Con labios balbucientes he dicho a tus hijos la palabra de amor, la que pronunciaste hace cuatro siglos, la que llevas siempre en tu Corazón, la que nos dirían hoy tus labios si se abrieran!

Ahora debo decirte a ti, en nombre de mi Patria y de mi raza, la misma palabra de amor. Apenas el silencio de la adoración parece digno de tu grandeza celestial y de la solemnidad de este instante. Nada te pido porque sé que nos amas y me abandono dulcemente a tu amor. Pero debo decirte el dulce secreto, y para expresarlo copio una fórmula del divino Evangelio, y en nombre de mi pueblo y de mi raza te digo con toda la sencillez de mi alma y con todo el fuego de mi corazón: **¡Señora, tú sabes que te amo!**...

LA GRAN PROMESA

LOS siglos no han podido apagar el eco de una palabra de amor y de esperanza que resonó en el Tepeyac; las generaciones la han transmitido a las generaciones como una herencia de nuestros mayores, como una gloria purísima de nuestra raza. Esa palabra que no deberíamos olvidar nunca los mejicanos es la gran promesa que a todos nos hizo María de Guadalupe en la persona del sencillo y piadoso Juan Diego.

"Es mi deseo que se me labre un templo en este sitio donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales y de aquéllos que me aman y me buscan y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones, y donde oiré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio".

¡Cada palabra es un tesoro! ¡cada palabra contiene una esperanza!

"Como Madre piadosa tuya y de tus semejantes; estas palabras encierran el misterio de nues-

tra **predilección**: ¡**María es nuestra Madre**! ¡María es Madre singularmente amorosa de los mejicanos!

Sobre la cumbre gloriosa del Calvario María recibió como legado celestial de su Hijo a la humanidad entera. Allí se consumó el amor de María hacia todos los hombres y el misterio de esa maternidad que nos hace a todos hijos de la Madre de Dios.

Unidos íntimamente a Cristo, formando su Cuerpo místico y vivificados por su espíritu teníamos que ser hijos de María, como Cristo lo fué.

No hay en la Virgen ni dos maternidades ni dos amores: es nuestra Madre porque lo fué de Cristo, y —¡oh dulce pensamiento!— nos ama con el mismo amor, con el mismo incomprensible amor con que amó a su Hijo.

El Cristianismo no sería tan armonioso ni tan bello, si junto a la divina figura de Cristo no apareciera la dulce, la tierna, la celestial figura de María...

*
* *

Mas las predilecciones son propias del amor; hasta Dios, que ama a todos los hombres con un amor único e infinito, no a todos los ama por igual, tiene sus predilecciones.

Los mejicanos somos predilectos de María, en su inmenso corazón maternal donde todos los

corazones caben, ocupamos nosotros un lugar de predilección y de ternura.

Los mejicanos somos los predilectos de María. ¿Por qué? Quizá por más miserables, quizá por más desdichados —¡quién sabe!— el corazón tiene razones que la inteligencia no comprende, y sobre todo, no hay que buscar las razones del amor fuera del amor mismo; el amor de María es como el de Dios, no busca el bien ni la hermosura ni la grandeza, sino que produce todas estas cosas en el objeto amado.

María nos ama con predilección, y alguna vez nos hará buenos y grandes y felices.

Todas las demás palabras de la gran promesa son las consecuencias de este principio, el magnífico desarrollo de este germen, los efectos maravillosos de esta predilección.

¡Ah, sí! Nuestra Madre presentía nuestros dolores y miraba en el porvenir nuestras lágrimas; por eso nos habla de clemencia y compasión; por eso nos asegura que **"oirá nuestras lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio".**

¡Qué dulce es sufrir cuando se sabe que una Madre se compadece de nosotros desde el cielo! ¡Qué dulce es llorar cuando tenemos la íntima convicción de que hay un corazón maternal que siente nuestras lágrimas y una mano de Virgen que tarde o temprano las habrá de enjugar! ¡Bien vale la pena de sufrir por tener ese consuelo incomparable!

Sin duda que María de Guadalupe hubiera podido ahorrar muchos dolores y muchas lágrimas a sus hijos predilectos; mas no lo ha hecho, **por**

la misma razón que Cristo no ahuyentó de la tierra el dolor, a pesar de lo mucho que nos ha amado. El dolor es en la tierra luz, pureza y amor; destruir el dolor es prescindir de estas divinas realidades; por eso Cristo nos dejó el dolor, pero le comunicó maravillosa fecundidad, puso en él la salud, la vida y la esperanza.

María de Guadalupe ha permitido nuestros dolores, porque sabe que el dolor purifica y engrandece lo mismo a las Naciones que a las almas. Nos ha dejado el dolor, pero Ella es nuestro consuelo. ¡Bendita sea!

Grande es la promesa de la Virgen de Guadalupe, es un piélago de ternura y de esperanza; pero nosotros la hemos quizá frustrado hasta ahora por nuestro olvido y nuestra infidelidad.

Por nuestro olvido, ¡sí! Esa promesa debía sernos familiar: los niños debían aprenderla en el regazo de su madre, y esas palabras amorosísimas de María deberían ser las primeras que pronunciaran los labios mejicanos; todos deberíamos llevar grabada esa promesa en nuestra memoria y en nuestro corazón para que fuera nuestra fortaleza en la debilidad, nuestro consuelo en la tribulación, nuestro gozo en la alegría, nuestra confianza en la vida y nuestra paz en la muerte.

María de Guadalupe debería ser para los mejicanos lo que era Jerusalén para los Israelitas, el centro de sus pensamientos, de sus efectos y de su vida; como ellos deberíamos repetir con la sinceridad y el amor de nuestra alma: ¡Péguese nuestra lengua al paladar, si de Ti nos

olvidáramos, si no te pusiéramos constantemente en el principio de nuestras alegrías!

Pero no es así; nos olvidamos de María; ni conocemos, ni saboreamos su gran promesa. ¡Somos ingratos!

A nuestro olvido se añade nuestra infidelidad. **"Mostraré,** nos dice María de Guadalupe, **mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales y de aquéllos que me aman y me buscan y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones".**

Y ¿quién habría de creerlo? Son muy pocos aquéllos que la aman y la buscan y solicitan su amparo y la llaman en sus trabajos.

El día en que los mejicanos seamos fieles al amor singular de la Virgen de Guadalupe, el día en que esta Reina incomparable sea conocida y venerada y amada en nuestra patria, María cumplirá plenamente su promesa. Entonces sabrán las naciones lo que significa ser predilecto de María y lo que hace la Madre de Dios con los pueblos que ha elegido por suyos; entonces comprenderán los siglos el profundo sentido de aquellas palabras que nos aplicó un gran Pontífice:

"Non fecit taliter omni nationi — No ha hecho cosa semejante con otra nación!"

PALABRAS DEL CIELO

HAY en la historia de la Aparición Guadalupana, palabras de cielo que brotan de los labios inmaculados de María y que encierran tesoros riquísimos y desconocidos de luz, de ternura y de esperanza. ¡Lástima que no sepamos leer esa historia gloriosa! ¡Lástima que acostumbrados a escuchar con ligereza y hasta con desdén las palabras humanas, no fijemos nuestra atención en las palabras celestiales de María, ni penetremos sus profundidades, ni gustemos su arcana suavidad!

Palabras de esas, profundas y olvidadas, son las que María de Guadalupe dirigió a Juan Diego, en la cuarta aparición. ¡Pudiera en estas líneas poner de relieve esas palabras para que las consideraran atentamente mis hermanos! ¡Pudiera desentrañar lo que contienen de predilección y de consuelo!

*
* *

Había el indio torcido camino, pensando en su candor infantil evitar el encuentro con María. Mas la celestial Señora se le aparece, hermosa y espléndida, y después de haber oído las excusas de Juan Diego, le dirige estas palabras:

"Oye, hijo mío, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo que soy tu madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa?

¿A quién van dirigidas estas palabras que parecen un cántico apasionado y dulcísimo con que una Madre arrulla al pequeñuelo que duerme en su regazo? No, no son para el Juan Diego individuo, sino para el Juan Diego nación; son para el pueblo mejicano, pobre y sencillo como el indio que lo representa, lleno como él de humanas miserias, pero como él enriquecido con la predilección inefable de María.

Como en el Calvario se realizó el misterio que hizo Madre nuestra a la Madre de Dios; en el Tepeyac se realizó el misterio que hizo a los mejicanos hijos predilectos de María. Y así como allá, en la colina gloriosa, un hombre, el discípulo amado de Jesús, representaba al linaje humano; así acá, en la colina bendita, otro hombre, Juan Diego, fué el representante de nuestra Nación y de nuestra raza, de Méjico y de la América Latina.

Esas palabras pues son nuestras, con ellas arrulla María nuestro sueño de pequeñuelos que dormimos confiados en su regazo.

Esas palabras respiran ternura y exigen confianza. Oíd, oíd: "¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo la vida y la salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa?" No hemos escuchado cosa igual de los labios de nuestra madre de la tierra; porque nuestra Madre del cielo tiene un amor más intenso y apasionado. una ternura más exquisita y delicada que todo cuanto conocemos aquí abajo.

Léanse y reléanse atentamente esas palabras, léanse más bien que con los ojos del espíritu, con lo que llama S. Pablo los ojos iluminados del corazón, y se comprenderá que esas palabras brotaron del alma, de un alma maternal, de un alma inmensa, del alma de María; léanse y se gustará en lo íntimo del corazón la suavidad que encierran y el alma se inundará de ternura, de esa ternura que se siente, pero que ninguna lengua humana puede expresar.

Con esas palabras María de Guadalupe nos pide lo que toda madre exige de su hijo, lo que todo el que ama espera del amado: **¡Confianza!**

Pero una confianza ciega e ilimitada, una confianza que raye en abandono, como la amorosa confianza que tiene en su madre un pequeñuelo.

¡Cuánta necesidad tenemos de esta confianza, sobre todo en los tiempos actuales! Mas ¡qué difícil es para nuestro corazón abandonarse, prin-

cipalmente cuando todo parece desvanecer la esperanza!

Como hemos sido víctimas de tántos desengaños, como hemos visto disiparse tántas ilusiones, nuestro pobre corazón ha olvidado la ingenua confianza de nuestros primeros años y cada día nos sentimos más tentados a desconfiar de todo.

Se puede desconfiar de todo: de la fuerza y del ingenio, de la previsión y de la experiencia. Pero hay una cosa de la que no se puede desconfiar jamás: **el amor.**

¿Quién desconfía del corazón de su madre? Cuando todos los amores nos olviden o nos traicionen, ni nos traiciona ni nos olvida el tierno, el fidelísimo, el inmenso cariño maternal.

Y aun cuando pudiera faltar el amor de nuestra madre de la tierra, no faltará jamás el amor de nuestra Madre del cielo. Parecen haber sido hechas expresamente para los labios de María aquellas tiernas frases de la Escritura: "¿Podrá una madre olvidarse del hijo de sus entrañas? ¡Pues aunque ella se olvidara, yo no me olvidaré de ti!"

¡Ah! ¡si conociéramos el corazón de María, que es todo amor, amor poderoso e indeficiente; si comprendiéramos la predilección que tiene por los mejicanos la Reina del cielo, nos arrojaríamos confiados en su regazo, seguros de su protección y de su amor!

Refiérese que Julio César, sorprendido por recia tempestad, en medio de las olas decía al remero que impulsaba su frágil barquilla: Quid times? Caesarem portas — ¿Por qué temes? Lle-

vas contigo al César. — ¡Qué pobre aparece la temeraria palabra del orgullo junto a la santa palabra del amor!

En medio de todos los riesgos y de todas las tempestades la Virgen de Guadalupe dice a sus hijos predilectos desde su Santuario adorado del Tepeyac: ¿Por qué temes? ¿No estoy aquí yo que soy tu Madre?

*
* *

Nuestro mal consiste en que no sabemos confiar. Y no sabemos confiar, porque no sabemos amar. El amor todo lo cree, todo lo espera, ha dicho San Pablo. Quien ama comprende este lenguaje del corazón: "¿No estás debajo de mi sombra y amparo?... ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta?"

En esas palabras hay una efusión dulcísima de ternura; pero encierran también un delicado reproche, una queja cariñosa de María.

Pudiera esa queja traducirse así: ¿Por qué dudas de mi amor? ¿Por qué no me amas? El amor perfecto disipa la desconfianza y el temor. Ama-me, comprende mi amor y no te afligirá cosa alguna; gozarás en mi regazo de la paz de mi amor y de las caricias de mi ternura, sin que nada te inquiete, porque estás debajo de mi sombra y amparo.

Tengo para mí que nada lastima tanto el corazón de María de Guadalupe como nuestra incomprensible desconfianza. Nos perdona nues-

tro olvido y nuestra ingratitud, nos perdona nuestra infidelidad y nuestras culpas; porque ¡así es el amor!; porque el amor es misericordia: todo lo perdona, todo lo olvida.

Pero hay algo que el amor no tolera: la desconfianza. Desconfiar es dudar del amor y la duda hiere de muerte al amor.

Por eso de los labios purísimos de la Virgen de Guadalupe brotan, como un arrullo de ternura y como un delicadísimo reproche de amor, las deliciosas palabras:

Oye, hijo mío, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo que soy tu madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa?

¡Madre! ¡Madre de Guadalupe! guardaremos tus palabras de cielo en lo íntimo de nuestras almas y allí gustaremos su arcana suavidad. No temeremos ya. No desconfiaremos jamás de tu protección celestial y de tu amor inmenso. Aunque todo se levante contra nosotros y el mundo se hunda en horrible cataclismo, nosotros confiaremos en Ti, y abandonados en tu regazo, dormiremos tranquilos el sueño de la paz, el sueño del amor; ¡porque estás con nosotros Tú que eres la dulce, la santa, la amorosa Madre nuestra!

AGUA, SANGRE Y FUEGO (1)

Tres sunt qui testimonium dant in terra: spiritus et aqua et sanguis; et hi tres unum sunt.

Tres son los que dan testimonio en la tierra: el espíritu, y el agua, y la sangre; y estos tres son una sola cosa (2).

DOS alegrías purísimas, celestiales, inundan nuestras almas en estos momentos solemnes. La primera es semejante a aquélla que experimentaban los judíos cuando pensaban en la dulce Jerusalén, la que el Salmista expresó en el incomparable Salmo 121: "Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi; in domo Domini ibimus. Me he llenado de gozo por lo que se me ha dicho: iremos a la Casa del Señor". En la tierra florida y risueña de Michoacán recibimos nosotros el dichoso anuncio: Iremos a la casa del Señor, al Santuario de nuestra Madre dulcí-

(1) En la peregrinación de la Arquidiócesis de Michoacán a la Basílica del Tepeyac, el 24 de mayo, festividad de Pentecostés.

(2) 1. Ioan. V, 8.

sima, a la casa solariega de nuestra fe. Y henchidos de esperanza y de amor, hemos venido a ofrecer a María de Guadalupe los dones de nuestro vasallaje y de nuestra ternura. Nuestras plantas se han posado en los atrios de Jerusalén; hollamos esta tierra bendita que se estremeció hace 4 siglos al contacto celestial de María; respiramos esta atmósfera que vibró con las palabras de predilección y de esperanza que entonces nos dirigió nuestra Madre dulcísima, y aspiramos el perfume de las rosas del milagro que cuatro centurias no han podido extinguir.

Jerusalén es para los mejicanos aquí; porque aquí está el amor, porque aquí está el Corazón de nuestra Madre; porque esta es la ciudad de la abundancia y de la paz. A esta colina han subido unas tras otras todas las generaciones mejicanas, como a Jerusalén subían las tribus del Señor, testimonio de Israel, para confesar el nombre del Altísimo.

La otra alegría que hoy sentimos es universal, la que hoy siente el mundo, porque vino el Espíritu Santo. La Iglesia nos habla de esa alegría en el magnífico Prefacio de hoy: "Jesús, subiendo sobre todos los cielos y sentándose a la derecha del Padre, derramó hoy al prometido Espíritu Santo sobre los hijos de adopción. Por lo cual, dilatándose por todas partes los gozos celestiales, el mundo entero se llena de regocijo. . ." La alegría de Pentecostés es la alegría del amor que bajó del cielo, del consuelo que se difundió sobre la tierra, del gozo de Dios que llena los corazones humanos.

Querría fundir en un solo cántico las dos alegrías; quiero al menos hablar de los dos misterios, del de Pentecostés y del de nuestra predilección; y no temo que pierda unidad mi pensamiento, porque todos los misterios de Dios están maravillosamente enlazados.

María Santísima de Guadalupe nos trajo hace cuatro siglos al Espíritu Santo, a Aquél que tiene como nombre propio el de **Don** y que es principio de todos los dones de Dios; y **Méjico, habiendo recibido a este Divino Espíritu, pudo cumplir la misión providencial que como pueblo ha recibido de Dios.**

— I —

En la víspera de su pasión, en medio de las santas expansiones del Cenáculo, Jesús dijo a sus Apóstoles estas palabras: "Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de Mí. Y vosotros también daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo (3)". Y en estas palabras se expresa en cierto modo toda la misión del Espíritu Santo en la tierra. Vino a dar testimonio de Jesús.

San Juan nos enseña en qué consiste ese testimonio, diciendo: "Y este es el testimonio, que Dios nos dió la vida eterna, y esta vida está en su Hijo (4)".

---

(3) Ioan. XV, 26 et 27.
(4) I. Ioan. V, 11.

Los largos siglos del Antiguo testamento fueron el anuncio y la preparación de Jesús; mas desde que vino trayéndonos el don de la vida y la promesa de la felicidad, la historia no tiene otra razón de ser que dar testimonio de El.

En su vida mortal Jesús recibió el testimonio de los cielos en el Jordán y en el Tabor. Sobre las aguas misteriosas que bañaban a Jesús apareció el Espíritu Santo en forma de paloma y se escuchó la voz del Padre que decía: "Este es mi Hijo amadísimo en quien me he complacido". De manera semejante, en la noche de la Transfiguración, sobre la cumbre del monte sagrado, una nube luminosa —emblema del Paráclito— envolvió a Jesús y la voz del Padre repitió el testimonio del Jordán, añadiendo estas palabras: "Escuchadle". Los tres que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo dieron testimonio de Jesús.

Mas necesitaba recibir también el testimonio de la tierra, y para ello era preciso que descendiera el Espíritu Santo y tomara a los hombres como instrumentos suyos. Por eso después de anunciar que el Espíritu Santo daría testimonio de El, Jesús añade: "Y vosotros daréis testimonio de Mí". Más claramente reunió el Maestro divino la misión del Espíritu Santo y la misión de los Apóstoles cuando, próximo a subir a los cielos, dijo: "Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá a vosotros y seréis mis testigos".

Y el Espíritu Santo vino en un día como éste, —hoy—, como profundamente dice la Iglesia;

un viento impetuoso sacudió el Cenáculo, lenguas de fuego aparecieron sobre las cabezas de los Apóstoles y sus corazones se transformaron divinamente.

*
* *

Desde ese día tres divinas inundaciones bañaron al mundo: una de **agua,** otra de **sangre** y otra de **fuego.**

Las aguas vivificantes del bautismo se extendieron por todas partes, cumpliéndose así el anuncio de Ezequiel: "Derramaré sobre vosotros agua limpia y os purificaréis de todas vuestras manchas". De la divina inundación del agua surgió una humanidad nueva, admirablemente descrita por San Pedro: "prosapia de elección, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de conquista", y ese nuevo linaje con un corazón nuevo y un nuevo espíritu, como lo había predicho el mismo Ezequiel, pronto llenó el mundo y fué un testimonio viviente de que "Dios nos dió la vida eterna y esta vida está en su Hijo" Jesús.

Después de la inundación del agua vino la de la sangre; en realidad las tres inundaciones son simultáneas, aunque cada una de ellas resalta en cada época de la historia.

La tierra se empapó de la noble, de la gloriosa sangre de los mártires, y el clamor de esa sangre subió a los cielos y se extendió por el mundo, diciendo con su incomparable elocuencia que Jesús es el Hijo de Dios y que en El está la vi-

da. Tan propio de la sangre es dar testimonio que etimológicamente **mártir** significa **testigo.** Los mártires son los testigos por excelencia de Aquél que murió para darnos la vida.

Aun queda otro testimonio que dar a Jesús, el íntimo y dulcísimo del amor, y después de Pentecostés se extendió por todos los lugares y por todos los siglos una oleada inmensa de amor, de un amor nuevo, "fuerte como la muerte" y dulce como el cielo, ante el cual palidecen todos los afectos de la tierra.

¿No es verdad ¡oh Jesús! que te hemos amado como nadie jamás ha sido amado sobre la tierra? ¿No es verdad que a pesar de nuestra miseria y de nuestras ingratitudes ha habido siempre corazones que te amen delicada, tierna y apasionadamente, y que si preguntas a nuestro pobre linaje, como preguntaste a Pedro en la ribera del Tiberíades: ¿me amas?, nuestro pobre linaje podía contestarte, como el Apóstol: sí, ¡Señor, tu sabes que te amo?

Te amó Pablo, y de sus labios brotó este grito audaz de un amor seguro de sí mismo: "Ni la muerte ni la vida.... ni criatura alguna podrá separarme del amor de Dios en Cristo Jesús". Te amó Ignacio, el ardiente Obispo de Antioquía, y anhelaba ser triturado por los dientes de las fieras para convertirse en pan inmaculado de amor. Te amó Agustín, y de su corazón inmenso brotaron delicadas e inimitables aspiraciones de amor. Y Francisco de Asís competía con los ruiseñores sobre la cima del Monte Alvernia para desahogar la ternura de su alma se-

ráfica. Y Teresa de Avila y Juan de la Cruz cantaron su amor en endechas tiernísimas nunca superadas. Y en nuestros tiempos la incomparable Virgen de Lisieux te amó tanto que dijo que su vocación era ser el corazón de la Iglesia. ¿Cuándo escucharemos reunidas, como las escuchas ya, las notas divinas de ese cántico nuevo del nuevo amor que se van enlazando a través de los siglos?

Y esas tres divinas inundaciones: de agua, de sangre y de amor, fundidas en la divina unidad del amor eterno, brotan de la misma fuente y forman un solo testimonio. Es el Espíritu Santo que da testimonio de Jesús.

— II —

Nosotros también tuvimos nuestro Pentecostés: fué hace cuatro siglos y aquí fué nuestro Cenáculo. No se escuchó el ruido de un viento impetuoso, sino el arrullo dulcísimo de la voz celestial de María. No aparecieron lenguas de fuego, pero brotaron las rosas del milagro, y su fragancia embalsamó nuestro suelo, y sus pétalos pintaron la imagen divina que contemplan nuestros ojos.

Se diría que en sus manos juntas nos trajo María a la Paloma divina, que el Sol que la circunda es el Sol de Amor cuyos rayos vivifican nuestras almas. María de Guadalupe nos trajo muchos dones; pudiéramos decir que nos "vinieron juntamente con ella todos los bienes"; pero el Don por excelencia que nos dió es el Es-

píritu Santo que, al venir ella a visitarnos, se difundió en nuestro continente sobre toda carne.

Era natural que viniendo el Espíritu Santo derramara sobre el nuevo continente las tres divinas inundaciones que brotaron del Cenáculo.

Primero, la del agua. No es un vano prurito de buscar analogías, no es un mero recurso oratorio; yo os digo la verdad en Jesucristo. Tuvo algo de excepcional y milagroso la evangelización de las razas que poblaban nuestro suelo: su apego proverbial a sus viejas tradiciones, el encanto que en ellas ejercía la salvaje belleza de su culto idolátrico el enlace de la nueva fe con la conquista hecha al filo de la espada: todo ponía obstáculos increíbles a la empresa colosal de cristianización iniciada por los heroicos misioneros. Y a la verdad sus primeros esfuerzos fueron estériles; pero apenas apareció en esta gloriosa colina la Virgen María, las aguas regeneradoras del bautismo se extendieron maravillosamente por nuestra Patria. Fué una verdadera inundación, y de ella surgió una humanidad nueva en la que se transformaron las viejas razas salvajes y crueles, la humanidad descrita por San Pedro, "prosapia de elección, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de conquista".

Méjico, después de haber recibido la virtud del Espíritu Santo que le trajo María de Guadalupe, dió el primer testimonio de Jesús, el testimonio del agua. Y este testimonio duró tres siglos, pues toda nuestra vida durante la época colonial ¿qué otra cosa es sino la vida de un pueblo

eminentemente cristiano que se desliza noble y dulcemente bajo el amparo de Jesús?

Nuestra mentalidad moderna no acierta a comprender la sencillez de aquella vida y nuestra febril actividad se acomoda mal con aquella monotonía. Fué la infancia de nuestra patria y tuvo, si queréis, la dulce ignorancia, la santa sencillez y la necesaria tutela de esa edad; pero también la paz hondísima y la ingenua felicidad de esa época que todos añoramos en la madurez de la vida.

En esa noble y tranquila vida colonial se forjó el alma nacional con una fe arraigadísima —¡cuántos vanos esfuerzos se han hecho para arrancárnosla!—, con una piedad entusiasta y sincera, con un perfume cristiano que penetra todo lo nuestro.

¡Oh! ¡Cuántos habrán deseado que aquella dulce vida se prolongara siempre o por lo menos que el tránsito de la infancia a la juventud se hubiera hecho sin sacudidas, sin catástrofes, sin sangre!

María Santísima que nos ama con predilección nos deparaba algo mejor que lo que pudiéramos soñar, pues nos deparaba la cruz, el sacrificio, el testimonio glorioso de la sangre.

*
* *

Difícilmente comprenderemos el misterio del sacrificio, pero las luces de este misterio irradian en todas las páginas del Santo Evangelio. El Pa-

dre que ama infinitamente a Jesús lo entregó al martirio. "Habiéndosele propuesto el gozo, (Cristo) prefirió la cruz". Y el Maestro divino que nos amó como el Padre lo ama a El nos anunció antes de morir, —como una señal de predilección y una prenda de esperanza—, odio, persecución y cruz.

María nos deparaba la cruz gloriosa y por eso la generosa sangre mejicana ha empapado con abundancia nuestro suelo. No me refiero únicamente a la sangre que no se ha secado aún, a la que nosotros mismos vimos derramar; sino a toda la que se ha vertido en el siglo de nuestra vida independiente. La historia de ese siglo es de sangre y, gracias a Dios, en el fondo de todas nuestras vicisitudes y de todas nuestras luchas ha estado siempre nuestra fe católica, nuestra fe inquebrantable. Méjico ha sido un pueblo mártir por su fe, y la misma predilección de la Virgen María ha exaltado nuestro martirio, pues dadas las enemistades que Dios puso entre la mujer y la serpiente, es natural que ésta multiplique sus asechanzas en la tierra donde se posaron las plantas celestiales de María.

Méjico ha dado a Jesús el testimonio de la sangre después de haber dado el de la fe, y aun pienso que esa corona de amor que pusimos sobre la frente de nuestra Madre, entre dos oleadas de sangre, es el monumento del testimonio de nuestra fe.

*
* *

¿Será éste el último testimonio de nuestra Nación? En los individuos el martirio es lo último y lo supremo, porque corona el amor y arrebata la vida. En los pueblos no es así. En los individuos el amor lleva al martirio; en los pueblos por el martirio se compra el amor.

La maravillosa inundación de agua realizada hace cuatro siglos y la heroica inundación de sangre de la última centuria anuncian y preparan una íntima, dulcísima y abundante inundación de amor.

No soy profeta ni pretendo anunciar el porvenir; os digo únicamente lo que mi corazón sueña, lo que mi alma presiente, lo que parece deducirse lógicamente de lo que contemplamos y sabemos.

Todo nos indica que no ha terminado nuestra misión providencial. Cuando un pueblo ha sido tan amado por la Madre de Dios, como nosotros lo hemos sido; cuando un pueblo ha sido clavado en la cruz, como nosotros hemos sido clavados; tiene un destino alto y glorioso, tiene vocación providencial para subir a la cumbre divina del amor.

En el enlace sobrenatural de las operaciones del Espíritu Santo, a las inundaciones del agua y de la sangre tiene que seguir lógicamente la divina inundación del amor.

Por eso espero para mi Patria una nueva época, quizá muy cercana, quizá iniciada ya, en que purificada por el agua y por la sangre, entone el cántico nuevo de un nuevo amor. Los corazones mejicanos hechos para el amor, enriquecidos

por Dios con exquisita ternura, con finísima delicadeza y con ardor apasionado, ofrecerán a Jesús el testimonio de acendrado amor, y el perfume de este amor se difundirá por nuestro suelo, como se difundió hace cuatro siglos el aroma de las rosas del Tepeyac, y el poema celestial del amor divino resonará en nuestras abruptas montañas como han resonado la epopeya de la sangre y el idilio ingenuo de nuestra fe.

Como por el testimonio de nuestra fe fuimos el pueblo de María y por el de nuestra sangre, el pueblo de la Cruz; por el testimonio del amor seremos el pueblo del Espíritu Santo, del divino Desconocido. ¿No se ha propagado notablemente en Méjico la devoción al Espíritu Santo y no se ha extendido fuera de nuestra patria nuestro impulso santo y henchido de esperanza?

*
* *

¡Oh Madre dulcísima de Guadalupe! ¿Es acaso un sueño fugaz de mi alma lo que acabo de decir a mis hermanos o en verdad nos guardas en tu corazón inmaculado el divino secreto, el nuevo tesoro de esa época de divino amor para tu pueblo predilecto? Esas manos inmaculadas que nos trajeron la Paloma divina, ese sol de amor que te circunda y que ha iluminado con sus rayos nuestra historia, esa alma de madre que arrulló nuestra infancia y consuela nuestros pesares ¿no llevan escondida la clave divina de mi divina esperanza? Madre, tú que nos diste fe

tan robusta hace cuatro siglos, tú que nos preparaste cruz tan gloriosa en la última centuria, consuma en nosotros la efusión del Espíritu Santo, dándonos el amor, el amor de que tú eres Madre, el amor de que el Espíritu Santo es fuente; para que encendidos en él, iniciemos en la tierra el cántico nuevo del amor eterno y demos testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios y que en El están la felicidad y la vida.

EFESO Y EL TEPEYAC

Invenerunt puerum cum Maria Matre eius. Math. II. 11.

REFIERE el Santo Evangelio que los Magos que, conducidos por una estrella misteriosa, vinieron de la lejanía del Oriente a buscar a Jesús, lo encontraron con María su Madre. ¡Qué espectáculo contemplaron los ojos de los sabios orientales! ¡Un niño divino en los brazos de una Virgen celestial, un sol de amor en un cielo de pureza!

Así se encuentra siempre a Jesús: lo mismo en esos encuentros dulcísimos que se realizan en lo íntimo de las almas, que en esos otros solemnes y espléndidos que hacen época en la Historia: Jesús aparece siempre con su Madre María.

A las veces nuestros ojos son atraídos por el azul purísimo del cielo y mirándolo llegamos a contemplar el Sol divino que lo llena con su gloria; a las veces el sol nos cautiva y con sus rayos fulgurantes nos muestra el purísimo firmamento en el que brilla; pero siempre están unidos Jesús y María, formando el cuadro más be-

llo que se ha contemplado en la tierra, el único digno de nuestra admiración, el que aparece en el centro de la Historia.

Así contemplaron a Jesús los Padres del Concilio de Efeso, hace quince siglos, unido con María con un vínculo inefable y celestial; así lo mostraron al mundo para disipar las sombras del error nestoriano que no acertó a conocer el misterio de Jesús, porque pretendió separar al sol divino de su cielo purísimo.

Quisiera en estas páginas mostrar ese cuadro magnífico de Belén, el de la Historia, el del cielo: **a Jesús con su Madre María.**

Y al pensar en el acontecimiento secular de Efeso, viene a mi corazón el otro centenario, el nuestro, aquél cuya gloria y dulcísima alegría no alcanzan a empañar ni nuestras desdichas ni nuestros temores.

También en el Tepeyac encontró nuestra raza a Jesús con María, y el cuadro inmortal apareció ante las miradas atónitas de América iluminado con la gloria del amanecer, dibujado con los pétalos de las rosas del milagro y ungido con la ternura incomparable de María.

Aunque quisiéramos separar esos dos recuerdos inmortales, no lo lograríamos, porque los ha enlazado en nuestra alma el amor; pero antes que nuestro amor, Dios había unido los dos acontecimientos, y ni la enorme distancia que los separa en el espacio, ni los once siglos que los dividen en el tiempo, pueden romper esa unidad que los funde en una misma mirada de Dios y en un mismo latido de su Corazón misericordioso.

¡Oh Virgen Santísima! Permíteme que te alabe; arranca de mis torpes labios la perfecta alabanza; haz que mi espíritu, pobre y estrecho, descubra el hilo de oro que enlaza a Efeso con el Tepeyac, y así en el oriente como en el occidente muestre el cuadro inmortal: a Jesús que es el Hijo del hombre, contigo que eres la Madre de Dios.

— I —

Jesús llena con su gloria los siglos: los que le precedieron anuncian su venida; los que vienen después de su paso por el mundo dan testimonio de El. El universo es el pedestal de su grandeza, la Historia el escenario de su vida inmortal. Un siglo repite a otro siglo su nombre inefable; una época anuncia a otra época su gloria imperecedera. El es centro y la clave de la Historia, la razón profunda y suprema de todas las vicisitudes y de todas las catástrofes, de todos los progresos y de todos los triunfos.

La vida eterna consiste en conocerlo, como El mismo nos lo enseñó: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste". Y la vida del tiempo consiste también en conocerlo a El. El grande, el supremo, el único problema de la vida y de la Historia está expresado en aquella profunda y trascendental interrogación que El hizo a sus discípulos: "Quem dicunt homines esse filium hominis" —"¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?"

El Hijo del hombre pasó por el mundo como una ráfaga de gloria, como un cántico divino, como un perfume de los cielos; lo vimos con nuestros ojos, lo escuchamos con nuestros oídos, lo palpamos con nuestras manos. Su venida es un hecho, el hecho más grande de la Historia. Y habiendo venido se quedó con nosotros hasta la consumación de los siglos. Su nombre resuena en todos los siglos, su doctrina esparce en toda la tierra su luz indeficiente, su amor toca a las puertas de todos los corazones, su vida corre silenciosa y triunfante en las almas que le abren sus senos. Todo hombre que viene a este mundo contempla su luz; todo corazón ha de dar por el amor o por el odio testimonio de El, todo espíritu ha de contestar a la suprema interrogación de la Historia: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?"

Se le puede amar y se le puede odiar, se le puede adorar o perseguir, pero nadie puede pasar cerca de su figura inmensa, de su cruz victoriosa sin mirarlo. Para verlo con indiferencia no basta ser perverso, es necesario ser un necio.

Pero mirándolo todos, no todos lo conocen, no todos penetran en el fondo de sus misterios, no todos descubren el arcano de su ser y de su vida. El hecho es patente, en el mundo está el Hijo del hombre; pero subsiste en todos los siglos el problema colosal que propuso Jesús a sus discípulos en Cesarea de Filipo: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?"

Y en todos los siglos los hombres se han dividido torpemente a propósito de Jesús como se

dividieron sus contemporáneos, según el testimonio del Evangelio: Unos dicen que es Juan Bautista, otros que Elías, o Jeremías, o algunos de los profetas. ¡Es tan difícil conocer a Jesús cuando no se cuenta más que con la estrechez de nuestro pobre criterio humano! Más fácil sería que cupiera el océano en la concha diminuta de la leyenda agustiniana a que pudiera nuestra torpe razón abarcar por sí misma la grandeza de Jesús. Hasta sus mismos amigos le desconocen a las veces: es un fantasma, dijeron los Apóstoles cuando el Maestro caminaba sobre las olas del Tiberíades; es el jardinero, dice la amorosa Magdalena junto al sepulcro glorioso; es un peregrino, dicen los discípulos de Emaús en la tarde solemne de la resurrección.

Hace veinte siglos que la pobre razón humana estudia a Jesús, y el catálogo de las contestaciones variadísimas, opuestas, a las veces absurdas, que ha dado a la tremenda interrogación de Cesarea sería risible, si no fuera trágico. Es un sabio... es un genio... es un vidente... es un socialista:... ¡aún hay quien se haya atrevido a decir: es un infame!

En el fondo de cada sistema filosófico y de cada nueva doctrina que ha producido en el mundo la razón humana, hay una contestación a este problema trascendental que se esconde en lo íntimo de todos los problemas, y cada una de ellas engendra una revolución y a las veces una catástrofe en la Historia.

Se querría arrojar de la tierra a Jesús; se sueña en un mundo sin El; se fingen ingeniosos sis-

temas para olvidarlo; se forjan procedimientos decisivos para eliminarlo; cada siglo lo lleva a un nuevo calvario y pretende clavarlo en otra cruz; pero El resucita siempre al tercer día; pero El es inmortal, y de cada nueva cruz brota una nueva gloria; más fácil sería apagar la luz de los cielos, extinguir la atmósfera vivificante, ahogar en el fondo de las almas los anhelos de verdad y de amor. La palabra de San Pablo es luminosa: "Jesucristo es de ayer, de hoy y de todos los siglos".

Apenas comenzaron los Apóstoles a predicar el reino de los cielos, aparecieron los primeros herejes, Ebión y Cerinto, a engañarse sobre el misterio de Jesús. Y en pos de ellos vino una larga cadena.

Ni la rabia de los Césares, ni la heroica sangre de los mártires pudieron acallar la voz orgullosa de la razón humana que forjaba herejías estudiando a Jesús; y cuando la persecución romana se trocó en paz y secóse en el circo la sangre cristiana, se acrecentaron de manera increíble las discusiones doctrinales acerca de aquel hombre extraordinario que salió glorioso de las catacumbas, después de tres siglos de persecuciones, adornado con la sangre preciosa de sus innumerables testigos.

Para unos Jesús es Dios que, para comunicarse con los hombres, aparece con un cuerpo fantástico; para otros es un hombre como los demás, que trajo al mundo un mensaje divino, éstos confunden en Jesús la naturaleza divina y la humana; aquéllos rompen su admirable unidad,

distinguiendo en El dos personas. Y cada maestro inventa nuevos términos, interpreta a su manera las divinas Escrituras, llama en su favor a los Padres y atrae en pos de sí un grupo de esos espíritus ávidos de novedades que nunca faltan para escuchar y seguir a quien predica en el mundo una nueva doctrina.

*
* *

Pero no solamente los herejes estudian a Jesús; hay quien vive únicamente para conocerlo y amarlo; hay unos ojos muy limpios que sin cesar lo miran con intuición y con inmenso amor. Su esposa inmaculada y fiel, la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana ha consagrado a Jesús las miradas de sus ojos, los latidos de su corazón, las palabras de su boca y la sangre de sus venas. A ella le hizo también Jesús la interrogación suprema, después de habérsela hecho a la razón humana. "¿Y vosotros quién decís que soy yo?" les dice a sus apóstoles, y el Príncipe de ellos, aquél cuya fe no defeccionará jamás, aquél que en el transcurso de los siglos tendrá el glorioso privilegio de confirmar a sus hermanos, el que es la piedra sobre la que se asienta la Iglesia indeficiente, el que posee las llaves del reino de los cielos, prorrumpe en este grito luminoso e inmortal: "¡Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo!"

Entre el estruendo de las opiniones humanas, tímidas o erróneas, resuena en todos los siglos,

como una voz de los cielos, purísima, audaz, victoriosa, inextinguible, la voz de Pedro, que es la voz de la Iglesia y que no brota de la carne y de la sangre, esto es del mezquino criterio del hombre, sino de las luminosas profundidades del Padre, que revela sus secretos, expresando siempre con fórmula diáfana, lapidaria, divina, el misterio de Jesús: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo".

Hace quince siglos resonó en el orbe ese grito victorioso de Pedro. Fué en Efeso, como antes había resonado en Nicea; como resonaría después en Calcedonia, en Letrán, en Trento, en el Vaticano. Nestorio había lanzado una nueva doctrina sobre el divino misterio de Jesús. Para el heresiarca oriental Jesús era uno de los profetas, el más esclarecido, el más glorioso, era un hombre unido como ninguno al Verbo de Dios, pero no más que un hombre; y su palabra revestida con su autoridad de patriarca y adornada con las galas de la elocuencia encontró eco en el Oriente. Jesús se volvió con dulzura hacia su Iglesia para repetirle la pregunta trascendental: "Vos autem quem me esse dicitis? ¿Y vosotros quién decís que soy yo?" Y Pedro, que entonces se llamaba Celestino, repitió la palabra de vida: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Y en Efeso, ungido con los recuerdos de San Juan y aun quizá de María, se unieron más de doscientos Obispos para condenar a Nestorio y para repetir como un eco formidable la palabra de Pedro.

Mas ¡cosa admirable! en aquella gloriosa asamblea del siglo V en la que se iba a explicar la fe

católica sobre el misterio de Jesús, toda la atención se concentra en la siempre Virgen María. ¿Es o no es la dulce Virgen verdadera Madre de Dios? ¿Se le llamará simplemente **Cristotocon,** Madre de Cristo, como insidiosamente la llamaba Nestorio, o habría de llamársele con el título inefable de **Theotocon,** Madre de Dios, como lo invocaba San Cirilo con la tradición y con la Iglesia? Tal fué el problema propuesto a los Padres de Efeso, y cuando éstos condenaron a Nestorio y proclamaron a María verdadera Madre de Dios, los cristianos de Efeso aclamaron a los Padres del Concilio, y con hachas encendidas los condujeron triunfalmente a sus residencias, y sus aclamaciones se extendieron por todo el orbe, y ese regocijo se convirtió en el santo entusiasmo de la Iglesia de Dios.

Profundamente bien planteado y resuelto estuvo el problema fundamental de Efeso. Si María es la Madre de Dios, el misterio de Cristo, el sacramento escondido durante los siglos en el seno de Dios, se ilumina con la luz de los cielos; si María no es la Madre de Dios, el misterio divino se desvanece y con él toda la armoniosa edificación del cristianismo.

¡Oh Nestorio! ¡Tu espíritu no tiene el sentido de lo divino; no has recibido la santa revelación del Padre que está en los cielos, sino la inspiración estrecha de la carne y de la sangre!

La doctrina sobre Jesús tiene como prodigioso corolario la doctrina sobre María; una misma luz ilumina al Hijo y a la Madre y una misma gloria los envuelve; porque los dos, como lo enseña

Su Santidad el Señor Pío IX en la Bula "Ineffabilis", fueron concebidos en el mismo decreto eterno; los dos nacieron de la misma mirada del Padre, del mismo latido de su corazón, de la misma efusión de su misericordia. Como no puede separarse la aurora y el día, como no puede dividirse la gloria del sol y la suave claridad del crepúsculo, Jesús y María no se pueden separar jamás. Juntos están eternamente en la mirada de Dios; unidos aparecieron en la plenitud de los tiempos; enlazados están en la fe y en el amor de la Iglesia, y bañados en el cielo por la misma gloria.

Si el Verbo de Dios no hubiera tomado un cuerpo real, como lo soñaron los Docetistas, María no tendría relación con Jesús; si el Cristo fuera puro hombre como lo soñó Nestorio, María no hubiera sido Madre de Dios; pero si en Jesús hay una sola persona, la del Verbo, y esta divina Persona tomó en el tiempo una naturaleza humana, verdadera e íntegra en el seno de María, esta dulce Virgen es verdadera Madre de Dios, porque ella dió a Jesús lo que toda madre da a su hijo, y el hijo no es la naturaleza, sino la persona.

Y con el inefable misterio de la Encarnación se enlazan todos los misterios cristianos; el Cuerpo que por nosotros fué inmolado en la cruz es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, porque fué formado de la substancia purísima de María, que es de nuestro linaje; y su inmolación tiene valor infinito, porque se inmoló el Verbo de Dios hipostáticamente unido a ese

Cuerpo santísimo. La Sangre que por nosotros fué derramada tuvo su origen en María, pero era Sangre divina por su unión con el Verbo. Y ese Cuerpo sagrado y esa Sangre preciosa se convirtieron por un prodigio de amor en pan de vida y vino de salud, y ese alimento divino de la Eucaristía, porque Cristo es Dios, da la vida al mundo, y porque Cristo es hombre, hay bajo las especies eucarísticas algo que tuvo su origen en la Virgen María.

La gloria del Hijo se derrama sobre la Madre como la unción de la cabeza de Aarón corre por su barba florida y por sus sagradas vestiduras; como del astro rey se derrama sobre la tierra la gloria del día, como el perfume de Magdalena embalsama la estancia; porque el Espíritu de Dios, que se derramó plenamente en la divina flor de Jessé, cubrió también con su sombra la vara virginal que floreció por su virtud omnipotente.

¿Quién dirá jamás las consecuencias que por una lógica divina se derivan de la divina Maternidad de María? Porque ella es Madre de Dios fué inmaculada en su Concepción purísima, y su santidad y su gloria supera a la gloria y santidad de todos los elegidos. Porque María es Madre de Dios fué asociada a todos los misterios de Jesús: en Caná de Galilea, en el Calvario, en el Cenáculo, en la Iglesia.

Porque María es la Madre de Dios, es la corredentora del género humano, y porque es corredentora es medianera de todas las gracias. Porque María es la Madre de Dios, hizo en Ella co-

sas grandes el Omnipotente y la llamarán feliz todas las generaciones.

Los Padres de Efeso, diciendo la última palabra sobre el misterio de Jesús, dijeron la primera palabra sobre María, esto es, la palabra de la que emanan sus prerrogativas extraordinarias, su grandeza única. En el transcurso de los siglos la Iglesia seguirá mostrando al mundo la gloria de Jesús y la gloria de María; pero esta gloria tendrá como base la declaración dogmática de Efeso, como toda la gloria del Cristo supone el misterio innegable de su Encarnación.

El conocimiento de Jesús llevó al conocimiento de María, y cuatro siglos de estudiar a Jesús produjeron como fruto celestial esta trascendental declaración del Concilio de Efeso: **María es la Madre de Dios.**

— II —

Y he aquí que once siglos más tarde, también en el año de 31 que parece predestinado por Dios para la gloria de su Madre, resonó en nuestro suelo, como un cántico de los cielos no entonado por labios terrenos sino por los mismos labios purísimos de la Virgen María, un eco de la palabra sublime de Efeso: **"Yo soy la Madre de Dios".** Resonó en una árida colina, en la colina de nuestra gloria, y el suelo de Méjico se ha de haber estremecido de entusiasmo y las estrellas del cielo han de haber cintilado de alegría...

No se dijo la inefable palabra en las lenguas sabias que se hablaron en Efeso, sino en el oscuro

idioma mejicano, y fué dirigida a un pobre indio de nuestra raza, ignorante y pobre. Pero aquella divina palabra fué germen inmortal de la fe, de la esperanza, del amor de más de veinte naciones que a su conjuro mágico surgieron de las sombras de la idolatría y de la barbarie a la luz del Cristo y de la civilización. El sonido de aquella palabra se extendió hasta los confines de la América como un mensaje de esperanza y de paz, flores prodigiosas embalsamaron a todo el continente con perfumes de cielo y todo el nuevo mundo se convirtió en pedestal magnífico de la Virgen de Guadalupe, reina de veinte naciones y madre de millones de hijos leales, generosos, heroicos.

Era aquella palabra la ráfaga de luz que iluminaría las inteligencias sumidas en las sombras de muerte, la cintilla de amor que inflamaría los corazones, que consolaría la tristeza proverbial de las razas redimidas, el oleo de fortaleza que iba a ungir a las almas para el futuro martirio glorioso.

Toda la doctrina de los misioneros estaba encerrada en aquella palabra divina; toda nuestra historia se escondía en aquel preludio celestial.

Si la dulce y bellísima Señora que apareció a Juan Diego en el Tepeyac es la Madre de Dios, luego Dios ha sido visto en la tierra y ha conversado con los hombres, luego el Verbo Divino se hizo carne y por el Espíritu Santo se ofreció inmaculado al Padre en la cumbre del Calvario, luego hemos sido comprados con la sangre preciosa del Cordero, y el cántico de Belén ha llega-

do a los bosques virginales de América, a su suelo fecundo, y ha resonado en sus excelsas montañas, y se ha dilatado como una bendición sobre sus campiñas floridas, y las olas soberbias de sus océanos han enmudecido para que se escuchara el himno de la esperanza: "Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad".

En Oriente Jesús glorificó a su Madre; en el Occidente María glorifica a Jesús; allá, el día espléndido del Cristo dejó como huella luminosa la claridad crepuscular dulce y suave de María; acá, la aurora henchida de poesía y de belleza anunció el día glorioso del reino de Jesús.

Y estos dos acontecimientos acaecieron en el mismo año de treinta y uno y están entre sí enlazados como dos estrofas de un poema, como dos crepúsculos de un día, como dos emanaciones de una misma flor, como dos efluvios de una misma mirada de Dios, como dos latidos de su Corazón misericordioso, aunque estén separados por once siglos que son para nosotros una inmensidad, pero para Dios, sicut dies hesterna quae praeteriit, como el día de ayer que pasó.

*
* *

Os he dicho también que en esa palabra sublime que María Santísima dijo a Juan Diego se esconde el secreto de nuestra Historia. En efecto, si María es la Madre de Dios, es también la

Madre de los hombres, y si quiso ella misma traernos la divina revelación, quiere ser de manera especial nuestra Madre y nos ama con predilección singular. Esta felicísima consecuencia de aquella palabra soberana, la misma Virgen dulcísima nos la enseñó en otra de sus gloriosas apariciones. ¿Quién no ha escuchado esa consoladora enseñanza, arrobado de gratitud y de amor? **"Hijo mío... a quien amo como pequeñito y delicado"** son palabras de predilección y van dirigidas a todos nosotros. Es su Méjico, es su América Latina a quien llama María hijo pequeñito y delicado. Somos un pueblo predilecto de María que nacimos de su ternura, que crecimos en su regazo, que hemos sido regalados con sus tiernas caricias y en quienes tiene nuestra Madre designios singulares de amor.

Porque somos sus predilectos nuestra evangelización fué excepcional, nuestra infancia de tres siglos dulce y tranquila como un río de paz que se desliza suavemente en un cauce de amor, y nuestra fe robusta, y nuestra piedad sólida y entusiasta, y nuestro amor tierno y ardiente como formado por una madre celestial.

Las palabras que solemos escribir al calce de la imagen de María de Guadalupe, como un blasón de gloria: "Non fecit taliter omni nationi", no son palabras vanas; no todos los pueblos nacen en el regazo de María, ni son todos arrullados por sus tiernísimas palabras maternales.

Y aquellas primeras palabras de María: "Yo soy la Madre de Dios", no solamente son el origen de nuestras prerrogativas por serlo de nues-

tra predilección, sino que son también la clave de nuestras vicisitudes y de nuestro martirio.

En el principio de los tiempos, al anunciar el Señor por vez primera a María, como la esperanza de nuestro linaje, en los dinteles del paraíso perdido por la culpa, dijo estas palabras profundas y eficaces porque son de Dios: "Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya" Iban dirigidas a la serpiente y contienen el germen de la historia del mundo, que es en el fondo el combate formidable entre María y su descendencia contra el demonio y sus secuaces. El desenlace de la tragedia secular no es dudoso: la mujer quebrantará la cabeza de la serpiente, pero ésta pondrá asechanzas al calcañar de la mujer. Las primeras palabras de esta primera profecía encierran nuestros triunfos, sobre todo el definitivo; las últimas, anuncian las constantes persecuciones de la Iglesia.

Es natural que allí donde la mujer establezca su morada y tenga entre sus descendientes hijos pequeñitos y delicados que ame con predilección, allí las asechanzas de la serpiente serán más constantes, más terribles, más audaces. En esta tierra bendita en la que nuestra historia cristiana arranca de esta palabra celestial que nos dijo María: "Yo soy la Madre de Dios",' tiene que poner la serpiente con rabia infernal sus más pérfidas asechanzas al calcañar de la mujer.

Si no supiéramos el amor singular que María nos tiene, bastaría para comprender el misterio de nuestra predilección saber cómo nos odia el demonio; si no percibiéramos la fragancia de las

rosas del milagro, sabríamos que vivimos en el regazo de María al sentir el vaho infernal de la antigua serpiente.

Toda nuestra fe y toda nuestra historia están en germen en el Tepeyac, en las celestiales palabras que nos dijo nuestra Madre, y esas palabras dilatadas por todo el continente produjeron la evangelización de veinte naciones, y esas palabras desarrolladas en los siglos han formado y seguirán formando nuestra historia.

La última palabra de Efeso es la primera del Tepeyac y el crepúsculo del Oriente se convirtió en divina aurora para el Occidente. Jesús glorificó allá a María, María ha glorificado aquí a Jesús, llevando ante sus regias plantas veinte naciones predilectas.

Nosotros enlazamos los recuerdos centenarios de estos dos acontecimientos que forman como el anillo de oro del amor y de la gloria de María, en un mismo regocijo íntimo y en unas mismas piadosas solemnidades.

MARIA ES NUESTRA MADRE (1)

TODO en las obras de Dios es unidad y armonía, porque el Señor pone en ellas el vestigio de su ser inefable, que es unidad simplísima e infinita plenitud. Aun en el mundo natural brillan esos caracteres de la acción divina; los cielos cantan la gloria de Dios, porque en el espacio inmenso ruedan los astros con maravilloso concierto; y la tierra está llena de la majestad de Dios, porque en el profundo océano y en las montañas excelsas y en las praderas floridas y en los barrancos misteriosos está el sello de Dios, la huella de su mano y el trasunto de su hermosura; de tal suerte, que todas las criaturas están diciendo con su elocuencia sin palabras la inspirada estrofa de San Juan de la Cruz:

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura,
Vestidos los dejó de su hermosura.

(1) Discurso pronunciado en el Congreso Guadalupano, el 8 de diciembre de 1931.

Pero en el mundo sobrenatural, que es el mundo divino, brillan más claras, más bellas y más espléndidas, la unidad y la armonía. Todo en ese mundo prodigioso se enlaza con lógica divina; los misterios de Dios, que tienen para nuestra pobre mirada obscuridad de abismo, se iluminan los unos a los otros con inefable luz; y cuando nuestra alma familiarizada con ese mundo altísimo acierta a abarcar en medio de las sombras el maravilloso conjunto, siente la impresión de que contempla una realidad única, pero inmensa y riquísima, y vislumbra la radiosa visión de la patria en la que según la expresión de la Escritura, "Dios será todo en todas las cosas".

En ese mundo sobrenatural hay una figura grandiosa y dulcísima que es entre los séres puramente creados la obra maestra de Dios y en la que el Artífice divino puso el más espléndido destello de su pureza, el trasunto más perfecto de su hermosura y el más rico tesoro de su amor. No necesito pronunciar su nombre, porque lo llevamos profundamente grabado en nuestros corazones filiales, porque en estas fiestas guadalupanas este nombre augusto parece llenar el ambiente con su dulzura, y parecen difundirlo con su aroma las flores de nuestras campiñas y escribirlo en el espacio inmenso con sus misteriosas cintilaciones las estrellas del cielo.

Dios la enriqueció con privilegios admirables y únicos, y con ser tántas y tan sublimes sus prerrogativas, todas ellas se enlazan con divina armonía y producen una deliciosa impresión de unidad.

María es la **Madre de Dios:** tal es el grito entusiasta de Efeso que repercute después de quince siglos, la revelación primera de nuestra Madre hecha hace cuatrocientos años en nuestro Tepeyac glorioso, la alabanza que sube sin cesar al cielo en todas las plegarias de la tierra, el cántico inmortal de los elegidos en la patria eterna.

Y de esta verdad trascendental emanan todas las gracias y prerrogativas de la Virgen Santísima, como del rayo del sol emanan los colores del espectro, como de un tema musical brotan raudales de armonía, como de la semilla fecunda brotan en la primavera los pétalos espléndidos y la rica fragancia de las flores.

Solamente en el cielo podremos abarcar en la plenitud de su desarrollo y en la hermosura de su unidad el conjunto de maravillas que nacen de la divina maternidad de María.

En esta ocasión voy a exponer una de esas maravillas, la más dulce, la más feliz para nuestro corazón:

"Cómo María es Madre de los hombres".

Este tema dulcísimo, al mismo tiempo que invita a nuestro espíritu a subir a las luminosas regiones en las que se encuentra la razón profunda de esta verdad consoladora, **María es nuestra madre;** invita también a nuestro corazón a sondear el purísimo Corazón de María en el que se esconde el secreto de su amor maternal.

— I —

Para realizar la primera parte de mi empresa me basta exponer este pensamiento: **María es Madre de los hombres, porque es Madre de Jesús.**

En estas breves palabras se expresan las dos maternidades: una que sabe a gloria, otra que sabe a dulzura y amor; una que deslumbra nuestro espíritu con su luz espléndida, otra que arrebata nuestros corazones con divina suavidad; una que eleva a María y la hunde en el piélago insondable de la Divinidad, otra que la entrega a nuestro cariño como precioso tesoro; una que nimba su frente inmaculada con una aureola única, otra que fija para siempre sus plantas purísimas en esta triste tierra donde viven sus hijos, a quienes debe buscar con amorosa solicitud y brindarles el descanso delicioso de su regazo maternal.

Y estas dos maternidades se enlazan, se funden, son una misma maternidad; porque, permítaseme repetirlo: María es Madre de los hombres, porque es Madre de Jesús.

Para comprenderlo sería preciso comprender la unión íntima, estrechísima, eterna, de Jesús con el linaje humano.

Cuando Jesús apareció sobre la tierra extendió sus brazos y en una caricia inmensa se enlazó a todos los hombres, abrió su corazón y en él cupimos todos; desde entonces Jesús y nosotros estamos unidos para siempre; nadie nos podrá separar, porque Dios nos ha unido.

"Todos somos una sola cosa en el Cristo", dice San Pablo con su lenguaje audaz.

El Verbo de Dios no se unió hipostáticamente sino con la Humanidad sacratísima de Jesús; pero como una consecuencia dichosa de aquella unión única, todos los hombres quedamos unidos a Jesús con una unión de gracia y de amor.

No vayamos a pensar que esta unión sea una metáfora bella pero estéril, como son las que usamos para expresar nuestras uniones de la tierra; es una realidad santa y viviente que apenas cabe en los estrechos moldes de nuestro lenguaje.

La esencia del amor es unir; con su fuerza victoriosa salva las distancias, triunfa del tiempo y realiza el misterio de enlazar dos vidas en un solo cauce y de fundir dos corazones en un solo corazón. Pero ¡ay! el amor humano, limitado y estrecho, no logra sino uniones imperfectas y fugaces; duran un instante y no sacian la sed inmensa de unidad que llevamos en el alma. En vano la audacia de nuestros deseos nos hace decir que llevamos en el corazón a los seres amados y que tenemos con ellos un solo corazón y una sola alma, la generosidad de nuestras palabras es desmentida por la egoísta, por la prosaica realidad de las cosas humanas.

Mas los sueños del amor humano son realidades para el divino que sabe de uniones estrechísimas y de uniones eternas, que cuenta con la omnipotencia para realizar sus misterios y con la eternidad para prolongar su dicha.

Y ese amor divino, triunfante e inmortal, fué el que unió a nosotros con Jesús. El mismo ex-

plicó los misterios de su amor en el Cenáculo, en la noche de las santas intimidades y de las efusiones desbordantes de amor. **"Yo soy la vid y vosotros sois los sarmientos"**. No estamos unidos a Jesús como están unidos a la vid los insectos que buscan entre el follaje de ella una morada y un descanso, ni como la gota de rocío que tiembla en los racimos opulentos; es más profunda, es más íntima nuestra unión con El, pues vivimos de su vida y circula en nuestras almas la savia que viene de su inmensa plenitud. Por eso cuando estamos unidos a El llevamos en el corazón la vida eterna y producimos frutos copiosos que no se agotan jamás.

Pero ni al mismo Jesús le satisficieron las comparaciones terrenas para explicarnos el divino misterio de su unión; por eso levantó sus ojos a las alturas celestiales y buscó en el seno divino el modelo de la unión que ha querido realizar con nosotros su amor. Al hablar a su Padre de aquel sueño de unidad y de amor que llevaba en su alma, se olvida de las cosas de la tierra y pide para nosotros nada menos que una unión tan estrecha, tan santa y tan íntima, que se parezca a la unión inefable del Padre y del Hijo, en la unidad del Amor eterno. **"Padre santo, guarda en tu nombre a aquéllos que me diste, para que sean una sola cosa con nosotros... Yo en ellos y Tú en Mí para que sean consumados en la unidad"**.

Sin perder Jesús su divina trascendencia ni nosotros nuestra exigua personalidad, el amor y la gracia nos unen tan estrechamente que El vi-

ve en nosotros y nosotros en El, como El mismo nos lo enseñó en estas insondables palabras: **"Como me envió el Padre viviente y Yo vivo por el Padre, el que me come vive por Mí".**

Con razón el Apóstol, sintiendo la divina realidad de esta unión incomparable, exclamó en un arranque de amor y de dicha: **"Ya no vivo, sino que el Cristo vive en Mí".** Y S. Agustín al sondear lleno de asombro el misterio de Jesús, exhaló este grito audaz y victorioso: **"Admiraos y regocijaos, nos hemos convertido en Cristo".**

Y ni el Apóstol de las Gentes ni el Doctor de Hipona exageraron el divino misterio; Jesús nos posee, no como a las vestiduras que le cubren, sino como a los miembros de su cuerpo sacratísimo; porque **"así como el cuerpo es una sola cosa,** dice S. Pablo, **y tiene muchos miembros, mas todos los miembros con ser muchos son un solo cuerpo; así también Cristo. Porque todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo... Y todos en el mismo Espíritu hemos sido saciados... Vosotros sois el Cuerpo de Cristo".**

*
* *

Jesús tiene dos cuerpos: uno que está hipostáticamente unido a la Divinidad, que fué inmolado en la Cruz y que subió a los cielos glorioso y triunfante; y el otro, su cuerpo místico, que es su Iglesia, unida a El por la gracia y el amor,

partícipe de su vida y continuadora de sus misterios.

Porque ninguno de los misterios de Jesús está completo aún, sino que todos tienen que irse consumando en el transcurso de los siglos. Cuando Jesús terminó su vida mortal completó los misterios de su cuerpo real, pero hasta el fin de los tiempos se consumarán los de su cuerpo místico. Por eso S. Pablo dijo: **"completo en mí lo que faltó a la pasión de Cristo"**; lo mismo hubiera podido decir de todos los demás misterios de Jesús. El nace sin cesar en las almas, y vive en ellas su vida silenciosa y celestial de Nazareth, y predica en sus ministros, y realiza prodigios en sus taumaturgos, y en nosotros sufre y agoniza y muere, y en nosotros resucita y sube a los cielos.

Dice S. Ambrosio: **"Resucitó en El el mundo, resucitó en El el cielo, resucitó en El la tierra"**. Tiene razón; el misterio de vida y de gloria está en germen en la divina resurrección de Jesús, pero se consumará en el último día de los tiempos; en ese día santo y glorioso los misterios de Jesús quedarán consumados y terminará la historia, porque toda la razón de ella es Jesús que la llena con su majestad.

Pues si somos Jesús, si nuestra vida es prolongación mística de su vida y de sus misterios, no podemos tener otro origen distinto del suyo. El nació eternamente del seno del Padre en los esplendores de la santidad, y nació en el tiempo de la siempre Virgen María; nosotros no tenemos más que un Padre, el de Jesús, que con inmensa caridad nos adoptó para que nos llame-

mos y seamos hijos de Dios; y una madre, María, que al concebir en sus entrañas al Verbo de Dios, nos concibió místicamente a todos los hombres en su purísimo Corazón.

*
* *

Y no es esta doctrina una piadosa analogía, sino una dulce verdad. La unidad y armonía que Dios pone en todas sus obras exigen que el cuerpo místico de Jesús tenga su origen, como su cuerpo real, en la inefable fecundidad de una virgen.

Enseña Santo Tomás de Aquino que las relaciones que se tienen con el cuerpo real de Jesús señalan las que se tienen con su cuerpo místico, y así el poder maravilloso de los sacerdotes sobre las almas dimana de la estupenda prerrogativa de realizar el misterio eucarístico. Si María es Madre de Jesús en su cuerpo real, es también Madre de Jesús en su cuerpo místico. No hay en María dos maternidades, sino una sola que abarca en su grandeza al Jesús íntegro.

Nuestro origen sobrenatural está en Nazareth; cuando María pronunció aquellas palabras que hicieron estremecer los cielos y la tierra: **"He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra"**, no solamente se realizó en las entrañas inmaculadas de la Virgen el inefable misterio de la Encarnación, sino que juntamente con Jesús fuimos místicamente concebidos todos.

*
* *

Mas la semilla depositada en Nazareth tuvo su prodigiosa florescencia en el Calvario, en la hora trágica del sacrificio, en la hora solemne del amor. Al pie de la Cruz está María y está el linaje humano, y para realizar el misterio de la unión de ellos, Jesús se olvida de sus penas inenarrables, y abre sus labios omnipotentes: **"Mujer, he ahí a tu hijo"**,— dice a María; **"he ahí a tu madre"**,—dice al linaje humano; y desde aquella hora nosotros recibimos a María como precioso tesoro.

¿Por qué en el Calvario? Porque allí iba a terminar la vida mortal de Jesús, porque allí iba a brotar de su Cuerpo sangriento y de su Corazón desgarrado una nueva vida y, si se me permite la expresión, un nuevo Jesús. Yo glosaría en esta forma las divinas palabras: **"Voy al seno del Padre y no necesito ya de los delicadísimos cuidados maternales de que me rodeaste en mi vida mortal; pero quedo escondido en la tierra en mi Iglesia, y brotará de mi corazón un cuerpo nuevo, mi Cuerpo místico que abarcará todo el linaje humano y durará hasta la consumación de los siglos. En adelante los hombres serán tus hijos, porque en ellos viviré Yo. No es una sustitución la que hago, no es el hijo del Zebedeo el que te dejo en lugar del Hijo de Dios; sino que el hijo que hoy confío a tu amor y a tus cuidados maternales es como una prolongación de tu Hijo Unigénito, soy yo mismo que me ocultaré**

a tus ojos mortales, pero estaré siempre presente a los ojos iluminados de tu corazón".

Y en medio del martirio de aquella hora trágica, María nos da la vida. Cuando Jesús nació en Belén, no lo dió a luz en el dolor, sino en el gozo y en la alegría; porque en aquel parto virginal y santísimo la pureza de la tierra produjo como fruto de su fecundidad virginal la Pureza del cielo. El dolor es la divina reacción del amor contra el pecado, y en aquel sagrado misterio no había más que pureza y amor.

Mas el hijo que la Virgen Santísima dió a luz en el Calvario era hijo de ira y de pecado, que iba a convertirse en hijo de Dios por la virtud eficacísima del dolor. Era preciso que la sangre divina se mezclara con las lágrimas amarguísimas de la Madre, que el dolor inmenso de Jesús se uniera al martirio íntimo de María para que los hombres recibiéramos la nueva vida. El dolor de María al darnos a luz no es fruto de la maldición del Paraíso, sino santa participación del dolor de Jesús, que es la fuente de todas las bendiciones.

*
* *

Pero el misterio de nuestra filiación no se terminó en el Calvario; todo estaba ya consumado, como lo dijo Jesús antes de morir; mas el fruto de nuestra redención no debía aparecer en la tierra hasta que Jesús subiera a los cielos.

En la víspera de su pasión el Maestro decía a sus discípulos con singular ternura: **"Porque**

os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza. Pero yo os digo la verdad: os conviene que Yo me vaya; porque si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré". Hasta que Jesús, como Pontífice de la Nueva Ley, penetrara en el Sancta-Sanctorum no hecho por la mano del hombre, hasta que se presentara ante el divino acatamiento llevando en sus manos las huellas sangrientas de su dolor y de su muerte, bajaría a la tierra el Espíritu Santo y se realizaría el prodigio anunciado por los Profetas, la efusión del Paráclito sobre toda la carne, la inmensa inundación de amor que es el fruto precioso de la Cruz.

El prodigio se realizó en el Cenáculo; un ruido como de viento impetuoso y lenguas de fuego que aparecieron sobre los discípulos anunciaron al mundo que había venido el Amor, y se conmovieron las almas, y se encendieron los corazones en el fuego divino, y comenzó la Iglesia, porque los discípulos llenos del Espíritu Santo y movidos por El se convirtieron en Jesús.

Allí estaba María — la Escritura tiene cuidado de decírnoslo — y no podía estar allí sino como Madre. El Cenáculo era un nuevo Belén, y el misterio allí realizado era una renovación del misterio de la noche inolvidable. Jesús volvía a nacer al nacer la Iglesia, y el hijo que la Virgen había recibido en el Calvario aparecía ya sobre la tierra radiante de juventud y de vigor. Los ángeles hubieran repetido el cántico de gloria y de paz, si no lo entonaran íntimo y dulcísimo los corazones henchidos de amor; los viejos va-

ticinios de los Profetas volvían a realizarse: **Parvulus natus est nobis et filius datus est nobis, cuius imperium super humerum eius.** Un nuevo hijo de María nace en el mundo y lleva sobre sus hombros el imperio espiritual de la historia; los siglos tuercen su curso, los imperios se desmoronan y la tierra se transforma para abrir paso a la Iglesia de Dios. Lo que fué semilla en Nazareth y tallo vigoroso en el Calvario, es fruto opulento en el Cenáculo; porque el Espíritu del Señor ha vuelto a descender sobre la nueva flor brotada de la raíz de Jessé.

María no fué simple espectadora del ardiente Pentecostés, sino instrumento de amor, acueducto de gracia, Madre fecunda de la Iglesia; porque lo que surgió en el Cenáculo bajo el impulso victorioso del amor fué Jesús, y Jesús no tiene, no puede tener más que un origen: siempre es concebido por el Espíritu Santo de Santa María Virgen, como repetimos constantemente en el símbolo de nuestra fe.

Para comprender cómo María es Madre de los hombres es preciso escrutar con la luz de Dios tres misterios: **el de Nazareth, el del Calvario y el del Cenáculo;** uno de **pureza,** otro de **dolor** y otro de **fuego,** y fundirlos después en la divina unidad, en la maravillosa armonía de **Jesús,** que une a los cielos con la tierra, a Dios con los hombres y al tiempo con la eternidad.

Nacidos en la mente de Dios a la luz de la misma mirada de complacencia, al impulso del mismo latido de amor, en virtud del mismo decreto soberano, Jesús y María estarán unidos sin cesar,

como la flor con el tallo de donde brota, como el beso de amor con los labios que lo exhalan, como el rayo de luz con el seno misterioso de donde emana. Jesús pasó por la tierra en marcha triunfal de amor, como un gigante, al decir de la Escritura, que recorrió lleno de júbilo su camino glorioso y llegó a la cumbre de su misión divina. Belén fué su oriente, y como un sol de amor se elevó sobre la tierra en el radioso amanecer de nuevos siglos; el Calvario fué su ocaso de dolor y de ignominia, y en el Cenáculo volvió a nacer para iluminar al mundo con su luz de vida en un día sin ocaso. María acompaña a Jesús en todas las etapas de su marcha triunfal; en Belén Ella guarda en su regazo al niño encantador, en el Calvario está al pie de la Cruz salvadora, y en el Cenáculo está en medio de sus discípulos, rodeada de aquéllos que forman el cuerpo místico de Jesús. Siempre con El, siempre participando sus prodigiosos misterios, siempre Madre.

— II —

Pero no quedaría satisfecho mi corazón, si antes de terminar no nos asomáramos llenos de respeto y de cariño al Corazón de nuestra Madre. ¿No es por ventura el corazón lo más exquisito y precioso que en una madre existe? Todos llevamos en el alma el dulce recuerdo del corazón de nuestra madre. fué el primer corazón que oímos latir, el primero que nos amó, el primero que recibió nuestros desahogos de dolor y nuestras efusiones de ternura. Al acercarnos a

ese corazón sentían nuestras almas efluvios de pureza y al ponernos en contacto con él parece que nos acercábamos a Dios; su ternura tenía no sé qué destello divino y a través de su amor vislumbrábamos el Amor eterno. ¡Dichosos los que no vimos jamás el mal en el corazón de nuestra madre, dichosos los que vimos convertidos en realidad feliz nuestros sueños de amor filial!

Mas por santa que haya sido nuestra madre de la tierra, se opaca su pureza ante la pureza incomparable de nuestra Madre del cielo.. Para que en el regazo de María pudiera descansar Jesús, para que su Corazón purísimo pudiera ser comprendido por el corazón de su Madre, Dios derramó en ese corazón maternal raudales de pureza, puso un destello de la suya infinita y, si me es permitido hablar con nuestro pobre lenguaje, lo hizo tan puro que Jesús no extrañara o extrañara menos al acercarse a él, los santísimos esplendores del seno del Padre. El Corazón de María es el corazón de la Inmaculada, el corazón de la Virgen, el corazón de la Madre de Dios. El Señor acumuló en ese corazón único tres purezas inenarrables, la que brotó del privilegio excepcional de la Concepción Inmaculada de María, la pureza de una virginidad perfectísima y la pureza tan grande y tan fecunda que tuvo por fruto admirable la divina pureza de Jesús.

*

* *

Y porque era tan puro ese corazón fué inmenso, porque no lo estrecharon jamás ni los víncu-

los del pecado ni las ataduras del egoísmo, y pudo contener un océano de amor que entre las puras criaturas no tiene semejante ni en la tierra ni en el cielo. Fué ese amor tierno y ardiente, delicado y audaz, desinteresado y generoso. Jesús lo supo muy bien; El, que bajó a la tierra en busca de amor, no resultó defraudado en sus esperanzas; hubiera bastado el amor de María para que la venida de Jesús no hubiera sido inútil, ni estéril su vida, ni infecunda su sangre. Valía la pena bajar del cielo para encontrar un corazón como el de María y sentir la delicia de un amor como el suyo. Jesús gustó de esa delicia en los treinta y tres años de su vida mortal: en las caricias de Belén, en la intimidad de Nazareth, en las efusiones del Cenáculo y en medio del dolor y de la ignominia del Calvario; y bebe eternamente en el cielo, como un vino siempre nuevo, el amor de María en la gloria del Padre.

*
* *

Pero nada hay grande en la tierra sin el dolor y menos aún los corazones, su grandeza tiene que ser ungida con el sacrificio y coronada con la cruz, como está la grandeza del Corazón de Cristo. Menguado amor el que no sube jamás al Calvario, el que no se atreve a clavarse en la Cruz, el que no desgarra el corazón para que brote de él la vida. El amor que solamente piensa en coronarse de rosas y en dejar por todas partes las señales de la alegría no es amor sino egoís-

mo disfrazado. El amor que en la cumbre del Tabor exclama como Pedro: "Bueno es permanecer aquí", es amor imperfecto que no sabe lo que dice. Amor verdadero es el de aquella dulce virgen que hace pocos años entonó esta estrofa triunfal:

Vivre d'amour ce n'est pas sur la terre
Fixer sa tente au sommet du Thabor;
Avec Jésus c'est gravir le Calvaire
C'est regarder la croix comme un trèsor! (2)

Así es de ordinario el amor de las madres; nos dieron la vida con dolor y con dolor plasmaron nuestra alma; lo que en ella depositaron de noble, de bello, de exquisito, de santo, está impregnado de mirra y amasado con lágrimas; su amor es martirio y su dicha suprema es hacernos felices con su sangre, después de habernos alimentado con su propia sustancia.

*
* *

Pero ninguna madre de la tierra iguala a María en su martirio como ninguna la iguala en el esplendor de su pureza ni en la magnificencia de su amor. Al pie de la Cruz abrió María su

(2) "Vivir de amor sobre la tierra no es fijar su tienda en las cumbres del Tabor; es trepar con Jesús la senda del Calvario y mirar la cruz como un tesoro".'

corazón inmenso para que en él vaciara Jesús su dolor inenarrable; no pudo caber todo, porque para poder abarcar ese piélago se necesita ser Dios; pero como cupo tanto, fué tan copiosa la divina inundación del dolor que bien pudo decir a su Hijo divino: Mírame bien ¿hay en mi corazón algo que no sea martirio?

La luz de la pureza, el fuego del amor y la sangre del sacrificio forman la esencia preciosa de ese corazón que no tiene semejante, porque en el cielo no hay dolor ni en la tierra habrá jamás pureza como la suya ni amor como su amor.

Y ¡pensar que ese corazón es nuestro!... Jesús nos lo dió en el Calvario como herencia preclara; y si no nos lo hubiera dado El, nos lo daría nuestra Madre en su inmensa ternura para con nosotros.

Es nuestro ese corazón, como es nuestro el corazón de nuestra madre de la tierra que nunca nos traiciona, que jamás nos olvida, que es siempre fiel. Mas ¡ay! la muerte nos arranca o al menos nos oculta el corazón de nuestra madre de la tierra; el de la madre del cielo nadie nos lo puede arrebatar; siempre está abierto para recibir las efusiones de nuestro corazón y siempre dispuesto a derramar en nuestras almas raudales de vida. Para iluminar los senderos de nuestra vida nos basta su luz, para aliviar nuestra tristeza nos basta su dulzura, para ser felices es suficiente su amor. Podemos acercarnos sin temor al Corazón de nuestra Madre, porque es toda pureza; podemos descansar en su amor, porque es corazón de madre; podemos vaciar en él todos nues-

tros dolores, porque sabe de terribles martirios y de penas hondísimas.

¡Bendito sea Jesús que nos dejó a su Madre, que puso cerca de nuestro corazón al mismo corazón maternal y dulcísimo que fué para su Corazón divino consuelo y refugio, íntimo confidente y ayuda eficaz!

*
* *

Pero no puedo ni quiero callar que, si ese corazón maternal es de todos los hombres, es especialmente nuestro, singular tesoro de los mejicanos. ¿Acaso la predilección no nos otorga especiales derechos al corazón de quien así nos ama? Y María nos ama con predilección **"como a hijos pequeñitos y delicados"**. ¿Será por nuestra pequeñez? ¿será por nuestra misión providencial? ¿será por nuestros íntimos dolores? ¡quién sabe!... ¡quién puede sondear los misterios del corazón! Pero lo cierto es que nos ama con predilección, que el **"non fecit taliter omni nationi"** que aplicamos a nuestra dulce Madre no es palabra vana. Y si nosotros calláramos, hablarían las piedras del glorioso Tepeyac que hace cuatro siglos se conmovieron al contacto celestial de la Virgen María; hablarían las estrellas de nuestro limpio suelo que palidecieron ante la luz espléndida de la Madre de Dios, y las rosas de amor cuya fragancia embalsama aún nuestra historia, y la imagen prodigiosa que se yergue en medio de nuestra patria como un recuerdo inmortal,

como una esperanza cierta, como una realidad viviente y felicísima.

Nuestra historia nos grita que María nos ama; la oleada inmensa de fe y de amor que en estos días ha conmovido a nuestra patria da espléndido testimonio de la ternura de nuestra Madre celestial; y estamos ciertos de que en los siglos futuros María de Guadalupe seguirá amando a su Méjico predilecto, porque es Madre y el corazón de una madre no se cansa, no olvida, no abandona. Pasarán los cielos y la tierra, pero el amor de María no pasará, porque sus dones, como los de Dios, son sin arrepentimiento y su predilección es inmortal.

*
* *

Con la pobreza de mi palabra, pero con la sinceridad de mi cariño filial, he hablado de nuestra dulce Madre; he señalado los títulos de nuestra dichosa filiación en el hondo arcano de Nazareth, en la trágica gloria del Calvario, en el fuego divino de Pentecostés; en el fondo de estos misterios brilla con maravillosa unidad el título único por el que somos hijos de María: Jesús. El quiso abrazarnos con sus brazos inmensos y encerrarnos en su corazón amorosísimo; quiso que fuéramos su Cuerpo místico, que viviéramos su misma vida, y por una lógica celestial, que tuviéramos su misma Madre.

Después me atreví a sondear el corazón de María, océano de pureza, de amor y de martirio;

rápida y superficial fué la mirada que dirigimos a ese dulcísimo corazón de madre, pero fué sin embargo suficiente para impulsar a nuestros corazones filiales a buscar en ese abismo de ternura el lugar de nuestro descanso y el nido de nuestro amor.

Y terminé evocando en nuestras almas el recuerdo de nuestra predilección que llena con su dulzura estas fiestas guadalupanas, como ha llenado con su influjo celestial cuatro siglos de nuestra historia.

Réstame extender mi mano hacia la suntuosa Basílica del Tepeyac, y señalando la imagen preciosa que tiene encadenadas con vínculos de amor a nuestras almas, repetir las palabras que dijo Jesús en la hora solemne del sacrificio: **¡Mejicanos, he ahí a vuestra Madre!...**

EN EL TEPEYAC

(En la época de la persecución religiosa)

UN año más, Virgen dulcísima, y al venir tus hijos a rendirte el homenaje de su ternura filial, encuentran todavía tu templo desolado! El sagrario está vacío y en vano nuestros corazones buscan al Jesús escondido que antaño llenaba con las irradiaciones de su amor el templo de su Madre; sobre el altar ungido por la Iglesia y ungido por nuestros recuerdos nacionales no se eleva la Hostia inmaculada, la Hostia de paz que llevaba al cielo nuestras plegarias y nuestros anhelos y que traía a la tierra las bendiciones de Dios; silenciosa está la cátedra desde la cual se hablaba a los hombres de tu amor incomparable y de sus santos deberes, y aunque no dejan de resonar en este sagrado recinto los cánticos de alabanza — porque no pueden dejar de cantar los labios, cuando no deja de amar el corazón — en esas notas, antes regocijadas, la honda melancolía de los que sufren envuelve el amor y la esperanza de los que te aman.

Y sin embargo, Virgen de Guadalupe, al venir a tu templo nuestros corazones se dilatan y nuestras almas se llenan de consuelo y de esperanza. Tu imagen está allí con sus ojos bajos para mirar nuestras miserias, con sus manos juntas para alcanzarnos gracias. Es la misma que presidió nuestra prodigiosa evangelización, la que nos trajo los tesoros de nuestra fe y de nuestra cultura; la misma que nos guió en los días de paz y nos ha fortalecido en los años de angustia; la que nos enseña, la que nos consuela, la que nos alienta, la que enciende nuestros pobres corazones con el fuego de un amor inmortal.

Esa imagen de nuestra Madre y Señora tiene siempre para nosotros **una lección, una caricia** y **una promesa;** pero así como el maná que caía todos los días para alimentar a los Israelitas en el desierto tenía para ellos todos los sabores, así esa imagen bendita, aunque siempre que la vemos es la misma, porque una Madre no cambia jamás, en cada vez que la contemplamos produce en nuestras almas una impresión nueva, porque el amor encierra en su unidad inagotable los sabores variadísimos de todos los afectos nobles y de todos los sentimientos delicados. Alegría o dolor, consuelo o reproche, exhortación o queja, todo lo encontramos en este augusto recinto, todo lo recibimos de esta imagen querida; pero todo viene envuelto en ternura maternal, todo es en el fondo amor, siempre santo y fecundo.

*
* *

¿ No es verdad que María Santísima de Guadalupe tiene ahora para nosotros dulcísimo sabor de esperanza?

¿Quién no confía en el amor? Se puede desconfiar de todo, del poder, de la riqueza, de la sabiduría; pero del amor, no, ni menos de la ternura de María que por ser Madre de Dios todo lo puede y por ser Madre nuestra quiere para nosotros todos los bienes.

Nos cuesta trabajo confiar, porque nos cuesta trabajo creer en el amor. ¡Son tan mezquinos, tan fugaces, tan inconstantes los afectos humanos! Y queremos vaciar los afectos del cielo en los moldes estrechos de la tierra. No comprendemos que se nos pueda amar sin término, sin vicisitudes, sin olvido; ni queremos creer que hay amores que no se entibian por nuestras miserias, sino que parecen más bien exaltarse con nuestras desgracias.

"¿Por ventura puede una mujer olvidarse de su hijo y no apiadarse del fruto de sus entrañas? Y si ella se llegare a olvidar, yo, sin embargo, no me olvidaré de ti". Estas palabras del Señor tienen su eco en el corazón maternal de María. Una madre no olvida, no abandona, ni aparta jamás del hijo desdichado e ingrato la ternura de

su corazón; pero aunque ella olvidara y abandonara, María, no, porque en su amor se funden la ternura maternal y la fuerza victoriosa del amor divino; porque su ternura es el fruto más exquisito de la tierra y el reflejo más perfecto del amor del cielo... (1).

(1) Fragmento de un sermón del Exmo. Sr. Martínez, leído el 24 de mayo de 1929 en la Basílica del Tepeyac.

EL POEMA DEL TEPEYAC

Este hermosísimo comentario de las palabras de la Virgen Sma. de Guadalupe a Juan Diego está tomado de los sermones que el Exmo. Señor Martínez predicó durante el Novenario de preparación a la Festividad del 12 de octubre de 1938, en que fué inaugurada la nueva Basílica del Tepeyac. Es un arreglo tomado de notas taquigráficas.

AUNQUE las cosas divinas cuando se mezclan a nuestra vida humana están sujetas al tiempo, llevan sin embargo en su fondo algo permanente, algo inmutable, algo sustraído a las vicisitudes de la tierra, porque tienen un destello divino e inmortal.

Así, hace diecinueve siglos que se realizó el hecho histórico de la muerte de Jesucristo en la cumbre del Calvario; pero Jesucristo muere siempre, se inmola todos los días, a cada instante, en nuestros altares. Su sucrificio es perenne, su sacrificio es inmortal. Por eso dijo el Apóstol San Pablo: "Jesucristo es de ayer, es de hoy, es de todos los siglos".

Pues bien, el misterio del Tepeyac, aunque se realizó en el tiempo, es un misterio divino, y por consiguiente está sustraído a las vicisitudes humanas, es algo perpetuo, es algo inmortal. El hecho histórico de las apariciones de la Virgen Santísima a Juan Diego, en esta colina bendita del Tepeyac, se realizó hace cuatro siglos; pero la

sustancia del divino misterio se verifica aún, se verificará hasta el fin de los tiempos. Podemos decir de la Virgen Santísima de Guadalupe, parodiando al Apóstol San Pablo: "Maria de Guadalupe es de ayer, es de hoy, es de todos los siglos".

Este magnífico Templo que dedicamos a la Virgen Santísima, decorado regiamente por el esfuerzo, por el sacrificio y por el amor de todos los Mejicanos, es la contestación amorosa, la contestación triunfal, a lo que María de Guadalupe nos pidió hace cuatro siglos.

¡Cómo quisiera que se grabara esto en lo profundo de nuestras almas: **El misterio del Tepeyac es perpetuo!**

María de Guadalupe se apareció hace cuatro siglos, su aparición visible fué fugaz: su aparición íntima es perpetua.

Desde hace cuatro siglos María está cerca de nosotros; desde hace cuatro siglos nosotros estamos en contacto misterioso con Ella.

María nos ama, nos cuida, nos tiene en su regazo como a sus hijos pequeñitos.

El misterio del Tepeyac, no pasa: María está allí; la imagen milagrosa y divina está allí. Es el símbolo, es el recuerdo, es la huella, en cierta manera podemos decir: **es el Sacramento de la Virgen en nuestra Patria,** en nuestra Historia.

Juan Diego está aquí. Juan Diego somos nos-

otros; el Juan Diego perenne, el Juan Diego que no muere es el pueblo mejicano, es nuestra raza que se transforma y se perpetúa en el tiempo: es el Juan Diego inmortal. Y nuestra historia, en su fondo, no es otra cosa que el diálogo incomparable que hace cuatro siglos se realizó sobre la santa Colina.

Superficialmente mirada, nuestra historia tendrá muchas vicisitudes. Si la consideramos profundamente, nuestra historia tiene una perfecta unidad: es la miseria de Juan Diego que recibe de las manos maternales de la Virgen las rosas del milagro, las rosas que se transforman en su imagen bendita.

Por eso debemos tener siempre los ojos y el corazón fijos en esta Colina; debemos tener siempre los ojos y el corazón fijos en ese idilio incomparable, en ese diálogo inmortal, que resonó sobre la cumbre del Tepeyac hace cuatro siglos. Las palabras que entonces le dijo la Virgen a Juan Diego, nos las sigue diciendo. . .

Recojámonos, concentrémonos en lo íntimo de nuestro corazón, y a través de los siglos escucharemos las palabras inmortales de la Virgen. Esas palabras nos expresan amor y predilección; nos marcan los senderos de nuestra felicidad y de nuestra gloria; son las lecciones de nuestra Madre, las lecciones cariñosas de su corazón, las palabras prodigiosas que han de causar nuestra paz y nuestra dicha.

Por eso quiero en estos artículos repetir, des-

menuzar, por decirlo así, las palabras que María de Guadalupe pronunció hace cuatro siglos, para que queden hondamente grabadas en nuestro corazón, para que comprendamos su profundo sentido, para que sean esas palabras cariñosas, inmortales, la norma de nuestra vida, la clave de nuestra gloria y de nuestra felicidad.

— I —

RECORDAMOS cual fué la primera palabra que pronunció la Virgen Santísima en la cumbre de la Colina?

Fué una palabra de amor, fué una palabra de predilección incomparable.

Hijo mío, Juan Diego, a quien amo tiernamente, como a pequeñito y delicado".

Esa palabra no **la dijo** la Virgen, **la dice,** la dirá hasta el fin de los tiempos. Juan Diego, es preciso repetirlo, somos nosotros; no es únicamente el pobre indio afortunado que miró henchida de luz la colina, que contempló el rostro celestial de María, que oyó como música de los cielos su palabra maternal y dulcísima... Juan Diego somos nosotros, Juan Diego tiene cuatro siglos, Juan Diego durará hasta la consumación de los siglos. Y al Juan Diego inmortal la Virgen le dice: "HIJO MIO, A QUIEN AMO TIERNAMENTE COMO A PEQUEÑITO Y DELICADO"...

¿Sentimos la dulzura exquisita, la suavidad celestial de esa palabra de amor?

Cuando vino la Virgen a nuestro suelo, cuan-

do tomó posesión, por decirlo así, de nuestro pueblo que es su pueblo, cuando adoptó a nuestra raza, la primera palabra que brotó de su corazón dulcísimo, fijémonos bien, fué una palabra de amor: "HIJO MIO, A QUIEN AMO..."

Y ese amor de María Santísima no fué fugaz; no es como los afectos de nuestro inconstante corazón, que cambian, que se mudan, que se marchitan, que padecen eclipses. No; el amor de la Virgen es como el de Dios. Lo que amó María, lo sigue amando, y ahora esa palabra tiene una palpitante y divina actualidad. Si en estos momentos nosotros oyéramos, con nuestros oídos mortales, que la Virgen Santísima desde su trono nos decía: **'Hijitos míos, a quienes amo tiernamente como a pequeñitos y delicados",'** no tendrían esas palabras mayor realidad, mayor fuerza, mayor dulzura que dichas hace cuatro siglos. Porque lo divino vence al tiempo, porque lo divino no está sujeto a las vicisitudes de los siglos, y a través de ellos recibimos, en lo íntimo de nuestro corazón, la amorosa palabra.

Lo hemos pensado sin duda en el fondo de nuestras almas: ¡María nos ama! ¡Nos ama como a pequeñitos y delicados! ¿Podemos soñar en una dicha mayor?...

¡Ah!, que se gloríen otros pueblos de la potencia de sus ejércitos, de la opulencia de sus tesoros, del esplendor de su ciencia, de la inmensidad de su territorio, de la gloria de sus anales; para nosotros, vale más que todo eso la predilección de la Virgen Santísima. Y cuando una por una las naciones de la tierra vinieran a decirnos

los timbres de su grandeza y de su gloria, podríamos contestarles: ¡Ah!, ¡nosotros tenemos más, mucho más que vosotras, porque tenemos la predilección de la Madre de Dios! En nuestros blasones hay una palabra que vale más que todas las glorias de la tierra: "HIJO MIO, A QUIEN AMO TIERNAMENTE COMO A PEQUEÑITO Y DELICADO..."

No vayamos a pensar que el amor de la Virgen se haya marchitado con los siglos, no creamos que poco a poco se haya menguado por nuestra ingratitud y por nuestras miserias y pecados. No; me complazco en repetirlo: su amor y el de Dios, como los dones divinos, son sin arrepentimiento; nos ama, y nos ama tiernamente como a pequeñitos y delicados.

*
* *

Desmenucemos, saboreemos estas dulcísimas palabras. Cada una de ellas encierra abismos de ternura y de amor. María Santísima nos ama con predilección, nos ama tiernamente...

La ternura es algo muy dulce y delicado; la ternura es el amor, pero el amor que arranca lágrimas de nuestros ojos, el amor que hace latir nuestro corazón, el amor que acaricia, el amor tal como se nos apareció en los días dichosos de nuestra infancia, cuando en el regazo de nuestras madres aprendimos su celeste realidad.

Nuestra madre de la tierra nos amó con ter-

nura. Sus besos, sus caricias, sus palabras, hasta sus reprensiones y castigos, estaban impregnados de la ternura exquisita que tiene el corazón de la madre verdadera. Pues así nos ama la Virgen Santísima. Nos ama tiernamente, su amor es un amor delicado y exquisito, un amor que acaricia, que vela solícito nuestro sueño, que nos guarda en su regazo maternal, un amor sólo comparable a aquel amor infinitamente tierno del Padre Celestial. ¿No ama con ternura a sus pobres hijitos de la tierra?

*
* *

Pero no es la ternura el único carácter de esta predilección de la Virgen: nos ama como a hijos **pequeños y delicados**... Los eruditos discutirán los matices que en la dulce lengua mejicana tienen las palabras que pronunció la Virgen; pero sean cuales fueren sus conclusiones, nosotros sentimos en el fondo de nuestros corazones de hijos lo que hay de exquisito y de dulce en esas palabras: NOS AMA COMO A PEQUEÑITOS...

La debilidad, la pequeñez, es un título de amor para los corazones nobles. Los corazones ordinarios buscan la grandeza. Los corazones nobles, que llevan en su fondo destellos de Dios, buscan la pequeñez. Ellos aman como Jesucristo, que vino a buscar a los pequeños, a curar a los enfermos, a justificar a los pecadores, y bajó del cielo con toda la grandeza de un Dios para venir a amar a los miserables de este mundo.

Las madres de la tierra, que llevan en su corazón un reflejo del Corazón de Dios, comprenden lo que esto significa: a los pequeños se les ama con singular ternura; a los pequeños se les besa, se les acaricia, se les cuida. No así a los que han llegado a la mayor edad; por mucho que nos amen, cuando hemos crecido nadie tiene para nosotros la exquisita ternura que tuvo nuestra madre cuando éramos pequeños.

El amor a los pequeños tiene un carácter de ternura singular, y así nos ama la Virgen, porque Juan Diego será siempre pequeño; porque Juan Diego no crecerá jamás. A través de los siglos, el pueblo mejicano estará siempre simbolizado por aquel indio sencillo y pobre que vió fulgurar la gloria del cielo sobre la colina del Tepeyac.

Aunque Méjico fuera una nación grande, próspera, feliz, y lograra la gloria del mundo, siempre para el corazón de nuestra Madre, la Virgen, seremos los hijos pequeños a quienes ama con ternura incomparable.

*
* *

Y como si no fuera suficiente que nos amara como a hijos pequeños, he aquí que añade: COMO A PEQUEÑITOS Y DELICADOS...

Se ve constantemente en los hogares, en las familias numerosas, cuando hay un niño que por su salud, por sus penas, por su sensibilidad es especialmente delicado, la madre tiene para él una predilección singular. Los fuertes, los sanos, los

que gozan de plena salud, tienen derecho al corazón de la madre; pero lo tienen más los enfermos, los sensibles, los que sufren, los delicados. Y María nos ve a nosotros como a sus hijos pequeños y delicados. Es una ternura desbordante con la que María nos ama; y en su corazón maternal encontró los términos propios para indicarnos esa ternura: ¡nos ama tiernamente, como a hijos pequeños, como a hijos delicados. . . !

¡Oh! si comprendiéramos este misterio de amor, si nos diéramos cuenta de que somos verdaderamente amados por María, y amados con predilección, con ternura, como pequeñitos y delicados, bastaría eso para que fuéramos felices, felices a pesar de nuestras desgracias; felices a pesar de nuestros temores; felices a pesar de todas las vicisitudes de nuestra historia. ¿Qué son esas vicisitudes? Sucesos fugaces, incidentes superficiales. En el fondo de nuestras desgracias hay una realidad celestial, una realidad divina: ¡el amor de la Virgen María!

*
* *

Y esas palabras que nos dijo hace cuatro siglos, las ha repetido, o más bien, subsisten, resuenan sin cesar, no necesita repetirlas, porque las palabras de María, como las de Dios, no mueren, son eternas.

Y hace cuatro siglos que la realidad ha comprobado la verdad de las palabras de María, aun cuando a primera vista parezca lo contrario. No

faltará el incrédulo, el excéptico, el pesimista que diga: si nos ama la Virgen como a pequeñitos y delicados, ¿cómo es que estamos cubiertos de ignominias? ¿por qué hemos sufrido tan hondamente, sobre todo en la última centuria? Nos ama... y sin embargo, ¡hemos tenido los ojos henchidos de lágrimas y los corazones llenos de amargura...!

¡Ah, no hablemos así! ¿Qué, no entendemos las cosas divinas? Con razón dijo San Pablo: **"El hombre animal, no percibe las cosas de Dios".**

¿No nos parece que es una merced singular de la Virgen el habernos dejado su imagen prodigiosamente celestial? Quizá allá afuera podrá alguno negar que la Virgen nos ha hablado; pero aquí, en este Templo, a los pies de su imagen, ¿quién puede negar la predilección de María? Esa imagen está repitiendo que María nos ama; es el símbolo, la personificación de las palabras que dijo a Juan Diego. Esa imagen, traducida a nuestro común lenguaje, significa: "HIJO MIO, A QUIEN AMO TIERNAMENTE COMO A PEQUEÑITO Y DELICADO".

Y si la imagen no nos basta, consultemos nuestra historia.

¿Y nuestra historia cuál es? Primero se deslizó nuestra vida dulcemente, como un arroyo que va pasando por riberas floridas... Después, cuando llegamos a la mayor edad, empezaron para nosotros las luchas y los sufrimientos. Pero, ¿no hemos reflexionado en que hace un siglo que se pretende arrebatarnos nuestra fe y que todas las asechanzas del demonio no han acertado a

arrancar de nuestro corazón el tesoro divino? ¿Quién lo ha cuidado? ¿nuestro talento? ¿nuestro espíritu organizador? ¿nuestra ilustración? ¡Ah! por mucho que el amor propio nos quiera cegar, sabemos lo que somos.

Quien ha conservado nuestra fe es Ella, es su amor, su predilección. Tenemos fe, una fe ardiente, una fe que llama la atención en el mundo. Y esa fe que guardamos en el vaso frágil de nuestro corazón, inconstante y mezquino, esa fe, es el testimonio de que María nos ama COMO A PEQUEÑITOS Y DELICADOS...

*
* *

¡Y con qué divino acierto encontró la Virgen Santísima las palabras para manifestarnos su amor: "COMO A PEQUEÑITOS!..."

Es verdad, somos pequeños, lo hemos sido, quizás lo seguiremos siendo siempre: pequeños por nuestra debilidad, por nuestra inconstancia, por nuestras miserias.

Pero así nos quiere nuestra Madre, así nos ama. Somos pequeñitos y triunfamos de la fuerza; somos pequeñitos y no nos han podido arrebatar los tesoros que hace cuatro siglos recibimos; ¡somos pequeñitos, y llevamos en nuestra frente la gloria de la fe y del martirio! ¿Por qué? Por que María Santísima nos ama como a pequeñitos y delicados.

Sí. Los que miran superficialmente las cosas dirán que estamos enfermos, que tenemos mu-

chas miserias, que somos pobres, que somos impotentes. Todas esas cosas somos; pero María nos ama, nos lo dijo hace cuatro siglos: "HIJO MIO, A QUIEN AMO TIERNAMENTE COMO A PEQUEÑITO Y DELICADO..."

Nuestra gloria está en nuestra pequeñez; nuestra grandeza está en nuestra miseria. Somos pequeños y miserables; pero vivimos en el regazo de la Virgen, y en el fondo de nuestro corazón resuenan las celestiales palabras: "HIJO MIO, A QUIEN AMO TIERNAMENTE COMO A PEQUEÑITO Y DELICADO...

¿No debemos grabar en nuestro corazón esas dulces palabras? ¿No las debemos saborear en nuestra alma? ¿No deben figurar en nuestros blasones? ¿No bastan ellas para hacernos felices en la tierra, a pesar de todas las vicisitudes, de todas las desgracias, de todos los temores que nos circundan?

¡Ah! Agradezcamos a la Virgen en lo íntimo de nuestro corazón su primera palabra, la palabra del amor. Démosle gracias porque nos ha amado así. ¡Amémosla con toda nuestra alma!

*
* *

¡Virgen Santísima de Guadalupe! ¡Madre nuestra! ¿No es verdad lo que acabo de decir a mis hermanos? ¿Verdad que estás Tú aquí perennemente?

¡Si tu aparición fué fugaz, tu presencia es eterna!

¡Tu eres de ayer, de hoy, de todos los siglos!

¡Y a tus plantas tienes a Juan Diego, al Juan Diego inmortal de tus predilecciones! Aquí está. Viene a escuchar, ¡oh Señora!, la palabra dulcísima que brota de tu corazón...

Nos recogemos, y en lo íntimo de nuestra alma la escuchamos. ¡Deja que la repita, Madre mía!:

"¡HIJO MIO, JUAN DIEGO, A QUIEN AMO TIERNAMENTE COMO A PEQUEÑITO Y DELICADO...!"

¡Esa palabra me basta, Señora!

Aunque no hubieras pronunciado otra en la Colina bendita del Tepeyac, ésa bastaría para que fuéramos felices.

¡Déjame saborear tu amor dulcísimo, tu amor de predilección, tu amor maternal! ¡No queremos dejar de ser pequeños y delicados, para que siempre nos ames tiernamente, para que nos envuelvas con la ternura inmensa de tu corazón maternal!

¡Señora! ¡gracias por que nos amas a pesar de nuestra pequeñez! ¡Gracias porque nos amas precisamente, —me atrevo a decirlo—, por nuestra pequeñez y miseria! ¡Ah! ¡si nos convirtiéramos en volcán de amor no agradeceríamos debidamente tu ternura!

¡Señora! no intentamos pagarte al decorar este Templo. Hemos hecho lo que nos pediste; pero lo que hemos hecho no corresponde al amor que nos has tenido.

Lo misericordioso y gratuito de tu amor nos llega a lo íntimo de nuestra alma.

¡Sigue amando perpetuamente a tu Juan Diego! ¡Sigue amándolo para que nuestra Patria tenga, no la gloria efímera y superficial de la tierra, sino la gloria del cielo que consiste en ser amada por Ti, que consiste en vivir dulcemente en tu regazo!

¡No te alejes de nosotros! pronuncia sin cesar tus palabras dulcísimas y repítelas hasta la consumación de los siglos: "¡HIJO MIO, A QUIEN AMO TIERNAMENTE COMO A PEQUEÑITO Y DELICADO...!"

— II —

CONSIDERAMOS en el artículo anterior la primera palabra que pronunció la dulce Virgen María sobre la colina bendita del Tepeyac, palabra de amor que embalsama nuestro historia con su perfume celestial. **"Hijo mío, Juan Diego, a quien amo como a pequeñito y delicado!"** ¡Cómo se derrite de ternura el corazón cuando, como un rocío del cielo, esta palabra penetra en el fondo de nuestra alma!

La segunda palabra que pronunció la Santísima Virgen, que la dijo a Juan Diego—y que nos la dijo a nosotros, que constituímos el perenne, el inmortal Juan Diego—, está ligada a esa primera palabra de amor por un hilo de luz y por un vínculo de ternura. ¿La recordamos? **"Sábete, hijo mío muy querido, que yo soy la siempre Virgen María, la Madre del Dios verdadero, autor de la vida, creador de todo ser, autor de los cielos y de la tierra, y que está en todas partes".**

Esta segunda palabra de la Virgen María, ¿es una palabra de luz o es una palabra de amor?—

De las dos cosas: **de luz y de amor**. En la profundidad de esa palabra se encierran enseñanzas preciosas y palpita amor celestial y divino. María nos enseña; pero nos enseña con la dulcísima pedagogía de las madres que graban en el corazón de sus hijos sus lecciones preciosas entre ósculos y caricias de ternura.

María le había dicho a Juan Diego,—y en él nos ha dicho a nosotros—, los caracteres magníficos de su amor: nos ha dicho que nos ama tiernamente, como a pequeñitos y delicados; pero para aprender la magnitud de ese amor, era preciso conocer la calidad y excelencia de la persona que nos ama.

¿Qué sentiría Juan Diego cuando escuchó la primera palabra de los labios virginales de María? ¿Cómo penetraría aquella palabra, dulce y suave como una caricia, honda y penetrante como espada de dos filos, en lo profundo de su noble corazón? ¡Ser amado por aquella doncella incomparable, dulce, pura, bella. . . !

Pero el pobre indio no comprendía aún la profundidad del misterio. ¡Ah! ¿Quién era aquella señora espléndida y bellísima que le decía palabras de amor? ¿Era acaso uno de los ángeles del cielo que se había revestido de forma visible para venir a conmover nuestro suelo con la luz de su semblante y con las palabras de sus labios? ¡No! ¡Más que un ángel, más que todos los ángeles del cielo!

Oid: **"Yo soy la siempre Virgen María, la Madre del Dios verdadero".**

Quien amaba a Juan Diego, quien nos ama a

nosotros, es la siempre Virgen María, la Madre del verdadero Dios: esto es, la criatura más grande, la más excelente, la más bella, la más santa después de la Humanidad sacratísima de Jesucristo Nuestro Señor. Cuando el pobre indio escuchó esas palabras de la Virgen Santísima, ha de haber sentido que su dicha se dilataba, que se hacía inmensa... ¡Ah! luego quien lo ama tiernamente es la Madre de Dios; luego quien lo ama, como a pequeñito y delicado, es la siempre Virgen María!

*
* *

Notemos que la Virgen, al manifestar quién era, expresa maravillosamente los dos caracteres que la distinguen de todas las criaturas: **Siempre Virgen; Madre de Dios.**

San Bernardo, hablando de María, dice que cualquiera de las virtudes y prendas que en Ella alabe, se encuentran en los demás santos. Si proclama la humildad de María, ha habido una pléyade de santos que, siguiendo la huella de Jesucristo, han ido al cielo por los senderos de la humildad; si proclama su paciencia y abnegación, ahí están los mártires que han sabido derramar su sangre por el nombre de Jesucristo; si nos habla de su luz, de su fe profunda, de sus iluminaciones divinas, están los doctores que participan de aquellas prerrogativas; pero, dice el Santo: **"Cuando yo digo que es al mismo tiempo**

Virgen y Madre de Dios, digo algo único, que no tiene semejante, algo que hace a la Virgen superior a todos y en lo que nadie puede competirle.

Ha habido una multitud de vírgenes sobre la tierra, limpias, inmaculadas; ha habido una pléyade noble y gloriosa de madres; pero María Santísima es la única que enlaza esas dos prendas: Virginidad y Fecundidad. Es la única que es siempre Virgen y al mismo tiempo lleva la aureola gloriosa de las madres.

¡Y qué maternidad! ¡Es la Madre de Dios! Nosotros sabemos lo que esto significa: no es un título honorífico, no es una hipérbole de la imaginación. Es una verdad profunda, una verdad definida en Efeso y proclamada por la Iglesia; una verdad que está íntimamente ligada con los dogmas cristianos. Es la Madre de Dios, porque Jesucristo, su Hijo, es Dios; porque la Humanidad Sacratísima que se formó en su seno, está hipostáticamente unida con el Verbo Divino, y esa fecundidad única del Padre Celestial, que en el exceso de su gloria dice al Verbo Eterno: **"Tú eres mi Hijo: Yo te he engendrado hoy"**; esa fecundidad única es una prerrogativa incomparable de María: Virgen y Madre. **Siempre Virgen, Madre de Dios.**

Y para que la palabra de la Virgen, para que su enseñanza preciosa disipara las sombras que deben haber envuelto el alma del pobre indio Juan Diego, se pone la Virgen a explicar toda la extensión y profundidad de su prerrogativa: **"La Madre del Dios verdadero"**.—No de los dioses

falsos que adoraban nuestros antepasados, de los dioses sanguinarios, en cuyas aras se derramaba la sangre humana; no de los dioses muertos, sino del Dios verdadero, Autor de la vida, Aquél que con su palabra omnipotente ha creado todas las cosas, que gobierna con su providencia los cielos y la tierra, que no está recluído en la estrechez de un templo, sino que está en todas partes y llena todo el universo con su majestad. Y esa Mujer, Virgen y Madre, esa Mujer siempre Virgen y Madre de Dios, es la que nos ama, la que nos dice en un exceso de ternura: "Hijo mío a quien amo tiernamente como a pequeñito y delicado".

¡Cómo el amor se acrecienta, cómo se hace celestial, cómo se hace divino! Luego somos amados, no por un serafín del cielo, sino por la Madre de Dios, y ese amor constituirá para siempre nuestra gloria y nuestra dicha.

*
* *

Pero no es esa la única enseñanza que se desprende de esa profundísima palabra de la Virgen. Quiero señalar todos los matices que descubre mi espíritu en esa palabra incomparable.

María le había dicho desde el principio a Juan Diego: HIJO MIO; y ahora se lo repite al darle a conocer quién es Ella: "SABETE, HIJO MIO QUERIDO..."

¿Podemos preguntar por qué le llamó HIJO? ¿Es sólo una palabra de cortesía? ¿Es una palabra de cariño? Cuántas veces, cuando queremos

manifestar a alguien nuestro afecto, le damos el nombre de hijo, ¡es tan dulce, tan cariñoso!... ¿En los labios de la Virgen ese "HIJO MIO" será tan sólo una palabra de cortesía o de cariño? ¡No! Verdaderamente María Santísima es Madre de Juan Diego. ¡María es nuestra Madre! ¿Por qué? Porque es la Madre de Dios.

¿Hemos notado el enlace estrechísimo, indisoluble, que tiene en la Virgen esa doble maternidad? Es Madre de los hombres, porque es Madre de Dios. Y la maternidad en Ella no es una palabra vana, o una hipérbole, ni es sólo una expresión de afecto; sino que expresa una profunda realidad: María es nuestra Madre, porque es la Madre de Dios. Y al decirle a Juan Diego: **"Yo soy la Madre del Dios verdadero"**, implícitamente, por lógica divina, María le decía a Juan Diego la razón profunda, la raíz hondísima de su maternidad respecto de nosotros.

Yo no sé si la Virgen, al decirle estas palabras a Juan Diego, haya iluminado interiormente su alma para que comprendiera su trascendencia incomparable; pero nosotros, instruídos por las enseñanzas de la Iglesia, la podemos comprender. Si María es la Madre de Dios, si María es la Madre de Jesucristo, es también nuestra Madre. ¿Por qué? Porque nosotros somos Cristo, porque estamos unidos a El, porque el Cristo íntegro, pleno, lo formamos la multitud de cristianos que creemos en El.

¿No dice el Apóstol San Pablo que la Iglesia es la plenitud de Cristo? Nosotros somos la plenitud de Jesús; nosotros lo completamos, somos

su desarrollo pleno, su prolongación misteriosa; formamos su Cuerpo místico. Y si María es la Madre de Jesús, por lógica divina se desprende que María es nuestra Madre. En sus labios, HIJO MIO, no es una expresión de cariño únicamente, ¡sino que encierra una realidad profunda, misteriosa, pero divina!

*
* *

Debo mostrar otros tesoros divinos que en esas palabras se esconden.

El amor de la Virgen tiene un carácter singular. Su amor tiene un don: **Cristo**; su amor tiene un término: **Cristo.**

María nos ama, porque Jesucristo nos ama; María nos ama para darnos a Jesucristo; María nos ama para llevarnos El.

Jesús y María no pueden separarse jamás. Dios los ha unido. Nadie los puede separar.

No podemos concebir plenamente a la Virgen, sin pensar en Jesús. Ella lo lleva en sus brazos y en su corazón. Donde está María, allí está Jesús; y cuando la Virgen ama, da un don: ¡Jesús!

A la manera que el don del sol son los rayos espléndidos que vierte sobre la tierra; a la manera que el don de las flores es el perfume con que embalsaman el ambiente, el don de la Virgen es Jesús.

A eso vino la Virgen a nuestro suelo: vino a traernos a Jesús. ¡Sí! Hace cuatro siglos que Jesús vive entre nosotros; hace cuatro siglos que

la figura inmortal de Jesús se yergue sobre nuestro suelo; hace cuatro siglos que la clave de nuestra historia es El.

Cuando hemos sufrido, por El sufrimos, y cuando hemos gozado, El ha sido nuestro gozo y nuestra corona.

María nos lo trajo, y desde las primeras palabras se dejaba ver lo que la Virgen nos traía como el don de su ternura incomparable: "YO SOY LA MADRE DE DIOS". Luego Dios tiene una Madre; luego Dios se hizo hombre; luego Dios vino a este mundo y padeció por nosotros. En esa palabra de la Virgen: YO SOY LA MADRE DE DIOS, parecen enlazarse, en síntesis arcana y divina, los misterios de nuestra Religión. Si comprendiéramos esa palabra, comprenderíamos la Religión Católica.

María es la Madre de Dios: luego el Verbo se hizo carne; luego la Humanidad de Jesucristo está hipostáticamente unida al Verbo de Dios; luego el Señor vino a visitarnos y embalsamó con su presencia este destierro.

María es la Madre de Dios: luego Jesucristo nos vino a redimir; luego existió el pecado original.

Toda la Doctrina Católica está allí. Esa palabra es una síntesis, es una clave, contiene profundos misterios. María le enseñó a Juan Diego, —y en él a nosotros—, todas las enseñanzas de la fe, todo lo que necesitamos para salvarnos.

Y notemos que a la manera que en Lourdes la aparición de la Virgen Santísima a Bernardita Soubirous estaba íntimamente ligada con el dog-

ma de la Inmaculada Concepción, las apariciones del Tepeyac están enlazadas con el dogma triunfal de la Maternidad divina. En la roca de Massabieille, dijo la Virgen: **"¡Yo soy la Inmaculada Concepción!"** Sobre la cumbre del Tepeyac María dijo: **"Yo soy la Madre de Dios!"**

¿No admiramos los divinos designios? ¿No comprendemos que las apariciones exteriores de María están enlazadas con las grandes verdades cristianas?

En la mitad del siglo diecinueve, cuando Pío IX acababa de proclamar el Dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen, Ella aparece en la Gruta de Lourdes. Se dirige a una doncella, a una niña pura y sencilla; y cuando la niña le pregunta: "¿Quién eres?" Ella contesta dulcemente: **"Yo soy la Inmaculada Concepción".**

Hace cuatro siglos, en este lugar santo y glorioso, la Virgen Santísima se apareció también a un indio bueno, puro y sencillo. Y ante el asombro de Juan Diego, María dice quién es: "¡YO SOY LA MADRE DE DIOS!"

¡Lourdes será siempre el monumento glorioso y perpetuo a la Inmaculada Concepción!

¡El Tepeyac será el monumento inmortal y espléndido a la Maternidad incomparable de la Santísima Virgen!

*
* *

¿No es verdad que nuestra suerte es dichosa? ¿No podremos decir como el Salmista: "La suer-

te que me ha tocado es la más preciosa, porque mi herencia es preclara para mí?"

Esta colina, este templo, esa Imagen están repitiendo al mundo: YO SOY LA MADRE DEL DIOS VERDADERO; están proclamando el dogma incomparable de la Maternidad de la Virgen María.

¡Dogma fundamental! ¿No recordamos que en Efeso, los Padres del Concilio concentraron los esfuerzos de cuatro siglos de fe en esta palabra: "MARIA ES LA VERDADERA MADRE DE DIOS?" ¿No vislumbramos que a la Maternidad divina están ligados los misterios cristianos? Y sobre todo, ¿no comprendemos que es para nosotros dulce y consolador que nos haya tocado en suerte que María se nos presentara como la Madre de Dios, y por consecuencia lógica, como la dulce Madre nuestra?

¡Ah! Penetremos, penetremos con la mirada de nuestra alma, con los ojos iluminados de nuestro corazón esta dulce palabra; grabémosla en lo profundo de nuestro corazón: María de Guadalupe, la que nos dejó su Imagen bellísima, la que tocando con su planta este suelo, hizo brotar las rosas del milagro, la Reina de Méjico, **¡es la Madre de Dios y nuestra propia Madre!** ¡Qué dulce es pensar que una Madre como Ella nos ama TIERNAMENTE COMO A PEQUEÑITOS Y DELICADOS!...

Sintamos en lo profundo de nuestra alma la dulzura de las palabras de María; fijemos nuestros ojos en la Imagen bendita; levantemos nuestros corazones hacia la Virgen y digámosle:

*
* *

¡María, Madre de Dios! ¡gracias porque viniste a visitar nuestro suelo; gracias porque nos has amado tiernamente; gracias porque dejaste para siempre el Dogma de tu Maternidad divina vinculado a esta Colina del Tepeyac!

¡Señora! que seamos siempre tus hijos y los hijos de Dios, para que comprendamos que el secreto de nuestras vicisitudes y desgracias son las asechanzas de la serpiente contra tu divino calcañar.

¡María! Si hemos sido zarandeados como trigo, es porque te pertenecemos, porque tenemos como Madre a la Madre de Dios; pero Tú nos amparas, nos acoges en tu regazo, nos amas como a hijos pequeñitos.

¡Oh Madre! ¡que nunca nos apartemos de Ti! ¡Que siempre seamos tus hijos y hermanos de Jesús! ¡Que vivamos siempre en tu Corazón purísimo: ahí pasaremos la vida y esperaremos la eternidad...!

— III —

EN estos artículos estamos examinando piadosamente las palabras celestiales que María Santísima pronunció en la gloriosa colina del Tepeyac y que através de cuatro siglos resuenan aún en nuestro corazón y en nuestra historia.

Todas esas palabras son palabras de amor; pudiéramos decir que María de Guadalupe no vino a decirnos sino una sola palabra: aquélla que diciéndose siempre no se repite jamás. Pero el amor tiene todos los acentos, toma todas las formas, produce múltiples y maravillosos efectos.

La primera palabra que pronunció María en el Tepeyac fué una palabra de amor, del amor que se manifiesta, del amor que se declara: HIJO MIO, JUAN DIEGO, A QUIEN AMO TIERNAMENTE COMO A PEQUEÑITO Y DELICADO". La segunda palabra, la que examinamos en el artículo segundo, es la palabra del amor que ilumina, que se transforma en luz para bañar con esplendores celestiales a las almas. María Santísima nos dijo quién era: "LA SIEMPRE

VIRGEN MARIA, LA MADRE DEL DIOS VERDADERO".

La palabra que vamos a considerar ahora es también palabra de amor, del amor que pide, porque María le pidió algo a Juan Diego, —nos lo pidió a nosotros, que somos el Juan Diego secular—.

El amor no sólo se manifiesta dando: también pidiendo. Podemos conocer el grado del amor, no sólo por los dones que da, sino también por las cosas que pide. ¿Acaso para pedir, sobre todo ciertas cosas que significan ternura, ciertas cosas que requieren abnegación, no se necesita amor? Hay cosas que no pedimos sino cuando amamos; hay cosas que no pedimos sino a los que amamos. Pudiéramos por eso medir la magnitud del amor precisamente por las cosas que pide.

Hay cosas que sólo podemos pedir a nuestra madre. Como hay cosas que sólo una madre le puede pedir a su hijo. Y María de Guadalupe, después de decirnos que nos amaba, después de manifestarnos quién era, nos pidió una cosa. —¿La recordamos?—"ES MI DESEO QUE SE ME LABRE UN TEMPLO EN ESTE SITIO, EN DONDE COMO MADRE PIADOSA Y AMOROSA, TUYA Y DE TUS SEMEJANTES, MOSTRARE MI CLEMENCIA Y LA COMPASION QUE TENGO EN EL ALMA POR LOS NATURALES Y POR LOS QUE ME AMAN Y BUSCAN, Y POR TODOS AQUELLOS QUE VINIEREN AQUI A PEDIR PROTECCION Y AMPARO, Y EN DONDE ESCUCHARE LAS

LAGRIMAS Y LOS RUEGOS, PARA DAR ALIVIO Y CONSUELO".

Es la petición de la Virgen María. Nos pidió un templo. Y esta palabra de María tiene una singular actualidad. Precisamente en estos días acabamos de darle lo que nos pidió. Le ofrecimos el templo que hemos decorado con toda la magnificencia que ha podido nuestra pobreza y con toda la ternura que ha cabido en nuestro corazón.

Yo dije en una ocasión memorable que este templo se está edificando siempre sin que se termine jamás. Cada una de las generaciones mejicanas tienen que poner aquí sus manos y su corazón. Y nuestra generación acaba de cumplir su compromiso, el sagrado, el dulce compromiso de amor. Hemos puesto en este templo nuestras manos y nuestro corazón, y hemos venido a ofrecérselo a la dulce Madre y a decirle: **"Señora, hace cuatro siglos nos pediste un templo: aquí está nuestro templo, el templo de nuestra generación. Está empapado con nuestras lágrimas; está embalsamado con nuestro amor..."**

*
* *

Pero ¿por qué? ¿para qué nos ha pedido la Virgen un templo? ¿Será porque quiere ser venerada aquí? ¿Será porque quiere establecer en este sitio el trono de su amor y de su gloria? ¡Ah! el amor, ha dicho un orador insigne, el amor en el cielo y el amor en la tierra, tiene el mismo

nombre, la misma esencia, la misma ley. Y es una ley del amor, del amor profundo, del amor delicado, del amor tierno, es una ley que se olvida de sí mismo para pensar en el amado. Y así lo hizo la Santísima Virgen: nos pide un templo, no para Ella, para nosotros; no para que la veneremos y amemos aquí, sino para poder amarnos y derramar en nuestros corazones la opulencia de sus dones celestiales.

Detengámonos a examinar cuidadosamente las palabras de María. Oigámoslas de nuevo: "ES MI DESEO QUE SE ME LABRE UN TEMPLO EN ESTE SITIO, DONDE COMO MADRE PIADOSA TUYA Y DE TUS SEMEJANTES MOSTRARE MI CLEMENCIA AMOROSA Y LA COMPASION QUE TENGO DE LOS NATURALES, Y DE AQUELLOS QUE ME AMAN Y ME BUSCAN Y DE TODOS LOS QUE SOLICITAREN MI AMPARO Y ME LLAMAREN EN SUS TRABAJOS Y AFLICCIONES, Y DONDE OIRE SUS LAGRIMAS Y RUEGOS PARA DARLES CONSUELO Y ALIVIO".—En estas palabras, en estos acentos, se descubre el corazón de la madre, que se olvida de sí misma y no piensa sino en sus hijos. En esas palabras se descubre el verdadero amor, el amor delicado, el amor tierno, el amor profundo que se olvida de sí mismo, que siente preocupación y solicitud inmensa por el objeto amado

Vuelvo a deciros: ¿por qué? ¿para qué quiso María que le dedicáramos un templo? ¿Por qué fué esta la única petición de su corazón maternal?

Lo fué por tres motivos: el primero, porque

quería permanecer aquí. Las apariciones de la Virgen no fueron algo fugaz, sino algo permanente, perpetuo y definitivo.

Para mostrarse en el esplendor de su gloria y de su belleza, le bastó la colina del Tepeyac, la comba inmensa y azul de los cielos. Pero Ella quería permanecer aquí. Su aparición sensible fué fugaz; pero la otra, la espiritual, es profunda, constante, duradera. María, desde hace cuatro siglos, vive con nosotros, está en nuestra patria, quiere tener su tienda en medio de nuestros hogares, quiere permanecer aquí para siempre.

Cuántas veces se han aplicado a la dulce Virgen María las palabras de la Escritura: "Yo elegí y santifiqué este lugar para que aquí esté mi nombre, y para que mis ojos y mi corazón permanezcan aquí para siempre". Aquí está el nombre de María, aquí están los ojos de la Virgen dulcísima, aquí está su corazón inmaculado, su corazón inmenso.

Pero para quedarse entre nosotros, María necesitaba un templo, este templo; no para Ella ¡para nosotros! Necesitaba estar en este lugar en donde pudiéramos buscarla, en donde pudiéramos amarla, en donde pudiéramos pedirle lo que necesitamos para nuestra vida temporal y para nuestra vida eterna.

Por eso quiso que le diéramos un templo: para vivir aquí, para permanecer aquí, para que estuvieran siempre fijos aquí sus ojos y su corazón. Por eso le dijo a Juan Diego: ES MI DESEO QUE SE ME EDIFIQUE UN TEMPLO, EN EL CUAL MOSTRARE MI CLEMENCIA AMO-

ROSA Y LA COMPASION QUE TENGO DE TI Y DE TUS SEMEJANTES, COMO MADRE CARIÑOSA".

La Virgen nos pidió un templo, porque quiere permanecer aquí con nosotros. ¡Qué dulce es pensarlo, qué consolador, qué fortificante! ¡Ah! nuestra patria sufrirá muchas vicisitudes; habrá en nuestra historia días de paz y de alegría en que espléndido fulgure en nuestro cielo el sol de nuestra dicha y de nuestra prosperidad. Habrá días nublados, tempestades en que se oiga el fragor del trueno y se deslumbren nuestros ojos con el fulgor de los relámpagos... ¡Ah! ¡Que pase lo que Dios quiera! Nosotros tenemos la seguridad santa de que hay algo que no cambia, algo que no se transforma, algo que no padece vicisitudes: ¡la permanencia de María entre nosotros, su amparo maternal! En los días de paz y en los días de tormentas, María está siempre aquí, porque sus dones son sin arrepentimiento, porque eligió este lugar para que aquí estuviera siempre su nombre, para que estuvieran siempre aquí sus ojos y su corazón.

Es el primer motivo por que María Santísima nos pidió un templo: porque quiere vivir siempre con nosotros.

*
* *

Pero quiere vivir aquí, no como reina que recibe los homenajes de sus súbditos, no como señora a la que hay que rendir vasallaje. No;

¡como Madre cariñosa pide este templo! Es nuestro hogar, el hogar de los mejicanos. Aquí estamos en nuestra casa, porque aquí experimentamos la ternura de su corazón.

¿Por qué quiso María que le edificáramos un templo? ¡Porque nos ama! ¿No hemos pensado que el amor necesita siempre un rincón escondido, un nido caliente y silencioso donde vivir y desarrollarse?—En el Cantar de los Cantares, el esposo le dice a la esposa: "Levántate, esposa mía, amiga mía. Ven, te llevaré a la hendidura de la roca, a la caverna misteriosa..." ¡El amor es siempre así, vuelvo a decir, busca el rincón escondido, busca el nido silencioso...

Y María quiso tener su nido de amor, un lugarcito recóndito en donde pudieran sus hijos buscarla y descansar en el dulce, en el caliente, en el celestial regazo maternal.

Y ese nido de amor de María es este templo que ahora hemos venido a ofrecerle. La Virgen al pedírnoslo, nos da. Nos pide un templo; pero el templo no es para Ella, ¡es para nosotros! ¡Es el nido dulcísimo de nuestro amor!

¿Comprendemos la delicadeza del amor maternal? María hubiera podido pedirnos un templo para Ella: si es reina, necesita un palacio; si es señora, necesita un hogar. Bien pudiera habernos dicho: Yo quiero que se edifique aquí un templo, para reinar desde aquí sobre mi pueblo, para recibir los homenajes de mis súbditos. ¡Ah! no dice eso. "YO QUIERO, dice, QUE SE ME EDIFIQUE UN TEMPLO, DONDE COMO MADRE AMOROSA OIRE, AMARE, DERRA-

MARE LOS DONES EN LAS ALMAS..." La preocupación de la madre son sus hijos. Las madres saben olvidarse de sí mismas para sólo pensar en sus hijos, en los pedazos de su corazón. ¡Y así es María! En sus palabras, vuelvo a decir, descubro su corazón maternal.

¿Por qué nos pidió este templo? Porque nos ama, y porque el amor necesita un nido silencioso y recóndito en donde poder vivir y desarrollarse.

Este templo está hecho para el amor, para ese amor tierno de María para los mejicanos, para ese amor sincero y noble de los mejicanos para la Virgen. Al ofrecerle el don de nuestro amor, **"Señora,** le podemos decir, **aquí tienes lo que nos has pedido. Quisiste un rinconcito para amarnos: ¡aquí está! Nosotros lo hemos forjado, lo hemos embellecido, más que con el óbolo de nuestro bolsillo, con el cariño de nuestro corazón, con los sacrificios de nuestra alma. ¡Ah! ¡Tus ojos inmaculados ven muy bien en estas piedras, en estas bóvedas, y sobre todo en ese altar, todo lo que hay de amor, todo lo que hay de abnegación en el pueblo mejicano! Y te lo hemos ofrecido en los días más terribles, más amargos, en medio de la pobreza, del desconsuelo, en medio de las lágrimas; porque para el amor no hay obstáculos; es más fuerte que todas las vicisitudes; ¡es más poderoso que la muerte!"**

*

* *

El tercer motivo que tuvo la Virgen para pedirnos que le edificáramos un templo es para tener un lugar donde poder escuchar nuestras plegarias y enjugar nuestras lágrimas; para tener un lugar desde donde derramar a manos llenas sus gracias y sus dones; para tener un lugar en donde brindarnos su amparo, su consuelo, el alivio de nuestras necesidades. Expresamente se lo dijo con maravillosa claridad a Juan Diego: "ES MI VOLUNTAD QUE EN ESTE SITIO SE ME EDIFIQUE UN TEMPLO, DONDE COMO MADRE PIADOSA TUYA Y DE TUS SEMEJANTES, MOSTRARE MI CLEMENCIA AMOROSA Y LA COMPASION QUE TENGO DE LOS NATURALES Y DE LOS QUE ME AMAN Y BUSCAN, Y DE TODOS LOS QUE VINIEREN AQUI A PEDIRME AMPARO EN SUS NECESIDADES Y AFLICCIONES, Y DONDE OIRE SUS LAGRIMAS Y SUS RUEGOS PARA PRESTARLES AUXILIO Y CONSUELO".

¿Lo hemos oído? Cada una de estas palabras está envuelta en ternura, cada una nos da una promesa brillante y celestial. Este templo es para que la Virgen escuche nuestros ruegos y enjugue nuestras lágrimas; es para que nosotros recibamos de las manos inmaculadas de nuestra Madre alivio y consuelo; es para que la Virgen vierta en nuestras almas los dones divinos de su amor.

¡Qué dulce es pensarlo! ¡Cómo se dilata nuestro corazón cuando consideramos que en medio de nuestras penas y de nuestras aflicciones no estamos solos, no estamos abandonados y sin consuelo! María lo ha prometido, y Ella es fiel. Pu-

diéramos decir de la Virgen Santísima lo que dice Jesucristo de sí mismo: "LOS CIELOS Y LA TIERRA PASARAN, PERO MIS PALABRAS NO PASARAN JAMAS" Las palabras de María se cumplirán: aunque pasen los cielos y la tierra, no pasarán las palabras de la Virgen Santísima. Y Ella nos dijo que aquí nos oirá y nos consolará; nos prometió que aquí nos dará lo que necesitamos y que su corazón tendrá siempre compasión y clemencia para todos.

¡Oh! ¡Con razón todos los corazones mejicanos palpitan con violencia al escuchar el nombre de Santa María de Guadalupe; con razón la tierra mejicana se conmueve y sacude de alegría y de esperanza cuando vienen las Fiestas Guadalupanas; con razón la generosidad de los mejicanos ha podido decorar magníficamente este templo!

Nosotros no sospechamos lo que este templo ha costado, lo que ha costado no sólo en riquezas materiales, sino en amor, en sacrificios, en abnegación; pero los mejicanos, con generosidad extraordinaria, lo han dado todo, porque escuchan, a través de cuatro siglos, la palabra dulcísima de María, su petición amorosa. Los mejicanos, con inmensa generosidad, han embellecido este templo; porque saben que aquí está la Virgen Santísima, que aquí nos escucha, que aquí nos consuela, y alivia nuestras necesidades, y vierte sabre nuestras almas sus dones divinos.

¡Oh! ¡Qué dichosos somos de tener una Madre como Ella y de tener un lugar como éste, santificado con su presencia, donde tenemos pro-

mesa segura y divina de que nuestras lágrimas serán enjugadas! Por mucho que suframos, aquí está el consuelo; por mucho que trabajemos, aquí está el alivio; por mucho que necesitemos, aquí está el remedio de nuestras necesidades; por grandes, por inmensas que sean nuestros anhelos, aquí está la divina realidad.

*
* *

¿Comprendemos ahora las palabras que nos dijo la Virgen? ¿Nos damos cuenta de los motivos íntimos y amorosos que Ella tuvo para pedirnos que le edificáramos un templo? Quiso un templo para vivir perpetuamente con nosotros, para que tuviéramos un nido de amor, para escuchar en él nuestros ruegos, enjugar nuestras lágrimas y derramar en nuestras almas el raudal de sus dones benditos.

¡Bendita sea María de Guadalupe que nos pidió este don! ¡Dichosos los mejicanos que se lo hemos ofrecido! Allí está la Virgen. Aquí está su templo. Allí está el retrato milagroso de la Virgen. Aquí está el don magnífico del Pueblo mejicano.

¡Qué dulce y qué consolador es ver las dos cosas juntas: ver a la Santísima Virgen habitando su templo, a nuestra Madre que vive en este nido de amor; y contemplar al Pueblo mejicano ante la dulce Imagen para decirle que la ama y que quiere sentir las dulces caricias de su ternura!

Arrodillémonos ante la dulce Virgen, la Madre Santa, hablémosle de lo íntimo de nuestro corazón, hablémosle en nombre de nuestro pueblo y de nuestra raza.

*
* *

¡Madre Santísima de Guadalupe; hace cuatro siglos pediste un templo: aquí está! Aquí está embalsamado con nuestro amor, salpicado con nuestra sangre, empapado con nuestras lágrimas.

¡Señora! Te hemos ofrecido el don que nos pediste, y a través de las palabras dulcísimas que pronunciaste en esta colina, hemos vislumbrado la ternura inmensa de tu corazón maternal. ¿Verdad, Señora, que quisiste este templo para permanecer constantemente con nosotros? ¿No es verdad que aquí está tu nombre, que aquí están tus ojos y tu corazón? ¿No es verdad, dulce Madre nuestra, que Tú deseaste este templo para que fuera nido de amores, donde se juntaran tu amor y nuestra ternura? ¿No es verdad que estás dispuesta a derramar tus dones en los corazones mejicanos como hace cuatro siglos?

Eres la misma Madre, la Madre clemente que sabe aliviar las penas y trabajos. ¡Señora! Te traemos nuestras lágrimas, las lágrimas de todos nuestros hermanos necesitados, los sacrificios de todos tus hijos. Te traemos, sobre todo, la ternura de este pueblo que es tu pueblo.

Aquí tienes el templo que nos pediste. ¡Aquí está la ternura, las lágrimas y el dolor del Pue-

blo mejicano! Muéstrate pues clemente. Abrenos tu corazón, ábrenos tu regazo para que nuestras lágrimas sean enjugadas y se conviertan en sonrisas; para que nuestras penas se transformen en júbilo; para que nuestros temores se truequen en paz, en esa dulce paz que anhelan los corazones de tus hijos.

¡Señora! Hemos cumplido tus deseos y te hemos presentado nuestro don. Lo posees ya. Cumple ahora tus promesas, Madre mía. Síguelas cumpliendo, diré mejor, ¡y que tus manos celestiales derramen en nuestras almas tus dones y hagan descender una corriente de ternura y de paz sobre la querida Patria mejicana!

— IV —

EXPLICAMOS en el artículo anterior estas palabras de la Virgen Santísima: "ES MI DESEO QUE EN ESTE SITIO SE ME LABRE UN TEMPLO, DONDE COMO MADRE PIADOSA TUYA Y DE TUS SEMEJANTES, MOSTRARE MI CLEMENCIA AMOROSA Y LA COMPASION QUE TENGO POR LOS NATURALES, Y POR LOS QUE ME AMAN Y BUSCAN Y POR TODOS LOS QUE ACUDAN A MI AMPARO Y PROTECCION EN SUS NECESIDADES Y AFLICCIONES"; y dije que el amor de María nos pidió una sola cosa, un templo, y manifesté las razones por las que la Virgen había pedido este don de nuestra ternura filial.

Quiso tener su templo, para vivir constantemente con nosotros, porque sus apariciones no fueron fugaces, antes bien quiere vivir en medio de su pueblo elegido hasta la consumación de los tiempos. Nos lo pidió también, porque nos ama, y el amor necesita un rincón escondido, un

nido caliente en donde poder vivir y desarrollarse. Nos lo pidió, en fin, para que hubiera un lugar donde acudiéramos a Ella, y Ella pudiera enjugar nuestras lágrimas, escuchar nuestros ruegos y derramar en nuestras almas la opulencia de sus dones celestiales.

Este templo se está edificando siempre: cada una de las generaciones que pasan por este suelo ponen su mano y su corazón en el templo único. Y nosotros hemos cumplido con nuestra tarea. La actual generación mejicana, con inauditos sacrificios, con inmenso amor, con generosa munificencia, ha decorado esta Basílica a la Santísima Virgen de Guadalupe.

Precisamente las solemnidades actuales tienen ese fin: presentar a María nuestro don, decirle: hemos cumplido lo que nos has pedido. Nos pediste un templo, ¡aquí está!

Pero, después de concluídas estas solemnidades, después de consumada esta obra magnífica, ¿podremos cruzarnos de brazos y decir: hemos cumplido? ¿Nada nos queda qué hacer? ¡No! María Santísima nos pidió, ciertamente, este templo material, pero el deseo de María es más hondo; su petición tiene un alcance más amplio: el templo material, el templo edificado por nuestro amor y con nuestro sacrificio, no es más que la figura, el símbolo de un templo íntimo, de un templo espiritual, que es el que María sobre todo anhela.

Todo templo cristiano es así; fuera de la realidad visible, cada templo es un símbolo, una figura. En su visible realidad, el templo es la casa

de oración, la casa de Dios, en donde las almas encuentran al Señor, en donde el Señor se comunica con las almas. Pero cada templo es el símbolo del templo íntimo, del que cada uno de nosotros llevamos en nuestro propio corazón. ¿No sabéis, dice San Pablo, que vosotros sois templos de Dios, y que el Espíritu del Señor habita en vuestras almas?

El verdadero templo de Dios, es el alma humana. No hay en la tierra cosa más exquisita, más rica, más bella, que las almas. Y en las almas quiere Dios vivir. ¡El verdadero templo de Dios son las almas! Y si Nuestro Señor ansía que le edifiquemos estos templos materiales, es únicamente como una preparación, como una figura del templo íntimo.

¡Ah! ¿Qué encanto puede tener para Dios vivir en un templo de piedra, tan estrecho, tan frío, tan pobre para su Majestad? Si vive aquí, en estos templos, si quiere habitar en ellos, es porque los templos son lugar de cita y de espera. Las almas van a los templos para que Dios se comunique con ellas y viva en ellas. Lo que Dios ansía, no es habitar en los templos de piedra, es habitar en los corazones humanos. El verdadero templo de Dios, está dentro. Por eso dijo Jesucristo: "El reino de Dios está dentro de vosotros". El templo de Dios somos nosotros, son nuestras almas.

Y de la misma manera, María Santísima, al pedirnos un templo material, no lo hizo sino como un medio, como una escala, para poder llegar a nuestras almas y vivir en ellas. El verdadero

templo que la Virgen de Guadalupe le pidió a Juan Diego, que nos pidió a nosotros, es un templo espiritual. El exterior, el sensible está concluído, magníficamente decorado. Lo hemos hecho en circunstancias difíciles, con escasez de recursos materiales, privados de una libertad y de una paz completas. ¡Ah! ¡para edificar este templo, han sido precisos sacrificios heroicos, munificencia generosa!

Pero, vuelvo a repetirlo: no es sólo este templo material lo que nos pide la Virgen. Ante todo quiere el otro, ¡el espiritual, el íntimo!

Por eso no quedó concluída en el artículo anterior la explicación de esta palabra de la Virgen Sma. Necesitamos completarla. Nos pidió un templo material, pero ante todo, un templo espiritual. María quiere vivir aquí, quiere amarnos aquí, quiere derramar aquí sus gracias y sus dones en las almas; pero quiere vivir, más que en este templo de piedra, en lo íntimo de nuestros corazones; quiere amarnos en el seno de nuestras almas; quiere derramar aquí, dentro, muy adentro, sus gracias y bendiciones divinas.

Por consiguiente, nuestra tarea no está concluída. Hemos hecho el templo de piedra. Falta el templo espiritual.

*
* *

Pero para que acabemos de comprender el pensamiento de la Virgen, es preciso avanzar más aún: no sólo quiere Dios tener en cada alma un

templo, sino que quiere edificar con todas las almas un templo grandioso sobre la tierra.

¿Qué es la Iglesia? Es el templo de Dios; el templo único, el templo magnífico, el templo inmortal. La Santa Iglesia, en la Liturgia de la Dedicación de las iglesias, lo expone maravillosamente.

A la manera que los templos se forman con los sillares que se van arreglando uno sobre otro, perfectamente unidos con argamasa, que luego van formando las columnas, los muros, las bóvedas, de manera que hay una perfecta unidad en él, a pesar de estar hecho con variedad de materiales; y así como en el fondo del templo está el Altar, donde Jesucristo se inmola por nosotros; así en el orden espiritual e invisible se forma la Iglesia de Dios.

Cada alma es un sillar. Las almas se unen por la fe, por la caridad, por la gracia, y todo el conjunto de almas, —variadísimo, múltiple, ya que tiene cada una su carácter propio—, todo el conjunto de almas forma una sola edificación espiritual, un sólo templo, que es la Iglesia. La Iglesia es el templo de Dios formado de almas. Y como en el templo material el centro de él es el Altar, así el centro del templo espiritual es Jesucristo Nuestro Señor.

Vuelvo a repetirlo: la Iglesia no es más que el templo de Dios, invisible, espiritual, divino; Jesús es el Altar; nuestras almas forman las columnas, y los muros, y las bóvedas de este templo magnífico.

Y este templo, que es la Iglesia de Dios, se

está edificando siempre; comenzó a edificarse en el día de Pentecostés, cuando los Apóstoles, sacudidos por el Espíritu Santo, comenzaron a predicar el Evangelio; por millares recibieron aquel día el bautismo. Fueron las primeras construcciones del templo espiritual, del templo divino.

Y hace 19 siglos que la Iglesia sigue construyéndose. Las almas desaparecen de este mundo para ocupar su lugar en el cielo, pero nuevas y más numerosas ingresan a la Iglesia, y ésta se ensancha, y el templo se hace cada día más dilatado, más grandioso, más excelso, y en el último día de los tiempos se consumará el gran templo espiritual de la Iglesia, cuando el último de los elegidos entre en el seno de Ella y quede completo el Cristo plenario; porque, como dice el Apóstol San Pablo, **"La Iglesia es la plenitud de Jesucristo".**

*
* *

Algo semejante debe acontecer en nuestra patria.

Nosotros pensamos, a primera vista, que las almas están separadas unas de las otras, puesto que cada una tiene su propia individualidad; creemos que hay más únión entre los sillares que forman esas columnas que entre las almas que estamos aquí. Y no es verdad. Las almas no están aisladas. Las almas están entre sí unidas, **"formamos una sola cosa con Cristo"**, dice el

Apóstol San Pablo. Tenemos vínculos estrechísimos, estamos unidos por la fe, por la esperanza y por el amor. La gracia hace que formemos un solo cuerpo: el Cuerpo místico de Jesucristo.

Pues bien, la Virgen Santísima quiere que en Méjico se le edifique un templo. No sólo este material, sino el otro, el espiritual. ¿Qué significa esto, sino que la Virgen quiere que todas las almas mejicanas formen un haz apretado y compacto? ¿Qué otra cosa quiere, sino que los mejicanos, sus hijos, a quienes ama tiernamente como a pequeñitos y delicados, estén unidos entre sí. íntimamente unidos, estrechamente unidos por la fe, por la esperanza y por el amor? Ella quiere, que al mismo tiempo que se le edifique este templo material, se edifique el templo espiritual.

¿Comprendemos toda la hondura y trascendencia que tiene esta doctrina?

*
* *

Cuando María Santísima apareció hace cuatro siglos en esta Colina bendita, paréceme que contempló desde esa cumbre el panorama de nuestra patria y de toda la América.

¿Y qué vió? Una multitud de razas dispersas, de almas aisladas, diseminadas, en luchas constantes, devorándose las unas a las otras. Y tuvo compasión de aquella multitud inmensa; y soñó su corazón maternal hacer de todas aquellas almas una sola cosa, de edificar con esas almas, como sillares espirituales, un templo único: el

templo de la Santísima Virgen de Guadalupe, esto es, la Iglesia de Méjico, la Iglesia de América.

Por eso, cuando María Santísima le pidió a Juan Diego que le edificara un templo, yo pienso que no se refirió únicamente a este templo de piedra que le hemos fabricado, sino quería que la Patria Mejicana fuera un solo templo.

¡Ah! ¡qué bella concepción de la Santísima Virgen María! Sobre el suelo inmenso de nuestra República sacudida por dos océanos; sobre la tierra fértil de nuestra Nación, de climas variados, de panoramas espléndidos, de montañas altísimas, de valles risueños... quiere la Virgen que se levante un templo, uno solo; pero inmenso, elevado, magnífico, divino; que este templo lo formen las almas, los millones de almas que pueblan este vasto territorio; y para lograrlo quiere que todas esas almas estén unidas entre sí, estrechamente ligadas por la fe, fundidas por el fuego de la caridad, vivificadas por una esperanza divina y eterna. Y quiere que este templo único tenga por centro, por cabeza, a Jesucristo, y que tenga por corazón a la dulce Virgen María, a la Madre del Dios verdadero.

*
* *

Y a la verdad, este templo se ha construído desde hace cuatro siglos. ¡Ah! es verdad, ha habido muchas divisiones entre nosotros, luchas fratricidas han ensangrentado nuestro suelo, discusiones acerbas nos han dividido los unos de

los otros. ¿Pero no vemos que a pesar de estas guerras y divisiones, formamos una sola cosa, y la formamos porque todos los ojos miran hacia el Tepeyac?

Si hay algo que une a los mejicanos, es la Virgen Santísima de Guadalupe: habrá partidos entre nosotros, habrá divisiones, habrá luchas; pero la Virgen Santísima nos unirá siempre.

Cuando se acerca su día, cuando llegan sus solemnidades, la República entera parece un solo hombre, de todos los pechos se exhala un sólo cántico, en todos los corazones arde la misma llama de amor; entonces olvidamos nuestras rencillas y divisiones, y nos unimos todos y ponemos aquí nuestro corazón y nuestra alma.

¿No es un testimonio de esta verdad el templo que acaba de edificarse?

Este templo es un milagro de amor, es un prodigio de unión; porque costó muchísimo, y se hizo con el óbolo de todos los mejicanos. Desde la frontera del Norte hasta los linderos del Sur, desde uno hasta otro océano, todos los mejicanos contribuyeron para la fabricación de esta Basílica. Y es necesario repetirlo: lo han hecho en tiempo de crisis económica, en medio de dificultades sociales, sin disfrutar enteramente de paz y de libertad.

¿Quién ha hecho el prodigio de reunir esa cantidad de dinero necesaria para decorar regiamente este templo? ¿Quién ha hecho que todos los mejicanos, tan divididos por sus ideas y sentimientos, se unan y aporten, no sólo el óbolo ma-

terial, sino sobre todo el amor de su corazón y los esfuerzos de su alma?

¿Quién? ¡María! Porque las almas de los mejicanos están unidas para formar el templo que la Virgen nos pidió: el templo espiritual, el templo de María de Guadalupe, el templo espiritual del Tepeyac.

*
* *

Pero no cabe duda, que este templo no está terminado. Falta mucho para terminarlo. Nuestra fe no es suficientemente robusta ni suficientemente ilustrada; nuestra caridad no ha realizado aún el prodigio de fundir en un sólo corazón todos los corazones mejicanos; nuestra esperanza es aún vacilante.

Es preciso que este templo se concluya. La consumación de la obra de la Basílica es un símbolo de lo que la Virgen espera de nosotros, de lo que nosotros tenemos que realizar. Nuestra tarea no está terminada. Todavía no se acaba el templo que la Virgen quiere. Es preciso trabajar en ello.

¿Cómo? Haciendo cada uno de nosotros, de nuestra propia alma, un templo para la dulce Virgen María.

¿Cómo? Haciendo de cada uno de los hogares mejicanos, un templo para la Santísima Virgen.

¿Cómo? Haciendo de cada Diócesis un templo para nuestra Reina y Madre.

¿Cómo? Haciendo de toda la República un

sólo templo para la Virgen Inmaculada, para la Madre de Dios.

¿Comprendemos la tarea que nos resta por realizar? ¿Comprendemos que desde su trono la dulce Virgen nos dice como hace cuatro siglos: "Es mi deseo que se me labre un templo, pero no sólo de piedras, ¡de almas! Es mi deseo que se me construya un templo, pero que abarque la República Mejicana. Ese templo ha de formarse con las almas de mis hijos, ha de tener por centro, a Jesús, por vida, al Espíritu Santo, y por vínculos estrechísimos, los vínculos espirituales de la fe, de la esperanza y de la caridad?"

¡Oh! Apresurémonos a cumplir los anhelos íntimos del corazón inmaculado de nuestra Madre; construyamos ese templo sin cesar; pongamos nuestro corazón y nuestra fe en esta obra gigantesca. El día que este templo esté construído, Méjico tendrá paz, y en él no se escuchará más que un cántico: el nuevo, el de la esperanza, el del amor, el de la fe; el cántico a Jesucristo Rey, el cántico a la Virgen de Guadalupe.

La dedicación del templo material ya se ha hecho. ¿Cuándo se hará la dedicación del templo espiritual?

*
* *

¡Señora! Tu dijiste a Juan Diego que pagarías con munificencia celestial lo que hiciera para realizar tu deseo. Nosotros hemos decorado tu templo. ¡Páganos, Señora! Pero páganos, haciendo

que realicemos tu deseo: que edifiquemos el templo espiritual de nuestra patria; que cada alma de tus hijos sea un templo para Jesucristo y para Ti; que cada hogar sea un templo para nuestro Rey y para nuestra Reina; que la República entera sea un templo inmenso, espiritual, riquísimo, donde se rinda homenaje al Dios verdadero de los cielos y a su Madre Santísima que quiso amarnos con entrañas maternales.

¿Cuándo será la dedicación del templo espiritual? ¿Cuándo todas las almas mejicanas estaremos unidas, con los vínculos de la fe, de la esperanza y del amor? ¿Cuándo Jesucristo será el centro de unión de todos los corazones? ¿Cuándo María Santísima reinará sobre nosotros?

¡Oh Señora! ¡Oh Reina! haz que Jesucristo sea nuestro Rey, como se lo hemos repetido tantas veces: "¡Perdónanos, perdónanos y sé nuestro Rey!" "Virgen Santísima, salva a tu Nación!" Estas fórmulas expresan los deseos de nuestros corazones.

¡Oh Madre! ¡Oh dulce Madre de Guadalupe! que pronto, muy pronto, esté concluído el templo espiritual, para que en sus bóvedas gigantescas resuenen los cánticos de alabanza al Señor y a Ti, para que todos seamos un solo corazón y una sola alma, y sobre el templo tuyo y de Dios se cierna el Espíritu Santo, símbolo de amor y de paz.

— V —

EN estos artículos hemos considerado las palabras que la Santísima Virgen María dirigió a Juan Diego en sus prodigiosas apariciones. Como lo he hecho observar, todas estas palabras son palabras de amor, del amor que toma todos los matices, que se presenta en todas las formas, pero que en medio de su rica variedad, conserva su unidad maravillosa.

Consideramos la primera palabra de la Virgen, que es la palabra del amor que se presenta, que se declara. La segunda es la palabra del amor que ilumina, que se convierte en luz para bañar a las almas con sus esplendores. La tercera es la palabra del amor que pide: nos pidió un templo, un templo material que es éste que se acaba de decorar con nuestros esfuerzos y con nuestros sacrificios, y un templo espiritual, formado de almas, de corazones, que se extienda por toda la Nación y que haga que todos los mejicanos tengan un sólo corazón, una sola alma.

Debo explicar, ahora, otra palabra de la dulce Virgen la palabra del amor que da, que pro-

mete. Cuando María hubo dicho a Juan Diego que era su deseo que se estableciera en este lugar un templo, donde se mostraría como Madre piadosa de todos; después de decirle que acudiera al Obispo y que le dijera en su nombre el deseo que Ella tenía, María Santísima añadió: "TEN POR CIERTO QUE TE AGRADECERE LO QUE HICIERES POR MI EN ESTO QUE TE ENCARGO; QUE TE AFAMARE Y TE SUBLIMARE. YA SABES, HIJO MIO, MI DESEO. VETE EN PAZ Y ADVIERTE QUE TE PAGARE TODO LO QUE POR MI HICIERES, TODA TU DILIGENCIA Y TODOS TUS ESFUERZOS, Y ASI PONDRAS EN ESTA OBRA TODO EL ESFUERZO QUE PUDIERES".

En esas palabras, hay una promesa, una promesa dulcísima y, como lo he estado advirtiendo todos los días, lo que María dijo a Juan Diego, nos lo dijo a nosotros; porque no se lo dijo únicamente al indio feliz que oyó sus palabras y contempló su rostro hermoso; no, Juan Diego somos nosotros, es el Pueblo mejicano, es nuestra raza. Juan Diego fué nuestro representante, en él nos vió la Santísima Virgen a todos, a los mejicanos de todas las regiones y de todos los tiempos. Podemos, por consiguiente, recoger esas palabras y guardarlas en nuestro corazón.

¡Ah! Todavía brotan de ese trono. La Imagen bendita de María nos está repitiendo lo que hace cuatro siglos dijo la divina Señora a Juan Diego, el representante de nuestro pueblo y de nuestra raza. María nos aseguró dos cosas que

nos agradecerá y que pagará todo lo que hagamos por cumplir su deseo.

*
* *

¡Bastaría que nos lo agradeciera! ¡Cómo se conoce que María es la Madre de Dios, porque obra como El, obra como Jesús! ¿No nos hemos fijado que Jesucristo es delicadamente agradecido? Nos ofreció que daría la vida eterna por un vaso de agua dada al pobre en su nombre, y a la verdad que nos agradece los esfuerzos pequeñísimos que hacemos por su honor y por su gloria.

El corazón humano muchas veces es ingrato. El corazón de Dios es siempre agradecido. Y hay que advertir una dulce característica que tiene la gratitud de Dios. ¡Cuántas veces sucede que Nuestro Señor nos pide algo, y para que se lo demos, nos da El, mucho, mucho más de lo que nosotros le damos, y cuando hemos puesto lo que está de nuestra parte para satisfacer sus deseos, cuando le hemos dado el don de nuestra pequeñez y de nuestro amor, Nuestro Señor, complacido, nos agradece y paga lo que le hemos dado!

Me imagino que pasa lo que con una madre que enseña a andar a su hijito; lo anima, lo sostiene, lo guía, lo deja un momento solo, y apenas ha dado el niño, o ha intentado dar el primer paso, la madre lo acaricia, lo besa y le premia aquella insignificancia.

Así es Dios; nos pide algo, pero para que nosotros se lo demos, nos colma de gracias, de luces, de toques íntimos en nuestro corazón, nos da todo lo que necesitamos para que podamos hacer lo que nos pide; y cuando queremos y decimos que sí y hacemos el primer esfuerzo, cuando intentamos hacer lo que nos pide, entonces Nuestro Señor, agradecido, nos premia. En realidad El es el que merece el premio. ¡Nosotros hemos hecho tan poco! ¡Es nuestro esfuerzo tan pequeño, tan poco eficaz! y ¡para hacerlo hemos sido rodeados de tales gracias y dones de Dios!

Así es también María. Se conoce que es la Madre de Dios; se advierte que en su Corazón hay los mismos sentimientos que en el Corazón de Dios. Nos pide un templo, y nos lo pide por nosotros, por nuestro bien. No es para Ella, como lo expliqué en otro lugar, porque nos lo pidió para escuchar nuestros ruegos, para enjugar nuestras lágrimas, para amarnos, para acariciarnos, para mostrarse con nosotros Madre amorosa. Para nosotros es este templo. El bien es nuestro.

Queremos honrar a la Virgen Sma. con este templo, por eso hemos puesto en él nuestras manos y nuestro corazón; pero en el fondo salimos beneficiados, porque este templo es para los mejicanos, para que María nos oiga, para que nos acaricie, para que nos ame, para que nos consuele, para que nos colme de sus dones, para que enjugue nuestras lágrimas y escuche nuestros ruegos.

Y para hacer este templo, para pedirnos eso

¡Ella misma viene! Iluminó con su luz la colina santa del Tepeyac, hizo estremecer la tierra; al contacto de su planta celestial florecieron los rosales de la colina; habló, nos dijo palabras dulcísimas, palabras de amor, y nos dejó su retrato, bellísimo, prodigioso; y después nos ha estado colmando de dones; y luego, cuando abrumados bajo el peso de sus dones maternales hemos hecho el pequeñísimo esfuerzo de decorar su templo, he aquí que María nos lo agradece. Y notemos con qué solicitud, hasta con qué exceso de palabras, María nos da a entender que nos agradece lo que hacemos por Ella: "TEN POR CIERTO QUE TE AGRADECERE LO QUE HICIERES POR MI EN ESTO QUE TE ENCARGO, Y TE AFAMARE Y TE SUBLIMARE".

¿No vemos en estas palabras que el Corazón de María es semejante al Corazón de Jesús, al Corazón de Dios?

Bastaría que nos lo agradeciera, para que nosotros nos sintiéramos satisfechos y contentos y diéramos por bien empleados nuestros sacrificios en la decoración de esta Basílica. ¿Qué mejor paga que sentir el agradecimiento de María? Aun cuando nada nos diera, aun cuando no se abrieran sus manos para derramar sus dones, aun cuando no nos pagara, con tal que nos agradeciera.

¡Y María nos agradece! Y les agradece a todas las generaciones, puesto que todas las generaciones mejicanas han puesto aquí sus manos.

Y nos lo agradece, no de cualquier manera, sino a lo celestial, a lo divino, puesto que le dice

a Juan Diego: "YO TE AFAMARE, TE SUBLIMARE POR ESTO QUE HICIERES POR MI..." ¡Oh! ¡qué dicha para nosotros pensar que la Virgen está contenta, que su corazón está satisfecho, que agradece nuestros esfuerzos, nuestro amor, nuestra generosidad!

Y yo estoy seguro de que las palabras que le dijo a Juan Diego nos las dijo a nosotros; que está contenta de sus hijos los mejicanos de hoy; porque en una época difícil y penosa, en una época de crisis económica, de dificultades de todo género, los mejicanos hemos gastado nuestros recursos, nuestro amor y nuestros sacrificios para decorar este Santuario magnífico. María está contenta, y la satisfacción de Ella es suficiente para llenar de regocijo nuestro corazón, para deleitar nuestra alma.

*
* *

Pero, la Santísima Virgen no se contenta con agradecer. No es la única paga que vamos a recibir por este templo que hemos decorado, sino que la Virgen añadió a Juan Diego: "SABES HIJO MIO CUAL ES MI DESEO. VETE EN PAZ, Y ADVIERTE QUE TE PAGARE TU DILIGENCIA Y TODOS TUS ESFUERZOS QUE HICIERES EN ESTE NEGOCIO".

Ya le había dicho que le agradece, y añade que le pagará. No es sólo la gratitud de la Virgen lo que nosotros vamos a recibir o tenemos ya por el templo que le hemos decorado, sino que María nos ofrece pagarnos. Así es Ella: ge-

nerosa, munificente. ¡Al fin y al cabo es la Madre de Dios!

Este templo como lo he repetido varias veces, se está edificando siempre, sin que concluya de edificarse jamás. Cada generación mejicana pone sus manos y su corazón aquí. Y viene una nueva generación y quiere cumplir los deseos de la Virgen Santísima, y dice: mis antepasados edificaron este templo; la generación pasada lo decoró; pero mi generación necesita poner aquí algo; y viene un nuevo esfuerzo, una nueva generosidad, una nueva explosión de entusiasmo y de amor, y se vuelve a decorar el templo. No encuentro otra palabra, sino que repito lo que decía: ¡Cada generación pone aquí sus manos y su corazón!

María a todas las generaciones les ha pagado. ¡A nosotros nos pagará también! Basta escrutar con profundidad y amor nuestra historia, para encontrar que ha cumplido su promesa y que podemos estar seguros de que la seguirá cumpliendo en el porvenir. ¿Qué paga nos va a dar? ¿Qué paga le ha dado a la Nación mejicana? ¿Qué paga le ha dado por este templo que desde hace cuatro siglos se comenzó a edificar y en el que han puesto su corazón todos los mejicanos?

La primera paga fué nuestra fe. María nos trajo la fe cristiana, y nos trajo una fe robusta, arraigada... ¡Quizá no nos hemos dado exacta cuenta de este don de la Virgen! Pensemos que hace más de un siglo que se está combatiendo nuestra fe; que hace más de un siglo que la serpiente infernal pone asechanzas al calcañar de la

mujer; que hace más de un siglo que se nos quiere arrebatar el tesoro de nuestra fe.

¿Qué se ha conseguido? ¿No vemos cómo constantemente hay explosiones de fe en nuestra Nación mejicana? ¿No lo estamos viendo en estos días? Bastó que se concluyera este templo, y que el Soberano Pontífice, en un acto de generosa munificencia para sus hijos los mejicanos, concediera el Jubileo del Año Santo Guadalupano, para que toda la República se conmoviera, para que todos vinieran aquí, para que en estas bóvedas resonaran cánticos de alabanza y de amor, para que verdaderamente nos sintiéramos hijos de la Virgen y experimentáramos la dicha de ser suyos.

Todas las asechanzas de nuestros enemigos no han logrado arrancar nuestra fe, la fe que está arraigada en los corazones y que aún muchos de los que parecen haberla perdido, la llevan escondida; no tienen el valor de exponerla en público, pero la esconden en el fondo de su corazón. Porque la fe de Méjico tiene eso de particular parece indestructible, la han hecho más arraigada y más profunda los esfuerzos del demonio para arrancarla. Y es una fe sencilla, robusta, expansiva... Pienso, y no temo que mi patriotismo me engañe, que esta fe tiene algo de peculiar, que no en todas las naciones se manifiesta como aquí si se quiere será un poco desordenada, un poco tumultuosa nuestra piedad, pero es sincera, ardiente, entusiasta.

María nos ha hecho un don magnífico el don de nuestra fe. Y una fe que tiene en Méjico

caracteres especiales. ¡Fué la primera paga que María nos dió! ¡El don de nuestra fe!

Y no se conformó con eso: a la manera que este templo se está construyendo siempre, María está pagando siempre a sus hijos que satisfacen su deseo.

*
* *

La segunda recompensa es el dolor, es la persecución. Porque también la persecución y el dolor son una recompensa. Ante el criterio estrecho del pobre espíritu humano pensamos que el sufrimiento es una pena, es el abandono de la Virgen. ¡Cuántos pusilánimes habrán dicho: ¿cómo es que María nos ama y parece abandonarnos? ¿Cómo es que Ella se ha de mostrar Madre tierna y cariñosa, y nosotros tenemos que derramar lágrimas amargas?

¡Los caminos de Dios, son muy distintos de nuestros caminos! ¡Sus pensamientos no son nuestros pensamientos!

En el Sermón de la Montaña, cuando Jesucristo promulgó el código de la felicidad, dijo esta palabra, verdadera y profunda: "Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos". ¿Sufrimos persecución? No es una desgracia. Es una felicidad, es una bienaventuranza, es una dicha.

Que otros pueblos se gloríen de su libertad, se gloríen de su paz. Nosotros tenemos algo mejor de que gloriarnos: ¡Nos gloriamos de nuestros

dolores! ¡Nos gloriamos de haber sido dignos de participar de la Octava Bienaventuranza! Y este es un don de María. No todos lo comprenderán, porque este es un don exquisito; pero cuanto menos comprensible es para el vulgo, tanto más fino, tanto más rico y celestial es este don de María.

¡Oh, sí! ¡Ella ha cumplido su promesa! Nos está pagando con munificencia divina todo lo que hemos hecho por cumplir su deseo.

*
* *

Pero estas dos recompensas de la fe y del dolor, nos hacen esperar la última, la definitiva, aquélla por la cual suspiran nuestros corazones: ¡La recompensa de la paz! ¡Ah! ¡vendrá...! ¡vendrá...! Nosotros podemos decir que la hemos comprado con nuestras lágrimas amargas, que la hemos merecido con nuestros esfuerzos generosos por decorar este templo.

Cuando los Judíos edificaron el segundo templo, después de haber sido destruído el edificio de Salomón; cuando se quejaban de que el segundo templo no tendría la grandiosidad, la magnificencia del primero, un Profeta les dijo: "No os desalentéis. Este templo será inferior al de Salomón, pero en este templo resonará la voz del Mesías. Aquí vendrá el deseado de las Naciones". Yo digo que este nuevo templo, que no es inferior a los pasados, sino que es más hermoso, más espléndido, yo digo que este templo será el

testigo mudo de la paz perpetua de nuestra Nación mejicana.

Lo espero de la Santísima Virgen. ¿Por qué? ¿No nos ha prometido Ella que nos pagará todo lo que hagamos? ¿No hemos hecho generosos esfuerzos para decorar este templo? ¿Qué recompensa nos dará? ¿La de la fe? Hace cuatro siglos nos la dió. ¿La del dolor? La hemos recibido en proporción inmensa. ¡Esperamos la recompensa de la paz!, la dulce paz que nos permita cantar tranquilamente las alabanzas de Dios y de la Virgen Santísima; la paz que nos permita gozar como a los Israelitas, bajo la vid, bajo la higuera, de los frutos de la tierra prometida.

Abramos nuestras almas a la esperanza. María es munificente, María recompensa y recompensará nuestros esfuerzos dándonos la paz por la que suspiran nuestras almas, la tranquilidad dulce que nos permitirá servir a Dios con alegría y con entusiasmo. Pidámosle a la Virgen que esa sea nuestra recompensa.

Es penoso pedir una recompensa por el don que presentamos. Pero con la Madre no hay pena. Con la Madre obramos con toda confianza.

*
* *

¡Señora! ¡Reina y Madre nuestra! ¡Virgen Santísima de Guadalupe! Hace cuatro siglos nos prometiste en este lugar que pagarías lo que hiciéramos por cumplir tu deseo, el deseo recóndito de tu alma, que te edificáramos un templo.

¡Señora, hemos satisfecho tu deseo! Aquí tienes el templo, el más espléndido de todos los que has tenido y edificado en una época penosísima, con todo el amor de nuestra alma.

¡Señora! Tú nos ofreciste recompensa, y a través de la historia podemos comprobar que siempre has recompensado a tus hijos los mejicanos: nos diste la fe, una fe sencilla, robusta, indestructible, ardiente. En la época actual, nos diste como recompensa el dolor, la persecución, que es para los cristianos una bienaventuranza.

Y ahora que esta Obra grandiosa se ha consumado, ¿qué recompensa nos vas a dar, oh dulce Madre?

Nosotros te pedimos que sea la paz que anhelamos, que nos permitirá alabarte con tranquilidad y servir a Dios con alegría. ¿Verdad que nos vas a dar esa recompensa? Así te lo pedimos, Señora, deseando conmover tu corazón de Madre. Si Tú lo quieres, lo querrá también Jesús. ¡Ruega! ¡Pide! ¡Apremia! Di a Jesucristo, Señor Nuestro, que venga a reinar entre nosotros y que nos traiga la paz, la paz de Cristo que es el preludio de la paz eterna. . .

— VI —

LLAMA la atención que todas las palabras que la Virgen María dirigió a Juan Diego en sus prodigiosas apariciones tienen como centro y como fin el que aquí se le edificara este templo.

Desde que la Virgen habló a Juan Diego le manifestó este deseo y si la celestial Señora se le apareció varias veces, fué precisamente porque así lo exigía la construcción del templo. Las rosas del milagro que florecieron en esta colina bendita, tuvieron por fin ser las señales que el indio le llevara al Obispo para que se le edificara su Santuario; y hasta la imagen prodigiosa, ésa que constituye nuestra dicha, que constituye nuestra gloria, parece que la Virgen nos la dejó íntimamente ligada con este templo: es la perla que tiene que engastarse en este joyel.

Expliqué en los artículos anteriores, por qué María le da tan grande importancia a la construcción de este templo en el Tepeyac. Aun tratándose del templo material, la Virgen Santísima tenía profundas razones para que se le edificara: quería un templo, porque quería vivir siempre

con nosotros; quería un templo, porque nos ama, y el amor necesita un rincón en donde vivir y desarrollarse; quería un templo para manifestarse en él como Madre tierna, clemente, piadosa; para derramar a raudales sus dones divinos, para enjugar nuestras lágrimas, para escuchar nuestros ruegos.

Pero sobre todo, como ya lo expliqué, este santuario es una figura, un símbolo. En el pensamiento de la Virgen, en los designios amorosos de su corazón, este templo significa el otro, el espiritual, el grandioso, el formado de almas que deben llenar el vasto espacio de nuestro suelo, que debe constituir la paz, la dicha y la felicidad del Pueblo mejicano. A eso vino María Santísima: a pedirnos un templo material y un templo espiritual. Me ha parecido oportuno hacer esta observación, para seguir explicando las palabras de la Virgen a Juan Diego.

*
* *

Juan Diego vió a Fray Juan de Zumárraga. El Obispo, prudente, no quiso acceder desde luego a la extraña petición del indio. ¿Sería una ilusión de gente sencilla? ¿Verdaderamente había podido ver el indio esa maravillosa aparición? El Obispo aplaza la resolución del negocio y Juan Diego vuelve tristemente por estos lugares, y encuentra de nuevo a la dulce Señora, a la Madre bendita, que le había hecho aquel encargo de tanta importancia. Y Juan Diego le advierte que

su petición no ha sido oída, que el Obispo tiene desconfianza y le sugiere que envíe a otra persona de mayor valer, de mayor cultura; que envíe a alguien que pueda llegar hasta el corazón del Obispo y le arranque la voluntad y disposición de que se le edifique el templo que la Virgen Sma. quiere.

María lo escucha apaciblemente, y cuando lo hubo escuchado, le dijo las siguientes palabras: "OYE, HIJO MIO MUY AMADO: SABETE QUE NO ME FALTAN SIRVIENTES NI CRIADOS A QUIENES MANDAR, PORQUE TENGO MUCHOS A QUIENES PUDIERA ENVIAR, Y QUE CUMPLIRIAN MARAVILLOSAMENTE LO QUE LES ORDENARE. MAS CONVIENE MUCHO QUE TU HAGAS ESTE NEGOCIO Y LO SOLICITES Y QUE POR INTERVENCION TUYA TENGA EFECTO MI DESEO Y VOLUNTAD. VE PUES, HIJO MIO, VUELVE A HABLAR CON EL OBISPO Y DILE QUE ME LABRE EL TEMPLO QUE LE PIDES, Y QUE LE PIDE LA VIRGEN SANTISIMA, LA MADRE DE DIOS VERDADERO".

En verdad, María Santísima hubiera podido valerse de innumerables medios para realizar el deseo de su corazón maternal. ¿No podía enviar a los ángeles que milagrosamente le levantaran un templo donde Ella fuera honrada? ¿No podía tocar el corazón de los conquistadores para que ellos tomaran la iniciativa del templo grandioso? ¿No podía llegar hasta el corazón de los Reyes de España, tan generosos con el Pueblo de Méjico, para que con el oro de la Madre Patria

se estableciera en este suelo el templo de la Virgen. ¡Ah, sí!, tiene María sirvientes a quienes mandar: hombres y ángeles; tiene en su mano la omnipotencia del ruego. Pero, notad estas palabras: "CONVIENE MUCHO QUE TU HAGAS ESTE NEGOCIO Y LO SOLICITES, Y POR INTERVENCION TUYA SE REALICE MI VOLUNTAD Y DESEO".

¿Por qué tiene María empeño en que el pobre indio sencillo fuera el mensajero de su amor, y por intervención suya se realizara la voluntad y deseo de la Virgen?

*
* *

Encuentro dos razones: ambas poderosas, dulcísimas, que llegan a lo íntimo del corazón. ¿Por qué quiso que Juan Diego realizara su deseo? Lo he repetido mucho: Juan Diego somos nosotros; Juan Diego no es sólo aquel pobre indio que tuvo la dicha de contemplar el rostro bellísimo de María y escuchar su voz celestial; Juan Diego es el Pueblo mejicano, es nuestra raza, somos nosotros; Juan Diego no ha muerto, ¡Juan Diego es inmortal! María quiso que el Pueblo mejicano le edificara un templo. No los Reyes de España, no los conquistadores gloriosos, no los ángeles del cielo; ¡no! ¡sino los mejicanos, sus hijos de este suelo, el eterno Juan Diego!

¿Por qué? Porque este templo es un don de amor. Este templo no lo hizo el dinero, no lo realizó el interés. Este templo es obra de amor,

es el homenaje del amor, y el amor exige que su don venga de las manos y del corazón de la persona amada. ¡Ah! cuando nosotros amamos, si la persona amada nos hiciera el don más rico del mundo, pero no por su mano, no por su voluntad, sino que otra persona extraña nos lo hiciera en su nombre, no satisfaría nuestro corazón. Pero, si quien nos ama nos da algo que saca de su corazón, aunque sea una flor que se marchite, aun cuando sea algo de valor insignificante, si lo saca de su corazón, si va impregnado del perfume del amor, ese don vale más que todas las riquezas del mundo. Quien quiera que haya amado, comprenderá lo que digo.

Pues bien, María Santísima quería este templo, pero que fuera un don de amor. Para templos suntuosos los tiene ya en el viejo mundo. Allí está, en una de las colinas de Roma, Santa María la Mayor, pedido por la Virgen de una manera prodigiosa y realizado con gran suntuosidad; y allí están los Santuarios de Loreto, de Lourdes, de Zaragoza, de la Saleta, de Turín, y muchos más que se han levantado a la Virgen en todas las partes del mundo. Pero el templo que Ella quería debía ser el don del amor. Quería que sus pobres indios, los mejicanos, le hicieran un templo para manifestar el amor de su corazón. Por eso Juan Diego, y solo él, tiene que realizar este negocio.

Por eso aun cuando la Virgen tenía servidores fieles, múltiples, obedientes, se valió del indio sencillo para que realizara su voluntad y su deseo. Porque su deseo, era un deseo de amor, y

el amor pide que la persona amada presente a la que ama el don de su amor.

Pienso, que esta razón vale para todos los siglos y para todas las generaciones. Como lo he repetido mucho, debemos poner nuestra mano y nuestro corazón en este santuario, porque a los mejicanos de todos los tiempos la Virgen les pide un templo.

Nosotros hemos cumplido nuestra tarea. En estos días precisamente hemos presentado a nuestra Madre el don de nuestro amor. Y este templo lo hizo Juan Diego: no lo hizo Fray Juan de Zumárraga, no lo hicieron los conquistadores ni los Reyes; lo hizo Juan Diego, el Pueblo mejicano. Con el óbolo de todos, con el cariño de todos, con los sacrificios de todos se ha levantado este templo. Los deseos de la Virgen están cumplidos, y este templo es un homenaje de amor. Más que belleza artística, ostenta, ante la faz del mundo, el amor sincero, el amor ardiente del Pueblo mejicano.

Pero hay otra razón más exquisita y más profunda...

*
* *

El misterio del Tepeyac viene a constituir el fondo de nuestra historia: las apariciones fueron fugaces, pero el misterio que esconde es permanente, inmortal. Durante todo el transcurso de nuestra historia, y lo mismo acontecerá en los si-

glos que van a venir, el fondo de nuestra vida, de la vida mejicana, es el misterio del Tepeyac: María y el indio; María y el Pueblo mejicano, pobre, miserable, ignorante, que no tiene otra cosa que su noble y sincero corazón; el Pueblo mejicano que extiende su tilma para que la Virgen deposite allí las rosas del milagro y para que sus manos benditas dejen estampada en la tilma mísera la Imagen prodigiosa, que es nuestra gloria. Tal es el fondo de nuestra vida, tal es el centro de nuestra historia y la clave de nuestro destino.

Y María Santísima quiso, desde aquella mañana radiosa en que por primera vez inundó estas regiones con la luz de su rostro; desde aquella mañana inolvidable en que su voz de cielo hizo estremecer esta tierra bendita; desde entonces quiso María señalarnos el sendero de nuestra felicidad; desde entonces quiso marcar con absoluta precisión el secreto de nuestro destino, la clave de nuestra gloria.

Pienso que lo que quiso la Virgen que fuera el instrumento para edificar este templo, es el mismo que Ella quiere para producir ese templo espiritual de que he hablado anteriormente. Explicaré mi pensamiento: María Santísima eligió a Juan Diego, para que por intervención suya se realizara el deseo de su corazón, porque Juan Diego era pobre, era pequeño, no tenía absolutamente nada de lo que significa poder y grandeza según el mezquino criterio humano. **Eligió un pobre indio, sencillo, ignorante, impotente, porque quiso de esa manera darnos a entender que nuestra pequeñez, amparada por su gran-**

deza, había de constituir eternamente nuestra dicha y nuestra gloria.

¿Quién podrá negar que el misterio del Tepeyac es lo más exquisito, lo más bello, lo más glorioso, lo más fecundo de nuestra historia? ¿Y cómo se produjo? Un indio y María. Una tilma y flores prodigiosas. ¡Eso es todo! Para realizar este prodigio, intervino **la pobreza amparada por la ternura maternal, la pequeñez protegida por la omnipotencia del amor**. . .

¡Ah! No me canso de repetirlo: María y Juan Diego son los dos factores de nuestra dicha, los dos apoyos de nuestra esperanza. ¡Bendita sea la Virgen que, para realizar el prodigio del Tepeyac, no se valió ni de los conquistadores, ni de los sabios, ni siquiera de los nobles y santos misioneros. Buscó un indio para significar que la dicha de Méjico, la esperanza de Méjico debe fincarse sobre estas dos cosas: **¡sobre la pequeñez del Pueblo mejicano y sobre la ternura incomparable de la Virgen!**

En todas las épocas de nuestra historia, estos factores cumplieron nuestros deseos y realizaron nuestra esperanza.

Decía en otro lugar que María Santísima quería que se estableciera en toda la República un templo espiritual formado de almas, no limitado a un estrecho recinto, como este templo, sino que abarcara nuestro vasto suelo, en donde todos los mejicanos tengan un solo corazón, una sola alma, una sola esperanza; que tuviera por centro el Altar donde se irguiera gloriosa la Vir-

gen, como se yergue la Imagen prodigiosa en este Santuario.

¿No son esas también nuestras esperanzas, en medio de las vicisitudes de nuestra historia, de las amarguras de nuestro corazón, de las lágrimas de nuestros ojos? ¿No todos los mejicanos suspiramos por esa unión bendita, que haga de nosotros un solo corazón, una sola alma; por ese reino de Jesucristo que no ha de ser otra cosa que ese templo formado de almas, de corazones, que esperen, que amen y que rindan amor y homenaje de ternura a la Virgen Santísima?

¡Ese templo se está edificando, ese templo se consumará al fin! ¡Ah! Nosotros celebramos la conclusión del templo material. Mañana, nosotros o las generaciones que nos sigan celebrarán, en el regocijo y en la paz, el establecimiento del otro, del espiritual, del grandioso, del inmenso.

Pero para edificar este templo se necesita Juan Diego. Juan Diego y solo él puede transformar a nuestra Nación en un templo inmenso, consagrado a la Virgen Santísima. Quiero decir que no han de ser ni los poderosos, ni los sabios, ni los conquistadores, ni los ricos los que vengan a realizar el prodigio de que Méjico sea un templo de la Virgen, sino el Pueblo, el eterno Juan Diego. Nosotros somos los que tenemos que edificar este templo. La Virgen le dijo a Juan Diego, y en él nos dice a nosotros: "MUCHO CONVIENE QUE TU HAGAS ESTE NEGOCIO, Y QUE POR INTERVENCION TUYA SE REALICE MI DESEO Y VOLUNTAD".

Muchas veces pensamos en el porvenir de nuestra Patria. Suspiramos por una patria dichosa, tranquila, pacífica, y en el ardor de nuestro deseo, inventamos medios ingeniosos y proyectos fantásticos para realizar los anhelos de nuestro corazón mejicano. ¿Cómo se realizará la salvación de Méjico? ¿Cómo gozaremos un día de dicha y de paz? ¿Cómo se convertirá nuestra patria en un vasto templo a la Virgen Santísima de Guadalupe?

No hay más que dos factores para nuestra dicha y para nuestra gloria: ¡Santa María de Guadalupe y Juan Diego! Juan Diego es el Pueblo mejicano, pobre, inconstante, ignaro, impotente; es nuestro Pueblo con todas sus prendas nobilísimas, pero también con su deficiencia indiscutible. ¡Este pueblo que no tiene más que una pobre tilma, es el que ha de realizar el prodigio bajo el amparo de la Santísima Virgen de Guadalupe!

Un día... ¿Sabemos acaso si ha llegado ya ese día? Un día, en la tilma del indio, en el Pueblo mejicano, María depositará las rosas del milagro. Su mano amorosa, su mano virginal, su mano de Madre, tocará nuestra grosera tilma, y la tilma se transformará en una Imagen gloriosa, y será una obra de arte, fuente de felicidad y de paz; y cuando el indio despliegue su tilma, rodarán las flores milagrosas y aparecerá bellísima, encantadora, esplendente, la imagen de María que constituye nuestra dicha y nuestra gloria.

*
* *

¿Comprendemos por qué quiso la Virgen que Juan Diego, y no otro, realizara su voluntad y su deseo? Pues si lo hemos comprendido, manos a la obra. Nosotros somos Juan Diego. Allí está María. ¿Qué se necesita ahora? Que nosotros nos llenemos del espíritu cristiano; que seamos como Juan Diego, pobres, sencillos, humildes. ¿Qué se necesita? Que Juan Diego deje de poner sus esperanzas en las espadas de los conquistadores, que Juan Diego sepa que para salvar a Méjico se necesita su miseria y la ternura de la Virgen.

Es preciso que pongamos nuestra pequeñez a la disposición de María; que le abramos nuestra tilma para que coloque en ella las rosas del milagro. ¡Hagámoslo en estos días de júbilo!

¡Juan Diego, despliega tu tilma ante la dulce Virgen!

*
* *

¡Señora! ¡Dulce Madre de Guadalupe, a tus pies está Juan Diego, el Juan Diego eterno, el hijo amado de tu corazón, a quien amas como a pequeñito y delicado!

¡Señora, te ofrecemos nuestra pequeñez, nuestra miseria...! ¡Mira, no tenemos otra cosa que un corazón sincero, que una tilma grosera, pero, háblanos, míranos, tócanos y deja caer sobre nuestra pequeñez las rosas de tu ternura; que tu mano virginal, que tu mano bendita toque nuestra tilma y se transformará en tesoros de dicha!

¡Señora, ya es tiempo! ¡Aquí está Juan Diego! ¡Allí estás Tú! ¡Caigan sobre nosotros las rosas divinas, tócalas con tu mano bendita, y sentiremos que Méjico se yergue feliz con tu ternura maternal, enriquecido con el tesoro de tus dones! ¡Que los cánticos que resuenen con motivo de este templo que te dedicamos, se confundan con el cántico nuevo del amor, de la esperanza, de la acción de gracias, porque está para concluirse el templo espiritual, en el que Cristo reine y Tú seas la Madre tiernamente amada!

— VII —

DE todas las palabras que María nos dirigió en sus prodigiosas apariciones, las que ahora voy a explicar son quizá las más dulces, las más consoladoras. Son palabras que brotan del corazón de una Madre tiernísima y van encaminadas a producir en nuestras almas, descanso y confianza. Las dijo María en la cuarta aparición. Recordemos la historia inolvidable.

Juan Diego vuelve a hablar al Obispo. Fray Juan de Zumárraga le pide señales. La Sma. Virgen le ofrece al indio que al día siguiente le dará las señales pedidas; pero Juan Diego no acude a la cita de María. La enfermedad de su tío se lo impide, y al día siguiente, el 12 de diciembre de 1531, Juan Diego se dirige al Convento de Santiago Tlaltelolco, para llevar a su tío un confesor.

En su sencillez, Juan Diego toma otra vereda para no encontrarse con la Virgen; pero Ella le sale al encuentro y le dice: "¿A DONDE VAS, HIJO MIO, Y QUE CAMINO LLEVAS?" —El indio le explicó por qué había torcido el camino: tenía que cumplir con un deber imperioso, ur-

gentísimo. Y entonces la Virgen Santísima le dice estas palabras: "OYE, HIJO MIO, LO QUE VOY A DECIRTE: NO TE MOLESTE NI AFLIJA COSA ALGUNA. NO TEMAS ENFERMEDAD NI DOLOR. ¿NO ESTOY YO AQUI QUE SOY TU MADRE? ¿NO ESTAS DEBAJO DE MI SOMBRA Y AMPARO? ¿NO SOY YO VIDA Y SALUD? ¿NO ESTAS EN MI REGAZO Y CORRES POR MI CUENTA? ¿TIENES NECESIDAD DE OTRA COSA? NO TE AFLIJAS POR LA ENFERMEDAD DE TU TIO, QUE NO MORIRA DE ESTE ACHAQUE, Y TEN POR CIERTO QUE ESTA SANADO".

¿De qué manera más suave y más insistente al mismo tiempo podía decir la Virgen a Juan Diego que descansara en Ella, que arrojara de su corazón toda aflicción y temor? Fijémonos en cada palabra, porque cada palabra tiene un abismo de ternura: "¿NO ESTAS DEBAJO DE MI SOMBRA Y AMPARO? ¿NO SOY YO VIDA Y SALUD? ¿NO ESTAS EN MI REGAZO Y CORRES POR MI CUENTA? ¿TIENES NECESIDAD DE OTRA COSA?"

Pero he repetido muchas veces que las palabras que María pronunció en esta Colina bendita del Tepeyac no fueron únicamente para aquel indio dichoso. Fueron para nosotros, fueron para nuestro pueblo, para nuestra raza. Y al hacer a nosotros la aplicación de estas palabras dulcísimas y consoladoras que María dijo a Juan Diego en su cuarta aparición, no vayamos a pensar que es un recurso de oratoria o una acomodación for-

zada de que echo mano para tocar el corazón de mis lectores. Antes bien, démonos cuenta de que lo que voy a decir es una realidad profunda.

Esas palabras las debemos grabar en nuestro corazón y saborear en lo íntimo de nuestra alma. La Virgen las dijo por todos nosotros, por el Pueblo mejicano. Sabía María que tendríamos que sufrir, conoció por la luz de la gloria todas las vicisitudes de nuestra vida nacional; conoció todas nuestras amarguras, todas nuestras lágrimas, todos nuestros temores y desgracias, y en lo íntimo de su corazón maternal se ha de haber compadecido de nuestras quejas. Sabía que había de suceder lo que en realidad ha sucedido. ¡Cuántas veces, como Juan Diego, hemos torcido camino y nos hemos alejado de la Virgen por preocuparnos de este mundo! María Santísima nos dió una tarea; expuso el deseo íntimo de su corazón: Ella quiere que su Pueblo mejicano le edifique un templo material, y sobre todo, un templo espiritual formado con las almas de todos. Nosotros no debíamos pensar sino que esta es la misión de nuestra patria, la clave de nuestro destino, el sendero de nuestra dicha y de nuestra paz. Y María Santísima quisiera que a esto nos dedicáramos únicamente, como quería que Juan Diego se dedicara a solicitar del Obispo que se le labrara el templo en este sitio.

Pero a la manera que el indio, preocupado por la enfermedad de su tío, hizo a un lado la empresa de María, dejó de llevar al Obispo su mensaje y torció camino para no encontrarse con la Virgen; así nos acontece a nosotros. ¡Cuántas

veces nos descuidamos de nuestra misión y torcemos camino preocupados por nuestras penas, por nuestros temores y desgracias! Si pudiera traducirse en palabras nuestra actitud en este punto, podría expresarse así: "Señora, ¿cómo vamos a edificar el templo espiritual, cómo vamos a hacer para que todos los corazones mejicanos se unan y formen un templo para tu gloria y honor, si estamos llenos de sufrimientos? ¿No ves que brillan en nuestros ojos las lágrimas? ¿No sientes que desgarran las penas nuestro corazón? ¿No ves que se nos ataca? ¿No ves que se nos persigue? Señora, espera, espera para que cumplamos tus deseos. Deja que pase esta aflicción, que se disipen estas penas, deja que se acaben para nosotros estos temores..."

Y María que conoció perfectamente lo que nos iba a acontecer, nos dice, a nosotros, al Pueblo mejicano: "No te moleste ni te aflija cosa alguna. Depón esos temores pueriles. No llores por tus vicisitudes, por tus penas, Pueblo mejicano. No te moleste ni dolor ni enfermedad, porque..." ¡Ah! Oigámoslas, oigámoslas en lo íntimo de nuestras almas, recojamos amorosamente las dulces palabras que brotaron de los labios de María, y que son dichas para nosotros: "¿NO ESTOY YO AQUI, QUE SOY TU MADRE?" ¡Aquí está, desde hace cuatro siglos! ¡Aquí está! y en el transcurso de los siglos estará también, porque Ella no es inconstante, no abandona, es fiel; sus dones son sin arrepentimiento. Ella está de una manera invisible pero real. Este pueblo es el pueblo de la Virgen Santísima. Y

si queremos una señal sensible y exterior de que está con nosotros, levantemos los ojos y contemplemos la dulce Imagen...

Esa Imagen es el monumento levantado por la Virgen para decirnos que estará perpetuamente con nosotros, que es siempre nuestra Madre clemente y amorosa, y así como siempre ha estado aquí la Imagen, así la Virgen siempre nos ha amparado, siempre ha estado con su predilecto Pueblo mejicano.

Por eso, de lo íntimo de su corazón, brota esta palabra: "¿NO ESTOY YO AQUI QUE SOY TU MADRE?". Y si Ella está con nosotros, ¿qué nos puede faltar? ¡Ah! que se levanten contra nosotros todas las potestades del infierno; que Satanás acreciente su rabia y sus asechanzas y que arroje sobre nosotros todos los proyectiles de su furor. ¿Qué importa?... "¿NO ESTOY YO AQUI QUE SOY TU MADRE...?"

Y para que tengamos esa confianza profunda, indestructible, plena, María de Guadalupe se digna exponernos los motivos en que debe basarse nuestra confianza.

El primero es que Ella es nuestra Madre. ¡Ah! cuando éramos pequeños no temíamos los peligros cuando estaba cerca de nosotros nuestra dulce madre; a ella acudíamos siempre, y de tal manera se grabó en nuestro corazón la confianza en nuestra madre, que todavía ya en plena madurez, ¡cuántas veces en medio de los dolores, en medio de las alegrías, repetimos este nombre santo: ¡Madre!, como si tuviera virtud especial para

salvarnos, como si significara para nosotros la base más poderosa y firme de la confianza!

Pues bien, María es nuestra Madre, más perfectamente que la madre de la tierra. La madre de la tierra nos dió esta vida fugaz. La Madre del cielo nos ha dado una vida que es la Vida eterna.

Cuando pensamos que María es nuestra Madre, juzgamos como si sólo fuera madre por adopción, a la manera como la adopción se acostumbra en este mundo, como si fuera madre en un sentido impropio, abstracto, vago. ¡Ah, no! ¡Verdaderamente es nuestra Madre! Es nuestra Madre, porque nos ha dado la vida, porque nos ama más, mucho más, que nuestra madre de la tierra.

Y a la manera que un niño se siente tranquilo y no teme nada cuando está cerca de su madre, porque piensa que nada hay mejor para protegerlo que la ternura maternal; así nosotros, nada, absolutamente nada debemos temer, mientras se yerga en esta colina la Imagen bendita de María, mientras Ella viva invisible, pero real y amorosa, en medio de su Pueblo mejicano.

*
* *

Y como si no bastara el habernos dicho: "¿NO ESTOY YO AQUI QUE SOY TU MADRE?" añade: ¿NO ESTAS DEBAJO DE MI SOMBRA Y AMPARO...?" Muchas veces tenemos madre; pero puede estar lejos, y sólo desde lejos

amarnos, e imposibilitada para protegernos en el instante presente. ¡Cuántos pobres niños están alejados de su madre, y en ella piensan, y por ella suspiran, y sienten la seguridad del amor maternal; pero ¡ay! aquellas madres que los acariciaban están lejos, aquel corazón que late por ellos no está a su lado!

No así María, y por eso nos dice: "Yo soy tu Madre y estás bajo mi amparo y protección, bajo mi sombra y cuidado; estás cerca de mí y yo cerca de ti: Madre cariñosa y Madre presente. No estoy lejos, no estoy en la región de los cielos, no estoy en regiones misteriosas. Yo estoy aquí cerca de ti, te amparo, te protejo, te cubro con mi manto y con mi sombra..."

Muchas veces por grande que sea la ternura de nuestra madre, hay trances en los cuales no puede protegernos. ¡Cuántas veces una madre mira con terror a su hijo enfermo, y mira que su hijo agoniza y que se muere...! ¡y su calor maternal, y la ternura de su corazón, son impotentes para arrebatarle su presa a la enfermedad o a la muerte!

¿Sucederá esto con la Virgen? Está aquí Ella que es nuestra Madre, estamos bajo su protección y amparo; pero, a las veces ¿será la Virgen impotente para salvarnos? ¡No! ¡No y mil veces no! "SI YO SOY VIDA Y SALUD..." Ella es la vida que triunfa de la muerte; es la salud que triunfa de la enfermedad y del dolor. ¡Ah! una Madre que es vida y salud, que está siempre cerca de nosotros, que nos ampara con su sombra y protección, ¡es para disipar toda duda y

todo temor, y para llenar nuestro corazón de santa y divina confianza!

*
* *

Pero todavía añade más la Virgen, nos dice estas palabras dulcísimas que apenas podemos pronunciar sin que broten las lágrimas de nuestros ojos: "¿NO ESTAS EN MI REGAZO Y CORRES POR MI CUENTA...?" Saboreémoslas en lo íntimo de nuestro corazón: ¡estamos en el regazo de la Virgen María! No sólo es nuestra Madre; no sólo somos sus hijos; sino que, lo dijo desde la primera aparición: **"somos hijos pequeñitos y delicados"**, y al hijo pequeño y delicado se le tiene en el regazo...

¡Estamos en el regazo de María! ¿Qué podemos temer? Cuando un niño está en el regazo de su madre, duerme tranquilo. Nosotros, el Pueblo mejicano, estamos siempre en el regazo de la Virgen. ¡Ah! Vuelvo a repetirlo: No es recurso de oratoria, no es una aplicación ficticia: ¡es la realidad! Esas palabras nos las dijo a nosotros la Virgen; hace cuatro siglos que vivimos en el regazo de la dulce Madre y allí estaremos siempre, hasta la consumación de los tiempos.

*
* *

Pero todavía añade más: "CORRES POR MI CUENTA..." ¿Lo hemos oído? Nosotros corre-

mos por la cuenta de la dulce Virgen, a la manera que una madre le dice a su hijo pequeño: "Tú corres por mi cuenta". Al hijo mayor no se lo dice, porque el hijo mayor no corre totalmente por cuenta de su madre. Pero el hijo pequeño, el enfermo, el delicado, corre totalmente por cuenta de la madre; la madre le da todo su amor, la madre lo viste, lo acaricia, lo besa, y el hijo corre totalmente por cuenta de su madre. Así corremos por cuenta de la Virgen: Ella sabe por qué caminos hemos de llegar a nuestra dicha y va disponiendo maravillosamente todo lo que atañe a su Nación querida.

Pero, se me objetará, —la pobre miseria humana siempre tiene algo que objetar, porque es miope y desconfiada; no acierta a comprender, pero sí acierta a dudar—, si vivimos en el regazo de María, ¿por qué tántas amarguras, tántas vicisitudes en nuestra historia, tántas asechanzas de nuestros enemigos?

Quien así razona no tiene el profundo sentido de las cosas cristianas, de las cosas divinas.

Una sola cosa diré: ¿Jesucristo Nuestro Señor no fué singularmente amado, infinitamente amado por el Padre Celestial? ¿No dijo dos veces este Padre tierno, una sobre las aguas del Jordán y otra sobre el Monte Tabor, "ESTE ES MI HIJO MUY AMADO EN QUIEN YO TENGO PUESTAS TODAS MIS COMPLACENCIAS?" Pues bien ese Hijo amadísimo del Padre Celestial ¿no recordamos que tuvo vicisitudes, amarguras y dolores sin cuento? ¿No recordamos que tuvo constantemente enemigos que desde niño lo

persiguieron con saña diabólica? ¿Que los tres años de su vida pública estuvo siempre rodeado de corazones hostiles que le ponían constantes asechanzas? ¿ No sabemos que fué entregado en manos de sus enemigos, que lo azotaron, lo coronaron de espinas y lo enclavaron en la cruz?

Podríamos entonces decir al Padre Celestial: "¿Cómo dices que es el Hijo de tus complacencias, si lo han azotado, si lo han coronado de espinas, si lo han enclavado en la Cruz. . .?"

¡Es que los azotes, las espinas y la cruz eran verdaderas riquezas espirituales para Jesucristo Nuestro Señor! ¡Su gloria, su dicha, está cifrada en la Cruz! ¡Si Jesucristo no hubiera sido crucificado, no hubiera sido tan grande y tan glorioso! ¡No hubiera conquistado como ha conquistado todos los corazones, todas las almas!

Porque El dijo: "Cuando yo fuere levantado sobre la tierra, atraeré todo hacia Mí". Y desde lo alto de su Cruz se nimbó de gloria, y atrajo hacia El todos los corazones.

Desde entonces, la cruz y el dolor son las señales de la predestinación y la prenda de la predilección divina. A todos los que Dios ama les manda sufrimientos y cruces.

Y María ama a la manera divina; Ella también a los que ama les manda sacrificios y persecuciones. ¡La cruz que ha llevado sobre sus espaldas la Nación mejicana, la cruz de su martirio, es la raíz de su grandeza y el timbre de su gloria!

Eso, en lugar de ser objeción contra el amparo de la Virgen, es un nuevo argumento que nos hace comprender que nos ama, que nos protege,

que nos da la cruz para hacernos semejantes a Jesucristo, que nos da el dolor para engrandecernos. Pero allí, en su regazo, todos los dolores y todas las persecuciones se estrellan, con la fe inquebrantable, con la piedad sincera, cristiana e indestructible del Pueblo mejicano.

Por eso debemos confiar plenamente, amorosamente, en la Santísima Virgen de Guadalupe, ¡Ah!; que ninguna pena nos aflija, que ningún dolor nos inquiete, que ninguna persecución nos haga temblar! Aquí está María que es nuestra Madre; Ella es vida y salud, vivimos bajo su amparo, estamos en su regazo y corremos por su cuenta.

¿No es verdad que uno de los deberes más grandes que tenemos los católicos mejicanos es el deber de la confianza? Nosotros tenemos todos los derechos: el derecho de sufrir, el derecho de llorar, ¡pero no tenemos el derecho de desconfiar! El mejicano no puede desconfiar jamás, porque su desconfianza es una injuria para su Reina y Señora, la Virgen de Guadalupe. Nosotros no podemos desconfiar, porque no desconfía el hijo cuando vive en el regazo de su madre, y cuando su Madre es la siempre Virgen María, la Madre del Dios verdadero.

Confiemos pues sin temor alguno; no nos dejemos engañar por las apariencias, por las cosas superficiales; no seamos asustadizos. Cuando vengan las penas, cuando nos hieran los dolores, cuando se abatan sobre nosotros las persecuciones, levantemos nuestros ojos y nuestro corazón a este lugar. Que nuestros ojos contemplen la

Imagen bendita; que nuestro corazón se una a esta Madre tiernísima, y sabiendo que tenemos una Madre que nos ama y ampara, y sabiendo que vivimos en su regazo y corremos por su cuenta, ¡ah!... ¡no temblemos! Aun cuando todas las potestades se levanten contra nosotros, ¡no temblemos! Por encima de todas las fuerzas de la tierra, por encima de las potestades del infierno, está María, la Mujer triunfadora, la que hoyó con su planta la serpiente infernal; que todos los males que el demonio puede poner contra nosotros no son otra cosa que las asechanzas que la serpiente está constantemente poniendo al calcañar de la mujer. Pero Ella quebranta, en todos los siglos y en todos los lugares, la cabeza de la serpiente.

¡Confiemos! Que nuestros corazones se dilaten, que la esperanza nos llene de entusiasmo, puesto que allí está nuestra Madre, puesto que estamos bajo su sombra y protección y vivimos en su regazo. ¡Alegrémonos y regocijémonos! ¡Vivamos en la paz y en la confianza!

*
* *

¡Oh Señora! ¡Oh Madre! ¡Oh dulce Virgen de Guadalupe! ¿he exagerado ante tus hijos el alcance de aquellas palabras celestiales que nos dijiste hace cuatro siglos? ¿Verdad, Señora, que son para nosotros los mejicanos del siglo XX, para los que hemos decorado este templo, para los que estamos a tus plantas para decirte que

te amamos? ¿Verdad que no nos debemos afligir por las vicisitudes de nuestra vida nacional? ¿Verdad, Señora, que Tú sigues siendo nuestra Madre, y que estás aquí, en tu Tepeyac, aquí en tu Méjico, cerca de tu pueblo predilecto? ¿Verdad, Madre mía, que estamos bajo tu sombra y amparo? ¿Verdad que vivimos en tu regazo y corremos por tu cuenta?

¡Oh Señora! Deja que nuestro corazón se dilate, y si mi torpe palabra no ha logrado infundir la confianza en los corazones de tus hijos, tócalos con tu mano divina. Haz resonar tus palabras de consuelo y de esperanza, para que todos confiemos en Ti. Déjanos sentir la dicha de tener una Madre como Tú, Virgen Santísima de Guadalupe, de vivir en tu regazo, de correr por tu cuenta. ¡Que así vivamos en la tierra, hasta que llegue el día en que no sólo vivamos en tu regazo, sino que vivamos en el seno inmenso y amoroso de Dios!

— VIII —

EN estos artículos hemos venido considerando y, si puede decirse así, saboreando las palabras que la Virgen Santísima dijo a Juan Diego, y por consiguiente, al Pueblo mejicano.

Palabras dulcísimas, henchidas de amor; palabras de luz, de ternura, de consuelo y de esperanza. Verdaderas perlas que debemos guardar con exquisita ternura en el fondo de nuestro corazón.

Y ahora, para terminar, vamos a considerar las últimas palabras que María Santísima dijo a Juan Diego.

A primera vista, parece que estas palabras son simplemente de circunstancias. Se refieren a lo que debe hacer Juan Diego para llevarle al Obispo las señales pedidas; pero pienso que en esas últimas palabras de la Virgen se encierra un profundo, un divino misterio de amor.

Las recordamos sin duda: "SUBE", le dijo la Virgen a Juan Diego, "SUBE, HIJO MIO, A LA CUMBRE DEL CERRO EN QUE ME HAS VISTO Y HABLADO, CORTA LAS ROSAS QUE

ENCONTRARAS ALLI Y RECOGELAS EN EL REGAZO DE TU CAPA. TRAELAS A MI PRESENCIA Y TE DIRE LO QUE DEBES HACER Y DECIR". Juan Diego ejecuta la orden de María: sube al cerro; encuentra en la cumbre de él rosas fragantes; corta cuantas puede y las pone en el regazo de su capa, como se lo había ordenado María, y vuelve a la presencia de la dulce Señora. María comprueba que allí están las rosas, y le dice: "ESTA ES LA SEÑAL QUE LLEVARAS AL OBISPO, Y LE DIRAS QUE POR SEÑAS DE ESTAS ROSAS EJECUTE LO QUE LE ORDENO, Y MUCHO TE ENCARGO, HIJO MIO, QUE HAGAS TODO LO QUE TE DIGO, Y TE DES CUENTA DE QUE HAGO CONFIANZA DE TI, Y A NADIE ENSEÑES POR EL CAMINO LO QUE TIENES EN TU CAPA, NI LA DESPLIEGUES SINO EN PRESENCIA DEL OBISPO, PORQUE ESTO SERVIRA PARA QUE SIENTA ANIMO PARA CUMPLIR MI DESEO Y EDIFICAR MI TEMPLO".

¿Verdad, que a primera vista estas palabras sencillas parecen de circunstancias? Pero vuelvo a repetirlo, encuentro en ellas un misterio de amor.

He explicado que las palabras de María de Guadalupe unas son de luz, otras de promesa, otras de petición. Y pienso que con estas palabras que acabamos de citar María nos hace su don magnífico, el don de su Imagen, el don de esa Imagen que es nuestra dicha, que es nuestra gloria.

*
* *

Mas quiero haceros notar: primero, que María no le dice a Juan Diego lo que va a pasar: es una sorpresa. María quiere darnos una sorpresa de amor. Aparentemente las señales son las rosas. En realidad, la gran señal, la divina señal, ¡allí la tenemos! ¡Es la imagen prodigiosa, el tesoro de nuestro Méjico!

Pero María quiere dar la sorpresa, a la manera que una madre cariñosa oculta algunas veces las cosas a su hijo; no porque le deje de tener confianza, sino porque quiere darle una sorpresa de amor. Así María quiso darnos una sorpresa de amor.

Notemos, en segundo lugar, el empeño exquisito que María pone en arreglar todos los pormenores de este negocio: le da a Juan Diego instrucciones precisas; le habla, le vuelve a hablar, lo espera; se da cuenta de que ha cumplido su propósito. ¿No vemos en esto señales inequívocas del amor, del interés que tiene María al regalarnos su precioso retrato?

¡Ah! Cuando hemos puesto en una cosa nuestro corazón y nuestro deseo, con qué solicitud cuidamos que todos los pormenores se realicen en aquel asunto tan interesante para nuestro corazón. A este propósito viene a mi espíritu un recuerdo dulcísimo: Jesús, cuando quiso en la víspera de su pasión dejarnos un recuerdo inmortal, un monumento de su amor infinito, cuando quiso instituir la divina Eucaristía, tuvo esta

tendencia, esta solicitud de todos los pormenores, y les dió a los Apóstoles indicaciones precisas: "Id a la fuente. Allí encontraréis un hombre que lleva una ánfora de agua. Seguidle. A la casa donde llegue, entrad y decidle al padre de familia que quiere el Maestro celebrar su pascua. Y os va a mostrar un salón grande, magnífico..." ¡Ah! Jesús cuida de los pormenores más insignificantes al tratarse de la Eucaristía. ¡Oh solicitud conmovedora! Se preocupa de todo, porque iba a realizar el sueño de su vida.

Así María de Guadalupe: iba a realizar el sueño de su alma, el anhelo de su Corazón; iba a darnos su Imagen que es un símbolo maternal; iba a darnos su Imagen que es una gloria, que es una fuente inagotable de bienes para su pueblo predilecto. Y porque iba a realizar su ideal, siente en su alma ese maravilloso fenómeno del amor cuando va a realizar su deseo: atendió a todos los pormenores, sin descuidar ninguno, y arregló todo con prolija minuciosidad para que su sueño se realizara cumplidamente.

Y le dice a Juan Diego: "SUBE A LA CUMBRE DEL CERRO. ALLI ENCONTRARAS ROSAS. CORTALAS, RECOGELAS EN TU CAPA. TRAELAS A MI PRESENCIA". Como el indio es sencillo, María no quiere acumular todas las instrucciones de una vez; y así, hace que corte primero las rosas. Pero sobre todo, lo que pretende la Virgen Sma. es que todo se haga como Ella lo quiere. Por eso interviene y vuelve a intervenir. Es que va a realizar el sueño de

su amor; va a hacernos el don magnífico de su ternura maternal.

Pero lo que es todavía más digno de notarse es, ¿por qué María quiso que Juan Diego interviniera de una manera tan minuciosa en el prodigio que se iba a realizar? Hubiera podido decirle al indio: Mira, en tu tilma voy a poner mi mano. Llévale esta tilma al Obispo, que reconocerá en ella la señal de mi voluntad. O simplemente que la misma Virgen hubiera tomado unas rosas, las hubiera colocado allí y le hubiera dicho al indio que se las llevara al Obispo. ¿Por qué quiso que Juan Diego subiera a la cumbre del cerro y las cortara? ¿Por qué quiso que le presentara su tilma con las rosas que había cortado?

Aquí descubro, vuelvo a repetirlo, un misterio de amor. ¿No lo hemos vislumbrado? Esa Imagen que es nuestra gloria, que es nuestro tesoro, que es nuestra dicha, la hizo Dios, la hizo María; pero también la hicimos nosotros. Allí está la mano de Dios. Allí está la mano de María. Pero también allí está nuestra mano.

Maravillosamente se grabó allí la imagen; pero en la tilma, que es la tilma de Juan Diego, nadie supo en qué momento se formó. Aquellas rosas que cortó el indio, ¿no serán en el orden providencial como el instrumento del prodigio que se realizó en la tilma? Mi pensamiento es éste: a esa Imagen la formaron la Santísima Virgen y Juan Diego: Juan Diego dió la tilma y cortó las rosas. María puso allí su mano y su corazón, y se realizó el prodigio...

Este pensamiento es muy consolador y llena

nuestro corazón de satisfacción íntima y profunda. Allí está la mano de María; pero allí está también la mano del Pueblo mejicano. El cielo y la tierra contribuyeron para la realización de esa Imagen: el Tepeyac, nos dió sus rosas; Juan Diego, su tilma y su trabajo; María puso su mano y su corazón, y con la cooperación de todos estos factores, surgió el prodigio, se realizó el milagro, y sobre la tilma de Juan Diego hace cuatro siglos que esta raza contempla la Imagen de nuestra Reina y de nuestra Madre.

*
* *

¿Vislumbramos el misterio? Pero ya lo he dicho, que el deseo de María no es únicamente que se le edifique un templo material; el anhelo de su corazón va más adelante: quiere un templo espiritual, formado por los corazones y por las almas de todos los mejicanos. Este templo es simbólico, es la preparación, la figura, el símbolo del otro, del espiritual, del inmenso, del eterno.

Pero, para este templo material, María nos dió su Imagen sensible; no se concibe una cosa sin la otra: este templo es para esa Imagen. Esa Imagen es para este templo. Este es el palacio, allí está la Reina; este es el joyel, allí está la perla preciosa en él engastada. Las dos cosas se completan. Este templo no tendría significado ninguno sin la Imagen. Aquella imagen estaría incompleta, le faltaría algo, si no tuviera un tem-

plo levantado por la fe, por el amor, por el sacrificio del Pueblo mejicano.

De la misma manera, ese templo espiritual de que he hablado, ese templo que constituirá el reino de Jesucristo en nuestra patria; ese templo formado por las almas, que nos dará unidad y paz a todos los mejicanos, necesita también su imagen. Un templo sin imagen es algo incompleto, vacío, es una flor sin perfume, es un palacio sin soberano, es un joyel sin perla. Para ese templo espiritual, inmenso, que quiere María que se establezca en la República mejicana, en esta patria querida de su corazón, debe también aparecer una imagen suya.

¡Ah! Si es posible decir todo mi pensamiento, pienso que el Pueblo mejicano es una tilma: pero una tilma en donde la mano de Dios ha de esculpir la imagen de María. Pero esta imagen espiritual, esta imagen santa que debe estar grabada, no en una tilma burda y grosera, sino en los corazones y en las almas, si pudiéramos decir, en la misma alma nacional, esta imagen tiene que ser como esta otra, hecha por el cielo y por la tierra: por la Virgen Santísima y por Juan Diego.

Somos Juan Diego, y habremos de cortar las rosas espirituales, frescas y fragantes, y habremos de presentarlas a la Virgen en la tela burda y grosera de nuestros pobres corazones. María tocará esas rosas, tocará esa tilma, y un día, ¡quiera Dios que no esté lejano! en ese gran templo espiritual que llenará el suelo de la República, aparecerá prodigiosamente grabada la imágen bella y dulcísima de la Virgen.

¡Ah! ¡Si yo pudiera grabar en nuestros corazones el misterio que vislumbro!

Permítaseme que lo repita: este templo es figura del otro; esta Imagen es figura de la otra. El templo y la Imagen que ven nuestros ojos son materiales: las otras, templo e imagen, son espirituales, son invisibles, son divinas. Llegará un día en que se le ofrezca a la Virgen el templo espiritual, como le hemos ofrecido el templo material. ¿Tardará mucho o tardará poco? ¿Quién puede penetrar la oscuridad del porvenir? Pero llegará el día glorioso en que Méjico será un templo, el templo del Tepeyac. Llegará un día en que todos los corazones y todas las almas de los mejicanos formen una sola cosa, una realidad divina, y dentro de ese templo colosál y grandioso habrá una imagen espiritual: ¡la Imagen de la Virgen Santísima de Guadalupe!

Pero esa imagen habrá de formarse como ésta, con la cooperación del cielo y de la tierra; María pondrá allí sus manos, sus ojos, su corazón; nosotros debemos poner la tilma de nuestra pequeñez y las rosas de nuestro amor, las rosas de nuestra fe, las rosas de nuestra esperanza, las rosas de nuestra caridad.

¡Oh! ¿Cuándo llegará ese día gloriosísimo? ¿Cuándo, a la manera que ahora celebramos esta solemnidad, celebraremos la otra, la divina, la espiritual, la santa?

¡Ah! María puede hacer que se apresure este momento, y nosotros también. Apresurémonos a súbir a la cumbre del Tepeyac. Cortemos las rosas que han de servir para que se realice el

prodigio, extendamos la tilma de nuestra pequeñez, en su regazo pongamos las rosas de nuestro amor, de nuestra esperanza, de nuestra caridad, y que María las toque para que se realice el prodigio de que la República mejicana sea una imagen de la siempre Virgen María.

*
* *

¡Señora! ¡Reina y Madre! ¿Verdad que los ojos de mi alma, los ojos iluminados de mi corazón, han vislumbrado el misterio? ¿Verdad que he sorprendido tu pensamiento y deseo?

¡Señora! aquí está Juan Diego. Lleva sobre sí la tilma de su pequeñez y de su miseria. ¡Míra-la, Señora! Es burda, es grosera, es pobre; pero así la quieres Tú, ¡así, así! Ordénanos que subamos a la cumbre del Tepeyac. Dínos que cortemos las rosas del milagro, que las recojamos en el regazo de nuestra capa, que te las presentemos, y entonces Tú nos dirigirás una mirada... pronunciarás una palabra misteriosa... nos tocarás con tu mano inmaculada, ¡y el prodigio se realizará! ¡y en el vasto continente de nuestra patria se levantará un templo, y en él estarás Tú, una Imagen tuya, grabada no en una tilma material, sino en la pequeñez y miseria de tu Pueblo predilecto! ¡La pobreza y el amor realizarán el prodigio!

Somos pobres, pero te amamos con toda el alma. Estas solemnidades lo han patentizado al mundo entero. La República se ha conmovido.

¿Por qué? ¿Por qué ha habido un cambio en nuestra Nación? ¿Se nos espera por ventura una gran dicha? Sencillamente, se ha terminado el templo a la Virgen Santísima de Guadalupe, y eso hace que nos sintamos como un sólo hombre.

¡Señora! ¡Te amamos! Ya están cortadas las rosas de nuestro amor. Ya aparecen en el regazo de nuestra pequeñez. Haz que pronto se realice el divino prodigio para que seas Tú nuestra Reina; para que seas Tú nuestra Madre; para que nosotros seamos tus hijos pequeñitos y delicados y vivamos en tu regazo cálido y divino, en donde encontremos la paz, el gozo y la felicidad. ASI SEA.

LA NUEVA BASILICA DEL TEPEYAC

DESPUES de nueve años de ímprobos trabajos, quedaron terminadas las Obras de ampliación y decoración de la I. y N. Basílica de Santa María de Guadalupe.

Para llevarlas a cabo se abrió una suscripción nacional, contribuyendo todos los católicos mejicanos, a pesar de encontrarse, por circunstancias bien conocidas, en la mayor penuria; de esta manera logró reunirse la suma, fabulosa para nuestra pobreza, de cerca de dos millones y medio de pesos, costo total de dichas Obras.

Para celebrar su inauguración, se organizó una magna festividad el 12 de octubre del año de 1938, XLIII aniversario de la Coronación de la Sma. Virgen de Guadalupe y de la inauguración de las Obras de ampliación y decoración de la Basílica, que entonces también se hicieron. Esta festividad estuvo precedida de un Novenario de peregrinaciones de las diferentes Provincias eclesiásticas de la República, y seguida, el día 13, de un Solemne Funeral por la mañana y de una Velada literario-musical, por la noche.

El Exmo. Señor Arzobispo de Méjico, después de haber celebrado de Pontifical el día 12, en presencia de la mayor parte de los Prelados de la Iglesia en Méjico, de cerca de 400 sacerdotes y de innumerables fieles venidos de todas partes de la República, ofreció la nueva Basílica a la Santísima Virgen. Y al día siguiente, en la Velada conmemorativa, pronunció un discurso magistral sobre el mismo asunto.

Ambas cosas ofrecemos en seguida a nuestros lectores; pero como no fueron escritas, sólo presentamos un arreglo hecho por la Redacción de "La Cruz", con la debida autorización, y tomado de una versión taquigráfica.

SANTA María de Guadalupe, Reina de Méjico! En nombre del Episcopado, del Clero y del Pueblo mejicano, tu Nación predilecta, te ofrezco de una manera solemne, en estos instantes, el templo magnífico que te han decorado tus hijos.

Es este el homenaje de nuestra fe sincera, de nuestra veneración profunda, de nuestro amor inmenso. . .

¡Míralo, Madre, y recíbelo complacida!

Este es el templo que pediste a Juan Diego, que se ha venido edificando desde hace cuatro siglos. En él han puesto sus manos, en él han puesto su corazón todas las generaciones. ¡Nosotros hemos puesto aquí nuestras manos y nuestro corazón también!

¡Señora, nuestra obra está consumada! ¡Tus deseos están cumplidos! ¡Tu voluntad se realizó!

¡Míralo, Madre! Es más bello de lo que pueden ver los ojos humanos; porque tus ojos de madre que conocen la historia de cada sillar, de cada bóveda, de cada columna, de cada moldura;

tus ojos de madre descubren algo misterioso y exquisito: ¡el sacrificio con que este santo templo ha sido decorado en tu honor!

Lo hemos hecho en épocas difíciles en que ha habido escasez de recursos y dificultades amargas... Por eso es tan bello a tus ojos y tan grato a tu corazón.

Pues bien, con santa audacia, Madre mía, yo te digo en estos instantes lo que sólo a Ti me atrevo a decir: ¡Señora, que nos pagues...!

Tú ofreciste a Juan Diego que agradecerías y pagarías con celestial munificencia cuanto se hiciera por cumplir tu voluntad. ¡Señora, hemos concluido nuestra obra: queremos recibir de tus manos benditas la recompensa!

Menguada cosa sería hablar de paga, si no le hablara a mi Madre, si no supiera que Tú eres la primera en desear ardientemente pagarnos lo poco o lo mucho que hemos hecho por Ti.

¡Señora! la paga yo me atrevo a señalártela: es que se realice cuanto antes el otro deseo de tu corazón, o más bien, lo más profundo del deseo que nos manifestaste en la colina del Tepeyac. Nos pediste un templo. Está hecho. Pero en los designios de tu corazón maternal, Tú pensabas en otro, en un templo espiritual que tenga por extensión la vastedad de nuestro continente, que esté formado por los corazones de todos tus hijos; un templo en el que Jesucristo sea el Rey y en el que tú seas la Reina y Señora; un templo de paz, de libertad, de amor... .

¡Madre! ¡que esa sea nuestra paga! Por haberte erigido este templo material, danos el otro.

Y dánoslo pronto, para gloria de Dios, para honor tuyo y bien de tus hijos. ¡Para que mañana, oh Señora y Reina nuestra, cuando celebremos la dedicación del templo espiritual, del templo inmenso de las almas, resuene por todo nuestro vasto suelo el Cántico nuevo, el Cántico glorioso: NON FECIT TALITER OMNI NATIONI!...

12 de octubre de 1938.

RECUERDO, REALIDAD, ESPERANZA

ES el hombre un ser extraño y misterioso: es pequeño y miserable, y sueña con el infinito; se marchita como las flores, y siente en lo íntimo de sus entrañas ansias de eternidad. En su afán de ser inmortal erige por todas partes monumentos que perpetúen su grandeza, como si quisiera detener la corriente del tiempo, a la manera que Josué detuvo el sol en la mitad de su carrera.

Las Pirámides de Egipto recuerdan una vieja, sólida y misteriosa civilización; los mármoles sagrados del Partenón inmortalizan el espíritu de los griegos, exquisito y brillante; y las ruinas gloriosas del Foro romano están diciendo al mundo que por allí pasó un pueblo heroico, un pueblo de hierro que dominó el Universo.

Jesucristo, que en su amorosa condescendencia quiso adaptarse a la manera humana, dejó también de su paso por la tierra un monumento divino: la Eucaristía... y bajo las especies eucarísticas palpita la eternidad, porque ahí están vivos y presentes los misterios de la vida mortal

de Jesús, y ahí está el misterio de la gloria futura, y ahí está también la presencia actual, inefable y amorosa, de Jesús sobre la tierra.

María de Guadalupe quiso también dejar en nuestra patria un monumento perenne de su visita fugaz, y nos dejó su imagen, y nos pidió que le edificáramos un templo. Y aquí está el monumento de la Virgen Inmaculada, el monumento del pueblo mejicano. Fuera de aquí, corre el tiempo: ¡aquí palpita la eternidad!

En este templo—que con la imagen venerada forma un todo armonioso—está el monumento de la Virgen María, sustraído a las vicisitudes del tiempo y donde sentimos un destello de inmortalidad: es el ánfora de nuestros recuerdos; es el cofre de nuestros tesoros; es la urna de nuestras esperanzas.

Y lo más admirable es que los recuerdos de ayer, y las realidades de hoy, y las esperanzas de mañana se funden en una maravillosa unidad; de tal suerte que, como acabo de decir, aquí no corre el tiempo, aquí suena la misma hora, la hora felíz e inolvidable en que María de Guadalupe hizo florecer los rosales del Tepeyac e iluminó con los destellos de su gloria al dichoso pueblo mejicano.

Hoy que se completa el monumento de cuatro siglos; hoy que llenos de regocijo venimos a celebrar la consumación de estas obras realizadas por la fe y el amor de la nación mejicana; hoy que podemos engastar en un joyel magnífico la Perla preciosa de nuestra imagen querida; yo quiero evocar esos recuerdos, ponderar esos

tesoros, anunciar esàs esperanzas. ¡Ojalá que mi palabra fuera un cántico, porque el cántico es el único lenguaje digno del gozo y del amor!

*
* *

Aquí está nuestro recuerdo, el recuerdo glorioso de nuestra patria. Es el idilio que se realizó sobre la colina bendita del Tepeyac: un poema de amor, perfumado con las rosas del milagro, iluminado con la claridad de un amanecer radioso, en el que resonó la voz inefable y divina de la Virgen María. Cada una de las apariciones fué una estrofa de ese poema de amor, fué un diálogo dulcísimo entre Juan Diego y la Virgen, entre un indio noble pero pobre, sencillo pero impotente, y la Madre de Dios, la Reina del cielo, que en un exceso de amor quiso abajarse hasta su pequeñez y decirle palabras dulcísimas de amor y de confianza.

Ese recuerdo bendito se siente aquí palpitar... ¿No percibimos ayer la fragancia divina de las rosas del milagro? ¿No sentimos en lo íntimo de nuestra alma la dulce voz de María que repite al pueblo mejicano lo que dijo al dichoso Juan Diego hace cuatro siglos? ¿No nos dimos cuenta de la claridad, recóndita y misteriosa, que palpitaba en medio de nuestra magnífica solemnidad? ¡Es el recuerdo, el recuerdo divino de aquel poema de amor que arrulló la cuna de la nación mejicana!

¡Ah!, no sé si el amor a mi patria me ciega,

pero pienso que ninguna nación ha tenido una cuna tan bella como la que tuvo Méjico. Hubo un imperio cuyo principio fué un fratricidio; naciones ha habido que se han formado por la amalgama de muchas razas nobilísimas adunadas por una sabia constitución; naciones ha habido, como la noble madre patria, España, que nacieron porque un apóstol de Jesucristo vino a evangelizarlas con su palabra. ¡Pero pienso que muy pocas naciones, quizá ninguna, ha tenido la dicha y la gloria de que la siempre Virgen María, Madre del Dios verdadero, venga a cantar la primera canción de cuna, y a acariciarnos con sus manos maternales, y a modelar con sus caricias nuestra alma nacional!

¡Que se gloríe el Egipto de sus pirámides colosales! ¡que se jacte la antigua Grecia de sus mármoles gloriosos! ¡que la Roma pagana se ufane de sus monumentos imperecederos! ¡Ah! ¡sobre el Foro romano, y sobre el Partenón, y sobre las Pirámides, siento que es más grande y más bella y más gloriosa esta Basílica del Tepeyac, monumento inmortal del amor de María de Guadalupe!

*
* *

Pero nuestros recuerdos no son esos recuerdos, bellos pero infecundos, de las cosas humanas. Los monumentos del hombre son una realidad exigua, que no tiene otra prerrogativa que la verdad evocadora de los acontecimientos que

pasaron. No, este recuerdo no es como los recuerdos humanos. ¡El recuerdo del Tepeyac es para nosotros una viviente, una palpitante realidad! ¡Este templo es el mismo cántico del pueblo de hace cuatrocientos años!... Entonces María nos pidió un templo. Ahora se lo ofrecemos concluído. ¿Qué importa que entre las apariciones y esta solemnidad hayan pasado cuatro siglos? ¿Qué son cuatro siglos para el amor inmortal?

Nuestros recuerdos, por tanto, son recuerdos vivientes que, por una maravilla de Dios, se transforman en verdaderas realidades.

Trataré de explicar mi pensamiento. Tengo para mí que si las apariciones del Tepeyac fueron fugaces, el **Misterio del Tepeyac** es inmortal y durará hasta la consumación de los siglos. ¡Ah! se marchitaron las rosas del Tepeyac; se extinguió suavemente la voz celestial de la Virgen; la claridad que fulguró en esta colina bendita se desvaneció también...; pero ¿qué importa? Todas esas cosas exteriores y sensibles no eran sino la envoltura del divino Misterio. Y si he de decir todo lo que pienso, este templo mismo, —perdóneseme la audacia—, esta misma imagen por santa y dulcemente amada que sea, no son más que la envoltura del Misterio del Tepeyac.

Este Misterio consiste en el amor incomparable de la Virgen a nuestra raza; en ese amor patente, indestructible, que nuestro pueblo y nuestra raza han tenido para la Virgen María. ¡Pasará todo, pero ese mutuo amor no pasará! Día por día, instante por instante, el Misterio del Te-

peyac se realiza en este recinto sagrado y por todo el vasto suelo de nuestra patria.

El diálogo entre la Virgen y el indio, bajo cierto punto de vista, fué fugaz; pero si lo consideramos profundamente es algo perpetuo, es algo que no pasa: ¡el día en que apareció María en el Tepeyac es un día que no tiene ocaso!

*
* *

Hay una Historia superficial y una Historia profunda. Aquélla está formada por la serie de acontecimientos de mayor o menor importancia que los hombres registran cuidadosamente en sus anales; pero toda ella no es, en último término, sino la envoltura de algo más profundo y trascendental que sólo en ciertas circunstancias llegan a presentir los hombres. ¿No sabemos que en medio de los acontecimientos más grandiosos del mundo: de los imperios que se derrumban, de las nuevas naciones que surgen, de las diversas orientaciones que toma el espíritu humano; no sabemos que en el fondo de todos esos acontecimientos se descubre la figura divina de Jesucristo, que es de ayer, y de hoy, y de todos los siglos? Por eso la Historia superficial es agitada como un mar tempestuoso; pero la Historia profunda tiene la divina estabilidad de los cielos. Aquélla es el hombre que se agita; ésta es Dios que lo conduce hacia su fin supremo.

De la misma manera, nuestra historia superficial, con sus vicisitudes y agitaciones, con sus

páginas de lágrimas y sangre, no es más que la envoltura de un misterio profundo, del Misterio divino del Tepeyac. Para mirarlo, no bastan los ojos superficiales de nuestra razón; sólo los ojos de la fe, sólo los ojos iluminados del corazón aciertan a penetrar en el arcano misterio.

Tengo para mí que la Virgen está siempre con nosotros, porque Ella así lo aseguró, que sería aquí la Madre clemente, la Madre amorosa de todos los que la invocaran. Pienso que constantemente se repite el diálogo del Tepeyac: allí está María; aquí está Juan Diego, que es nuestra raza, que es nuestro pueblo. Y constantemente María nos habla en lo íntimo del corazón y nos repite la palabra de hace cuatro siglos: HIJO MIO, A QUIEN AMO TIERNAMENTE COMO A PEQUEÑITO Y DELICADO... Y constantemente nos dice que estamos en su regazo y que corremos por su cuenta... constantemente nos pide que realicemos su deseo de que le construyamos un templo, no sólo el material, sino sobre todo el divino.

El Misterio del Tepeyac no es, por consiguiente, un recuerdo estéril: es una realidad viviente, es nuestro gran tesoro nacional.

¡Ah! ¿no lo palpamos ayer en medio de la solemnidad magnífica que contemplaron nuestros ojos? ¿No sentimos algo recóndito, algo sobrenatural, algo divino que se filtraba, por decirlo así, a través de nuestros sentidos y penetraba en las regiones misteriosas de nuestra alma?

Para explicar las emociones de ayer, no basta tener en cuenta los elementos humanos. Cierto

que estaban aquí los Príncipes de la Iglesia mejicana; que el Clero de toda la nación se había congregado en torno de la Virgen; que una multitud innumerable de fieles había venido de todas partes para postrarse ante su altar; que resonaban los cánticos litúrgicos y brillaba la Basílica con el fulgor de sus oros y la pureza de sus líneas; pero ¿será suficiente todo esto para explicar lo que sentimos ayer? ¡No! hay algo que no aciertan a decir los labios, que la razón humana no descubre, que sólo se siente en lo íntimo del alma, lo divino, lo celestial, lo misterioso: ¡es María que está aquí! ¡que nos habla, que nos acaricia, que nos consuela! ¡es María que escucha complacida nuestra canción de amor, explosión de cariño, de gratitud y de esperanza, con que venimos a cumplir su voluntad y su deseo!

*
* *

¡Recuerdo dulcísimo, recuerdo viviente! ¡Tesoro celestial! ¡Realidad santa!... ¿No bastan estas cosas para explicar este monumento que hemos dedicado a la Virgen Santísima?

Así como el recuerdo se convierte en realidad, así la realidad se torna también en esperanza...

Tengo para mí que cada una de estas explosiones de fe y de amor guadalupano marcan una nueva etapa en nuestra historia profunda. ¡Tengamos por cierto que nuestra historia va a cambiar! ¿Hacia dónde irá? No lo sé. O más bien dicho: sí lo sé: irá hacia la dulcísima Virgen, ha-

cia su Corazón inmaculado, hacia el cielo, hacia Jesucristo, nuestro Rey.

Esta explosión de fe y de amor abre para nuestra patria horizontes divinos. ¿Cómo? ¿por qué? Aun cuando no acertáramos a explicarlo, la experiencia del pasado, la fe de nuestras almas, la confianza y el amor de nuestros corazones a la Virgen Santísima nos hacen esperar un cambio en nuestra historia.

Aun cuando aparentemente hemos cumplido nuestra tarea, la que correspondía a nuestra generación, porque hemos levantado este templo magnífico y lo hemos levantado en condiciones excesivamente difíciles; no por eso hemos concluído perfectamente nuestra obra.

No está del todo satisfecha la Santísima Virgen. Y no porque no esté agradecida con nosotros; sino porque los deseos de su Corazón van más allá. Este templo es el símbolo de otro templo espiritual que debe abarcar la vasta extensión de nuestro suelo y que debe estar formado por las almas de todos los mejicanos, donde reine Cristo y la Virgen sea la Madre y Señora.

Pero es muy de notar que hay una diferencia muy grande entre el templo material y el espiritual: en el material, la Imagen no se identifica con el templo; en tanto que en el espiritual la Virgen ha de quedar grabada en las almas de todos sus hijos los mejicanos. En el templo espiritual, Imagen y templo deben confundirse de una manera maravillosa.

¡Y me atrevo a asegurar que hay indicios de

que la Virgen Santísima va a grabar sobre el alma nacional su imagen bendita!

Recordemos la historia. Era la mañana del 12 de diciembre de 1531. La Virgen dijo a Juan Diego: "Sube a la cumbre del cerro donde te he hablado y corta las rosas que allí encuentres. Recógelas en tu manto y vuelve con ellas. Yo te diré lo que es preciso hacer y decir" Y el indio cumplió el mandato de la Virgen y le presentó las rosas. Ella le dijo entonces que las llevara al Obispo y que no extendiera la tilma sino en su presencia. Sabemos lo que sucedió: ¡al extender la tilma apareció estampada en ella la imagen divina!

De manera que, cuando las rosas florecen en el Tepeyac, es señal de que está muy próxima la aparición de la Virgen en la tilma de Juan Diego. ¿Comprendemos la alegoría?

En estos días han florecido de nuevo las rosas del Tepeyac, rosas espirituales, rosas de amor; han florecido los corazones mejicanos en estas solemnidades guadalupanas. ¿No sentimos un hálito de amor, un estremecimiento de amor en las solemnidades de ayer? ¿No vimos como toda la Nación mejicana vibraba bajo el influjo de su amor filial a la Virgen Santísima? ¿Por qué millares de fieles vinieron en piadosas peregrinaciones a esta Basílica? ¿Por qué derramaron sin medida los tesoros de su corazón? ¡Es que las rosas del amor han florecido de nuevo en el Tepeyac!

¡Y cuando las rosas florecen en el Tepeyac está muy próximo el día en que aparezca en la

tilma del indio la Imagen dulcísima de la Virgen María!

Nosotros somos Juan Diego; nuestra tilma es nuestra pequeñez. Sobre nuestra tilma, es decir, sobre nuestra pequeñez, sobre nuestra miseria, sobre nuestra impotencia, han caído las rosas de amor que brotaron en los corazones mejicanos, que florecieron en nuestro eterno Tepeyac.

Y esas flores, con una mirada de la Virgen, con un latido de su Corazón, con una palabra de sus labios, dibujarán en nuestra alma nacional su Imagen bendita.

¡Quedará erigido entonces el monumento nacional y realizado el Misterio dulce y recóndito del Tepeyac!...

*
* *

He evocado nuestros recuerdos dulcísimos; he cantado nuestros tesoros sagrados; he anunciado nuestras divinas esperanzas. No me resta sino decir una palabra, —lo confieso—, de verdadera audacia.

Hablé ayer a la Santísima Virgen en nombre del pueblo mejicano. Hoy quiero terminar, hablando al pueblo mejicano en nombre de la Virgen de Guadalupe, y pienso que no soy un usurpador al tomar una representación tan augusta.

Pueblo mejicano:

La Virgen Santísima tiene para ti tres palabras en su corazón, tres palabras que yo tengo la audacia de poner en mis labios, haciéndome por-

tavoz de mi Reina y Señora: una palabra de amor, una palabra de gratitud y una palabra de esperanza.

La palabra de amor es la única que existe, "la que diciéndola siempre, no se repite nunca". Es la misma que dijo a Juan Diego, aquella palabra tierna y delicada que brotó de su corazón maternal.

María de Guadalupe te repite hoy lo que hace cuatro siglos dijo a Juan Diego: "HIJO MIO, A QUIEN AMO TIERNAMENTE COMO A PEQUEÑITO Y DELICADO".

¡Porque nos ama como entonces! Y si fuera posible, nos ama más que entonces, porque en el fondo de su corazón siente una gratitud inmensa por este templo magnífico que le hemos edificado, porque hemos cumplido su voluntad y su deseo.

Ella te dice, pueblo mejicano: "Guardo en mi corazón una gratitud sin medida por esta prueba de tu amor. A los ojos de los hombres este templo puede tener defectos y deficiencias; a mis ojos, es el templo más bello del mundo, porque lo fabricó el amor, porque lo hizo el sacrificio. Mis ojos de madre descubren en él lo que no descubren los ojos de los hombres. Y Yo que le ofrecí a Juan Diego pagarle lo que hiciera en cumplimiento de mi voluntad, Yo te agradezco en lo íntimo de mi alma y te pagaré con divina munificencia lo que has hecho por Mi".

Y la última palabra que María le dice a mi patria es la misma que dijo a Juan Diego, aquella palabra de dulcísima esperanza: HIJO MIO, NO

TE MOLESTE NI TE AFLIJA COSA ALGUNA. ¿NO ESTOY YO AQUI QUE SOY TU MADRE? ¿NO ESTAS BAJO MI SOMBRA Y AMPARO? ¿NO SOY YO VIDA Y SALUD? ¿NO ESTAS EN MI REGAZO Y CORRES POR MI CUENTA? ¿TIENES NECESIDAD DE OTRA COSA?...

Si penetramos en el abismo amoroso que encierran estas palabras, ¡ah!, amado pueblo mejicano, ¡no podemos desconfiar ni un momento!

Los mejicanos podemos llorar, podemos sufrir...; pero hay una cosa a la que no tenemos derecho: ¡no podemos desconfiar!

Aunque sintamos que la tierra se estremece y que todas las potestades del infierno se levantan, para aplastarnos; ¡no temas, pueblo mejicano: "estamos en el dulce regazo de María y corremos por su cuenta!"

Ella nos dará la paz y la libertad; Ella grabará en nuestra alma nacional su Imagen bendita. ¡Y muy pronto, sobre la vasta extensión de nuestro suelo, se erguirá majestuoso y divino el templo espiritual de las almas, donde Cristo reine y la Virgen María sea nuestra Reina y Señora...!

13 de octubre de 1938.

INDICE

INDICE

	Página
El Idilio del Tepeyac	5
La Gran Promesa	23
Palabras del cielo	29
Agua, Sangre y Fuego	35
Efeso y el Tepeyac	49
María es nuestra Madre	67
En el Tepeyac	89
EL POEMA DEL TEPEYAC	93
Artículo I	99
Artículo II	111
Artículo III	123
Artículo IV	137
Artículo V	149
Artículo VI	161
Artículo VII	173
Artículo VIII	187
La Nueva Basílica del Tepeyac	197
Recuerdo, Realidad, Esperanza	203

88879

DIFUSION CULTURAL

Ediciones Gustavo S. Propst y Cía., S. de R. L.

DONCELES 94 DESP. 201 203 MEXICO, D.F.

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01217 7483